# LOS GEMELOS

ENRIQUE A. LAGUERRE

editorial cultural



$2.00

Janie:

¡Feliz Cumpleaños!

Con amor

Nancy

LOS GEMELOS

A Javier – con el testimonio de la amistad puertorriqueña
Enrique A. Laguerre
30 IV-97

# LOS GEMELOS

## ENRIQUE A. LAGUERRE

editorial cultural



Primera edición: 1992


Diseño: José A. Peláez
Tipografía: Mary Jo Smith Parés

Francisco M. Vázquez, Editor

*En viaje a los veneros de nuestra historia, me acompaña el estímulo afectivo de Manuel Méndez Ballester y Ricardo Alegría, amigos fraternos; de María y Héctor, mis sobrinos; de Bibi, Rafael y Gabriel, mis nietos. Confío en que a las nuevas generaciones no se les extravíe la ruta de los manantiales.*

# PRIMERA PARTE

Acostumbrado a su vida de hombre solitario, desde esta mañana José María trata de entender algunas señales inusitadas en el ambiente inmediato que le rodea. Se suceden los silencios intermitentes, profundos: de vez en cuando callan los pájaros, pero se acentúan los picoteos del inrirí, que va y viene, como si hubiese perdido noción de sus instintos. Ladra hacia el camino el perro, con los pelos del hombro erizados. El caballo da leves resoplidos, en el momento que lo baña, como si quisiera decir algo. Chemaro le acaricia las crines y asunta; mira de reojo al perro que ladra hacia el camino. El alazán careto, siempre manso de la mano de su dueño, está algo inquieto y espanta moscas imaginarias. Chemaro lo sorprende un poco resistente al cabestro. Muy raras veces se conduce de ese modo. Con cualquiera otra persona era boquiduro. No tanto con Ricardín, es la verdad. Esta mañana apenas probó el malojillo fresco de la canoa.

La preocupación impresa en su rostro, Chemaro contempla el camino y al perro que, sentado sobre las

patas traseras, sigue ladrando esporádicamente. Y de repente, el recuerdo de su hermano gemelo, como si presintiera sus inminente presencia. *No es posible: en tanto tiempo ni siquiera escribe.* Ya preadolescentes, ambos se enamoraron de la misma muchacha. Espuntaba ella cuando los mocitos comenzaron a cambiar la voz y se les salían los "gallos". Se inició la rueda a la hembra, sin que ella lo advirtiese de modo palmario; más bien le atraían las gracias del mellizo carranzano quien, tal vez sin proponérselo, desde un principio se interpuso entre Chemaro y la muchacha. Entró ésta en el juego de relaciones y Chedós llevaba las de ganar.

Ya a los doce años don Fulgencio le había regalado un potro a José de Dios, instaba a su hijo a que se enamorase y lo llevaba a las riñas de gallos. Celebraba el carácter levantisco del gemelo que tanto se le parecía y pasaba por alto el hacendoso sosiego de Chemaro, que aprendía a desempeñar todos los quehaceres de la finca sin que nadie tuviese que agarrocharlo. Calladamente aprendió a cultivar la tierra, atizonaba interés hasta en los menesteres más ingratos, como poner horquillas en el hocico de los cerdos, ordeñar las vacas, preparar jáquimas, poner sondaleza a las gallinas montunas y aun montar el merengo cuando el quehacer lo precisaba, sin que en ningún momento envidiase el potro de su hermano.

Eso sí, que nadie se metiese con él, porque entonces era terco como un mulo que se tumba para rechazar la carga. A don Fulgencio se le figuraba insufrible su hijo mayor y le echaba en cara cimarronerías heredadas por vía de la madre. *Terminarás viviendo solo, como aquel*

*Antón Pérez del río Prieto*, solía decir el prohombre canario.

Chemaro amistaba de maravilla con Ricardín Montesinos, su auxiliar de faenas agrícolas y lejano pariente, quien buenas memorias conservaba de Antón Pérez y aun del cimarrón Majuma. Tal para cual, aseguraba don Fulge, a quien jamás se le ocurrió anticipar que algún día José María llegase a ser maestro. Por el contrario, pensaba que José de Dios llegaría lejos, sin que por ello estuviese pronosticando los futuros viajes de su hijo alrededor del mundo.

Mientras vivió don Fulgencio, José de Dios se esmeró en hacer creer que no le fallaría a su padre. El amor paterno cegó al gran hombre. *Sería injusto acusar a mi padre de que no me quisiera como hijo. Posiblemente vio en mí al heredero de una gente que hizo resistencia al colonizador. Y él tenía a mucho orgullo su condición de colonizador.* Hijo de antiguos inmigrantes de las Canarias, estaba acostumbrado a sus exigencias sin réplica. *Y qué sé yo por qué me incliné a vivir casi como un indígena,* aunque sin tambores ni areitos; aficionado a las vasijas hechas de higüera o de barro, a los casabes y las batatas, a las buruquenas y camarones pescados en el tablazo de la quebrada, al glu-glu-canto eterno de la naturaleza.

Sabía que el cimarrón Majuma, más entendido que los propios colonizadores, enseñó a cultivar tubérculos y plantas medicinales, y que todo prendió como en su lugar de origen, acomodados al nuevo medio, situación que debería servir de ejemplo a aquellos que sólo piensan en las contribuciones europeas... Desde niño Chemaro atizonó entusiasmos y atesoró esperanzas, sólo de ver cómo una pequeña semilla con el tiempo se

transformaba en árbol, desde cuyas ramas primaveraba el bienteveo o el zorzal descubría las claridades de la madrugada.

Como se había hecho para el silencio y hasta permitía que su hermano terminara contestando sus propias preguntas, a veces Chedós perdía la paciencia. "¡Carajo, eres más cerrao que un huevo!" En verdad, no parecían gemelos. *Quiero salir mar afuera, hermano; quédate en las olvidadas orillas del Guaorabo, si así prefieres. Salí a mi padre: soy hijo de conquistadores.* ¡Carajo!, José de Dios equivocó su lugar de nacimiento.

Sonríe Chemaro ante el recuerdo de su hermano y reprende al perro por sus insistentes ladridos. Tan pronto se sintió hombrecito, Chedós se metió en líos. Venía donde Chemaro a buscar ayuda: —"Eres mi hermano, ¿no?" —"Bien. Pero hay cosas que no puedo hacer por ti." —"Ahora decides hablar, y hablas". "—¿Quieres que te hable como Dios manda?". —"Tienes la palabra". —"Perdona lo apestoso del tema: yo no puedo dar del cuerpo por ti". —"No es eso lo que te pido". —"Hay momentos de la vida en que no se puede vivir por otro". —"Más claro no cantó el gallo; lo que te pido es que aplaques al padre". —"Yo no fui quien se trepó para preñarla. Precisa respetar las leyes de tu mundo si es que deseas vivir en paz". —"Veo que no me ayudas". —"Asume responsabilidades o no te metas en líos". Era inflexible su hermano. Una vez Chemaro, intentó un consejo que a Chedós se le figuró para párvulos. —"No permitiré que arruines mi mala reputación", respondió cínicamente. "Eso es lo que le da sentido a mi vida". —"Siempre me he preguntado de qué te vales para que te quieran las mujeres y aun te perdonen sus padres". —"Un caballero como tú aburre

a las tipas. Hazte el interesante mortificándolas. El mejor recurso de que dispone una mujer para llegar al matrimonio es conseguir apendejar al macho. No les ofrezco esa oportunidad. Por eso me buscan". —"Te aconsejo que no te acuestes desnudo a dormir la siesta en su presencia, porque te castrará". —"Lo sé de sobra y me cuido". *Incorregible mi hermano gemelo, lo sé, pero lo recibiría con un buen abrazo después de tanto tiempo.*

Era ésa la persona que don Fulgencio 'adiestraba' para que lo sustituyese en la finca. Sin embargo, cuando la artera puñalada robó la vida del Viejo, atrás dejó a un jovenzuelo desorbitado, que se dispuso a abandonar el minúsculo universo que para don Fulgencio era la finca; se acabó el universo, el mismo minúsculo universo, para José de Dios. Su ausencia y su traición eran una manera de morir, aun cuando rodase sobre la superficie del mar figurándose conquistador. Así lo sentía el propio Chedós en los últimos escondrijos de su conciencia. Sin embargo, resistía admitirlo.

La muerte de mi padre dejó una sensación rara. Al comprender que se le acababa el universo, juzgué su estado de ánimo, justo en su tránsito de la vida a la muerte, por lo que yo veía que él vio y ya no podría ver más, y pensé que yo no tenía que ser su querendón para entender mis deberes de hombre prendido al suelo, como las plantas, y de minuciosa ramificación íntima de manantiales. Me dije: "Ahora que don Fulgencio es invisible se reconciliará con los almacigados y los cimarrones invisibles del Guaorabo. Tendrá que renunciar al señorío del conquistador porque entre sus hijos se hacen una sola sangre todas las sangres".

Cuando murió el gran hombre, su cuatralbo alazán

dejó de pastar y relinchó amistosamente, tal como hizo siempre al advertir su presencia. Quizá recordaba las muchas veces que sirvió de cómplice en las repetidas aventuras amorosas que llevaron a mi padre a diversos lugares.

No pudo José de Dios disimular más o montar falsas representaciones, conforme acostumbraba hacer frente al padre vivo y apresuró su viaje. Chemaro no dijo palabra; doña Cristina se bebía las lágrimas en silencio. Se acercó Chedós a abrazar apretadamente a su madre y a pedirle perdón por 'tenerse' que ir en momentos en que ella se hallaba enferma.

Con motivo del repentino aguacero, cuando el cuaresmón macho no pudo imponerse, la tarde recogía todo el regocijo de la vegetación húmeda. La neblina, gris y rosácea, salía de las resquebrajaduras de las cumbres simulando volcanes silenciosos. En algunos parajes había islas de sol en lagos de neblinas. Los plátanos exhibían su cárdeno florecimiento sobre un fondo de verdor. Temblaban de satisfacción los cafetales que ya comenzaban a acapullar. La quebrada, hinchada, corría gozosa hacia el tributario-madre que habría de alcanzar el Guaorabo, en cuyas sagradas aguas los invisibles manes de la tradición indígena repetían la histórica escena en que unos hombres desnudos de cuerpo consiguieron desnudar la inmortalidad para ahogarla en el río. Eran ésos los

invisibles seres con quienes Chemaro convivía en este apartado paraje de la montaña.

Pudo haber vivido felizmente con la mujer que amaba, si ella le hubiese correspondido. Tras de los juegos de niños a la luz de la luna, y más tarde, aquellas miradas "nuevas" en las fiestas de Navidad, ella pareció decidirse por él. Se decidió, en verdad, cuando él se hizo maestro; se casó con Felicidad cumplidos ya los veinte años. Pero desde el momento en que le dice a ella "nacimos el uno para el otro" y en casa del Isleño finalmente se alegraban de que la muchacha se hubiese casado, comenzó ella a proponer alteraciones.

Intentó persuadir al marido para que renunciara a "estas piedras" y se fueran a vivir en el pueblo. Quería muebles modernos, comodidad, algo así como vivían unos parientes suyos que allí ejercían de maestros. La idea era salir de estas sínsoras. Comenzó a resistir el coito y a urdir planes por su cuenta. Estrechó su amistad con Chedós quien, por holgar más que por trabajar, permanecía en la casa dando compañía a doña Cristina y a veces no se levantaba hasta muy subida la mañana, luego de sus corridas nocturnas a caballo.

Chemaro había habilitado los bajos para compartirlos con Felicidad; algún tiempo hacía que el padre se había separado de estos recintos domésticos para irse a residir en la trastienda de una pulpería que honraba los vales de la peonada, especialmente en tiempos de cosecha. Era, en verdad, implacable su repudio a doña Cristina desde que ella, celosa, le sorprendió en plena faena sexual en la trastienda de la pulpería con una muchacha servidora de la casa que fue a llevarle la cena. Desde esa misma noche no volvió a la casa ni siquiera

para recoger sus pertenencias, función que Chedós realizó por él.

Poco después del insólito episodio de la boa que se metió en el dormitorio donde descansaba Felicidad, y el cual provocó la primer grave desavenencia entre marido y mujer, aconteció el crimen en que don Fulgencio perdió la vida. Los sucesos llevaron a Chedós a vender a su hermano gemelo la parte de la herencia que le correspondía para desaparecer cuanto antes. Ahora más que nunca insistía Felicidad con su marido para que se fueran a vivir al pueblo, sin la menor consideración por su suegra, que habría quedado sola y enferma. José de Dios se despidió en mitad de las lamentaciones de dolor de la madre. Se dolía doña Cristina del poco amor que José de Dios tenía por su tierra, al punto de disponer de ella como se dispone de cualquier cosa sin valor. Recordaba insistentemente su vida en la finca desde que nacieran los niños. ¡Cuán grave se vio ella en el momento de dar a luz los mellizos! Hizo promesas difíciles de cumplir -y que cumplió, pese a los obstáculos del marido- y puso a sus hijos nombres religiosos, en los que estaban envueltos la Virgen María, San José y el Padre Celestial. "Hijo mío", le dijo a Chedós en el instante de la despedida, "hasta aquí casi no te has dado cuenta del nombre que llevas. Has escogido irte, ¡qué le vamos a hacer! Si por allá tienes alguna dificultad, piensa que te di ese nombre cuando todos creíamos que no habrías de sobrevivir. El Padre Celestial salvó tu vida. Hónrala".

Lágrimas sinceras acudieron a los ojos del muchacho y, sin saber Chemaro por qué, recibió un

abrazo de él mientras decía: "Pido que me perdones". Felicidad bajó los ojos y se despidió de José de Dios con un simple apretón de manos.

Chemaro pudo haber sentido tristeza cuando Felicidad decidió abandonarlo para irse al Norte: buena o mala, Felicidad fue el amor de su vida. Pero estranguló su tristeza y nunca antes se sintió tan cerca del parentesco, lejano en sangre y muy próximo en los afectos, que le unían a Ricardín y su familia. Después de la muerte de los padres de Ricardín, hermanos y hermanas habíanse ausentado del lugar y el aserradero, ya con escasa labor, era manejado por el mismo Ricardín y sus dos hijos mayores, que no sintieron la tentación de los viajes del Norte. Era un familión: de los catorce hijos habidos en el matrimonio, vivían trece. "Basta ya", decía Anatolia, una mujer delgada y avispada, risueña y de buen humor, que hacía de la hospitalidad una religión y cuyo carácter contrastaba con aquella manera de ser de ese hombre macizo que era su marido, muy serio entre extraños, aunque refrenadamente cordial y amistoso con los conocidos.

De los descendientes, principalmente por línea materna, de pobladores de las comunidades de indios libres fundadas en tiempos de la colonización europea y de los hijos e hijas que dejó siglo y medio más tarde el cimarrón arabizado –mestizo él de hausa y yoruba–, fue la familia cercana a Ricardín la que conservó los rasgos aproximadamente más distinguibles. Otros –los Martínez de doña Cristina–, aunque con un origen común, alejáronse

de él en cruces sucesivos con "isleños" y mallorquines que se sumaron a la industria del café. La presencia del centenario Antón Pérez en las márgenes del Río Prieto, a poca distancia de las antiguas comunidades de indios libres, fue responsable de que no se disolviera en el olvido ese parentesco casi legendario, que de vez en cuando daba sus señas aun en una familia de rubios, como era el caso de doña Cristina, y algo menos notorio, José María. No obstante, Chemaro no tenía temor alguno en singularizar esos orígenes, con su aprecio y su lealtad, por estar convencido de que eran parte de su biología física y mental.

Si Chemaro no temía que lo asociasen con indios y cimarrones, menos lo temieron los Montesinos. No tenía Ricardo que mirarse en el espejo para saber como era: color cetrino, pómulos pronunciados, nariz corta, ojos color gandul, ligeramente prognato. En rigor, nada de esto le importaba. O no lo sabía. Eran observaciones de Chemaro.

Antón Pérez había conocido de muy niño a su bisabuelo Majuma quien, aun a su avanzada edad, conservaba un gran caudal de agilidad y era el "médico" de la vecindad. Por haberse puesto de lado de los yorubas en un pleito entre éstos y los hausas, se le vendió como esclavo y vino a parar a la isla. Escapado de su hacienda, recorrió casi toda la cordillera, y se le protegió en este lugar, tanto, que hubo una colecta entre la gente pudiente para pagar su rescate. De no haber sido así, habría preferido convertirse en hombre fuera de ley y hasta correr el riesgo de suicidarse. *A mí nadie me atrapa vivo,*

sentenció. Casado con una mestiza india, aquí levantó su hogar.

Esta finca no podría mantenerse sin Ricardín y su familia. Su sola presencia la ponía a producir. Por lo menos, a la finca se le sacaba suficiente provecho para tenerla sin deudas. Tenía Ricardín un don especial para anticiparse a la naturaleza tuerta -momentos en que el tiempo no habría de favorecer la siembra o la cosecha- y eran muy raras las veces que se equivocaba.

Pese al posible cuaresmón macho del día de hoy, ya él había anunciado que llovería. Lo dijo escrutando el cielo y la atmósfera con sabia confianza. Y no se hizo esperar el cumplimiento del pronóstico: cayó un aguacero tan copioso que tumbaba los cuernos a las reses. Ricardín se sacaba ¡tales! cuentos para sus hijos que eran para aplaudirse. *Hubo una vez un hombre comodín que en los jamases aprendía a cultivar la tierra con amor. Tiraba las semillas como si intentara desperdiciarlas y a las pocas que prendían no las limpiaba de los yerbajos. No aprendió a conocer los tiempos. Confiaba en que la tierra era fértil y no quiso poner de su parte.*

*Sabía que las yucas y las batatas producirían, tiradas así al azar, y dedicaba el tiempo a divertirse. Entonces el Señor quiso castigarlo para que aprendiera a amar la tierra. Cuando fue a sacar las yucas y las batatas encontró que eran leñosas y no se podían comer. Y oyó una voz que bajaba del cielo para decirle: Las plantas no ofrecen frutos apetecibles si se siembran sin amor.*

*Hijos, aprendan a cultivar la buena tierra con*

*amor. Sin la tierra apenas seríamos polvo. Polvo de fuego como las arenas del desierto.*

Invenciones de ese tipo las decía con voz pastosa aunque severa de maestro improvisado, delante de Chedós, antes de que el gemelo decidiese desbaratar su alma (eso pensaba Ricardín) en las convulsas travesías, impulsado desordenadamente por las ambiciones sin norte. Tal vez no llegó a apreciar nunca la satisfacción de poder saborear tubérculos plenos de rica fécula como los que cultivaba el espontáneo amor de Ricardín.

Agolpábanse en la memoria de Chemaro esos mínimos sucesos de su convivencia con los Montesinos y de la inesperada defección de su hermano a raíz de la muerte de don Fulgencio. El ausente no había escrito una palabra de saludo fraternal desde entonces. De pronto, casi automáticamente, José María amarra su caballo frente a la canoa de malojillo, ordena al perro que deje de ladrar y sale a encontrarse con Chedós. Porque, no hay duda, su hermano gemelo viene de camino.

Ya adivinaba Chedós la casa de los Varga, detrás del grupo de árboles en la vega cuando, en una revuelta del camino, encontróse con Chemaro. Saludáronse con efusión aunque tal parecía que se habían separado antier. El perro Guamo, que se quedó rezagado tan pronto vio al forastero, ladró fieramente en un principio y luego, tras el abrazo de

los mellizos, fue amainando los ladridos y acercándose con timidez para oler las piernas de Chedós. "Tranquilo, tranquilo, Guamo, Chedós es de la casa". Movió el rabo rápidamente al escuchar las palabras de su amo, olfateó de nuevo los pies de Juan de Dios, e inició un movimiento cauteloso de la cola, como si entendiese la advertencia de una voz tan conocida por él. Aún no decidió ser efusivo con el forastero aunque dejó de ladrar a un aura que le traía olores desconocidos. Caminó hacia la casa pegándose a las piernas de Chemaro y respondió con oscuras reservas a los amistosos reclamos de Chedós, que procuraba congraciarse con él chasqueando el dedo del corazón con el pulgar: "Guamo. Guamo. Soy de la casa". Adelantóse a colocar la mano cariñosa sobre la cabeza del animal, pero éste amagó a enseñar los dientes, y la retiró. "Ya te irá conociendo, cuando olfatee confianza en ti. Recuerda que nunca antes te había visto".

José de Dios contó a su hermano, brevemente, todo cuanto había visto y recordado en el camino de casi hora y media desde que el automóvil lo soltó a la entrada del camino vecinal y él tuvo que dejar su equipaje en la casa de dos ancianos, única en la vecindad. Qué ha pasado por aquí, hermano. Nunca imaginé que este mundo estuviese tan desolado: no encontré un ser viviente desde que me encontré con los dos viejos hasta aquí. El camino está casi cerrado por la maleza y los yerbajos, sólo se ven los esqueletos de algunas de las casas, las pocas que aún quedan en pie, con las tres piedras sobre el fogón sin cenizas, en lo que queda de la cocina. Eso sucede en el antiguo bohío de los Casitos y en el que fue

ventorrillo, bajo el jabillo, donde apuñalaron al Viejo. ¡Ay, Señor! Cuánto recordé el coco de café prieto que me ofrecía la mujer de Casito... Y aquella noche del suceso de nuestro padre, cuando se le caían los cuernos a las reses de tanto llover... Recordé esto con motivo del súbito aguacero de hace un rato. El viento golpea las viejas paredes de la casa grande de los padres de Felicidad con lo que queda de las ventanas, y los pájaros carpinteros parecen volverse locos golpeando los troncos secos...

Chemaro no comentó lo que acababa de describir su hermano y se limitó a decir:

—Despreocúpate. Uno de los muchachos de Ricardín irá por tus cosas.

—¿Sabes que el pájaro carpintero me venía recordando los cuentos que nos contaban de cómo se hizo la primera mujer del árbol de jobo? Y aquella cosa extraña de la vagina dentada... (Se echó a reír.)

Chemaro se sintió algo incómodo, porque le asaltaba, insistentemente, el recuerdo de Felicidad. Nunca se había tomado la iniciativa del divorcio, ¿la tomó ella? Resistía considerar la posibilidad de que Felicidad lo abandonó para encontrarse con José de Dios en el Norte. En dos ocasiones se quedó con la boca a medio abrir para formular no una sino muchas preguntas. ¿Te concontraste Allá con Felita? ¿Qué te dijo de mí? ¿Se ha envuelto con otros hombres? Qué sé yo. La de no acabar. No creo que mi hermano gemelo me haya traicionado con Felita, no lo creo. Aunque para mí fue como la mujer de la vagina dentada, quiso castrarme, fue mejor que se fuera, ¡qué caray!, fue mi primer amor, ¡mi primer amor!, ojalá no se le ocurra volver.

José de Dios habría deseado que Chemaro le preguntase por Felicidad, quien ahora se hacía llamar Phylicia en el Norte. Tampoco se atrevió a soltar el tema de la mujer. La situación tabú creaba un caudal de incomodidad entre los hermanos, por lo que Chemaro desvió la conversación por otros cauces.

A veces detenían la marcha para recalcar algún punto de una plática henchida de recuerdos. Tenían mucho en común, sin duda –experiencias idénticas, peregrinas contradicciones en el uno y en el otro–, pero eran mundos distintos salidos de un mismo vientre. Chemaro nació una hora antes, con relativa facilidad. Trabajoso fue el parto del segundo y Cristina se vio en el umbral de la muerte.

Hace un bando de tiempo que no se ven y agua pasada no mueve molino, pero Chedós intenta justificar su defección. Decía mamá, en paz descanse, hermano, que de chiquito yo era tan glotón que te disputaba la leche materna y que te echabas a llorar. La verdad es que, desde entonces, me ha gustado mamar y el que mama no llora. Son gracias que me han caído del cielo. No me dejé meter los mochos de nadie... ¿ves que no olvido los refranes? Además, ¿por qué negarlo?, yo soy loco conmigo. No me gusta que me toquen porque creo que me dañan. Soy como la lata del automóvil acabado de comprar: pintadito. Siempre nuevecito, de tanto que me quiero. No hay ser que yo aborrezca tanto como el yonquero. Es un aborto del infierno.

El mismo de siempre, José de Dios Vargas Martínez; en eso no ha cambiado. Intenta penetrar el silencio de Chemaro, como si procurase descubrir el lugar exacto en el corazón de la tierra en donde

revientan los manantiales de los tres tributarios del Guaorabo, pero se ve forzado a callar, para luego limitarse a comentar:

—Confieso que nunca he podido entender tu manera de vivir. ¿No te parece raro que un guar no conozca al otro guar?

—Tampoco he entendido tu obstinación en desperdiciar tus bríos. –Se refrenó.– Bueno, ya me contarás tus correrías por el mundo. Lo único que sé de ti es que fuiste marino y que te haces llamar Joe Varga. Me lo dijo alguien en el pueblo, que es pariente de otro alguien que se encontró contigo en una fiesta de puertorriqueños ausentes. No me pidas nombres, que no los sé.

Hay cierta carga de reproche en las palabras de Chemaro, que no pasa inadvertida para Chedós. Esta vez fue él quien prefirió callar. Pero Chemaro insistió:

—Quisiste sacudir tus obligaciones de jíbaro como el pichón que se sacude las gotas de aguas antes de emprender el vuelo. Pero lo que se lleva por dentro no se puede sacudir.

A lo cual, Juan de Dios, sin más ceremonias, hermanito, mejor, mi hermano mayor en una hora, tú naciste, perdona que te lo diga, con atraso, casi en tiempos de los Mayagunas y los Majumas –¿ves que no olvido esos nombres?– y ya nosotros somos otra gente, hasta Ricardín decía que los tiempos cambian.

—Caramba, mi hermanito menor en una hora, sé que los tiempos cambian, pero las obligaciones con la tierra no. Perdona que te lo diga –agregó sonriendo, para ablandar sus juicios–, pero uno no debe meterse a cazador de nadas, caminando sin orientación, y mucho menos hundiéndose en el lapachero de los vicios

porque sí. No lo digo por ti, porque ya me contarás lo que has hecho, pero, fíjate, me han contado de hijos de antiguos buenos jíbaros que andan perdidos por Allá después de perder o abandonar sus tierras. Por la estampa, observo que te ha ido bien, aunque olvidaste que no se puede venir trajeado como tú para embarrarse en estos andurriales.

Se dieron de nuevo un abrazo para reafirmar la hermandad y celebrar la pirotecnia de recriminaciones cordiales. El viento que venía de los cafetales traía los aromas de la enorme florecida y hasta de la quebrada escuchábanse sus expresiones de gozo. Alto en los aires, un guaraguao volaba en círculos.

Ya frente a la casa –bajos de mampostería, altos de maderas del país, techo de tejas a cuatro aguas, pequeño balcón en ambas plantas–, hablaban de temas menudos, evocación de fiestas tradicionales, travesuras de niños o de jóvenes, pero apenas tocaron el tema del padre y la madre, mucho menos hicieron mención, ni siquiera indirectamente, de Felicidad. Sí dijo Chedós haber visto la antigua casona de la finca Baleares, situada al otro lado de la carretera, sobre una colina, completamente abandonada aunque todavía en buen estado. Chemaro se asustó al oír a Chedós comentar que la casona se prestaba para un negocio de diversiones. Fue un comentario al parecer volandero, aunque, ¿qué intenciones traía Joe Varga?

Menudeaban las palma de la sierra y los helechos arborescentes a unos centenares de metros desde el batey de la casa, en laderas y colinas, y allá, en el fondo de una empinada cuesta, fluía la quebrada con sus rumores del tercer día de la creación. En un esconce de las pedregosas colinas, abría su boca desganada la

Cueva del Cimarrón, por cuyo fondo pasaba un río subterráneo y en donde se encontraron, en tiempos de los primeros Martínez, objetos de cerámica y petroglifos indígeneas. Fue aquí donde vivió, por vez primera, Majuma bajo la protección de los residentes del lugar.

Era, en verdad, copiosa la florecida del cafetal que, a alguna distancia, casi rodeaba la vieja casa. Cantaba el bienteveo saltarín, rururaban las palomas silvestres y picoteaba el inrirí. Chemaro creyó que su hermano iba a conmoverse, pero no fue así. Lo contempló con extrañeza y con afecto, hombre de mediana estatura aunque fornido, por su oficio de años, gruesas facciones arabizadas sin dejar de parecerse a su progenitor, piel rosada, en contraste con el color almacigado de José María. Quizá sin proponérselo, tenía una actitud ligeramente desafiante, algo así como si estuviese proclamando si por mí llueve que escampe. Mientras fijaba los ojos en el hermoso jobo junto a la cueva, miró al árbol y miró a José María y no pudo contener una sonrisilla medio de sorna, como si se dispusiese a gastar una broma pesada al otro y luego se arrepintiese. Sin saber Chemaro por qué, ahora explicaba: "Eres mi único hermano, ¿no es? ¿a dónde más podía ir si estoy en el país?" Claro, hombre, ¿y quién dijo lo contrario? Rieron en común acuerdo, como en un juego de cordial complicidad.

—Cuando te vi venir –observa Chemaro– me sorprendió el mucho sol que has botado. Fíjate, los turistas vienen a comprar sol y tú lo botas por Allá. Siempre fuiste carranzano, pero no tan blanco y rosadito.

—Hecho un americano, ¿no? –dijo Chedós con

cierta acritud recordando palabras del chofer que lo trajo desde la Capital.

—No quise decir eso—. Pero se le hacía difícil aceptarlo, francamente, como lo veía, transformado en hombre de mundo ajeno, despegado de las cosas que nos vieron crecer juntos, arrancado y arrojado a las tierras y a los mares extranjeros, desgajado de sí mismo, enloquecido por un jurakán de desafectos... Mira, Chemaro, una noche, en una playa de Creta, hurgué con mi palo santo el sagrado agujero de Anfitrite. Se llamaba así, como la diosa, y mientras ella se retorcía de placer, desde el mar Poseidón se puso furioso. (Sé que te sorprendo con sabidurías que no esperas de mí, pero eso dejan los viajes por el mundo). Furioso se puso Poseidón... que un hombre viniera de tan lejos, de Río Prieto Arriba, a hurgar en la vagina de Anfitrite, que no era dentada como la de tus cuentos. ¿Has visto en alguna otra parte salvajes tan reprimidos, como esos cobrizos de tus mitologías, que hasta fantasean con vaginas dentadas?

No, este no es el Chedós con quien me crié, aunque siempre quiso hacer milagros con escapularios ajenos. Anfitrite, dice, y sabe Dios si se trata de cualquier puta griega, que ahora él adorna con prestigios mitológicos, para darse pisto de viajero entendido y de hombre irresistible. Ha venido con otra boca y otra vida ajenas. No es el José de Dios que conozco, es Joe Varga.

—Veo que te quedas pasmado, mi siempre ingenuo José María. Nunca fuiste hombre de correrías, como yo. Sólo te ocupas de libros y de montes. Yo he visto ríos sagrados, como el Ganges; es una porquería. Conviertes tu Guaorabo en río sagrado y sólo hace falta

que en sus márgenes haya vacas sagradas para que lo adornen con plastas de porquerías.

Es inútil hablar seriamente con José de Dios Vargas, por sus reiteradas irreverencias y por esa sensación tentenelaire que sugieren sus puntos de vista.

—Confieso que abandoné todo esto porque aquí nada hay que se pueda ofrecer sin exageradas tacañerías, aparte de las gallinas que escandalizan después de poner un huevito así de pequeño; vida de dos mudas, de legumbres y viandas almidonadas, sudor y fatiga subiendo y bajando cerros. Desde pequeño me sentí fuera de sitio, un campo de concentración voluntario. Dime tú, ¿a dónde te lleva esa vida de sacrificios y de sagrarios patrióticos? ¿Quieres ver ríos de verdad? Sal de aquí. Yo cambiaría toda esa sosera por bullicio, tumbando la mitad de esos cerros para abrir carreteras.

Fue soldado en Panamá, viajó por todas partes del mundo como marino. Tuvo tantas amistades que sólo llegó a utilizar parte de ellas. Quedáronse sin estrenar muchas de esas relaciones. *Una legión de amigos sin estrenar, hermano, ¿sabes lo que es eso?* Las invitaciones que se perdió por haber aceptado otras invitaciones. En algunos círculos tuvo fama de Latin lover...

—Espero que no me culpes porque detrás de mí se fue topájaro –disculpóse con risueño meaculpa–. De paso por estas piedras, después de esos años, sólo he visto soledad y abandono, casas en ruina, ventanas batidas por el viento, maleza y bejucos. Y tú aquí, hermano. Esto es casi un monasterio.

—Cada cual es dueño de sus actos. Pero no me

juzgues incapaz de cometer barbaridades. Por ejemplo. Porai se dice que van a explotar las minas. No vamos a permitirlo. Es lujo que no podemos tolerar. Tampoco puedo darme el lujo de hombre-de-mundo como tú.

Porque José de Dios trajo consigo la transitoriedad de los puertos y los inconfundibles aromas de ocasión de las mil y una mujeres. De niños, Chemaro y Chedós vieron pasar sobre la luna las bandadas de pájaros migrantes que se orientaban por las constelaciones. Iban en busca de una naturaleza más benigna a su vida colectiva. Sólo con la experiencia de la azada en un clima soportable, la gente del lugar emigró hacia la ciudad del frío y de las fábricas. Fue preciso cerrar la escuela del barrio. José María aceptó escuela en otro barrio. Salía a caballo, casi de madrugada, para llegar a tiempo. Poseía un don muy particular para tratar con los niños.

José de Dios no conocía al muchachón –quince años muy bien aprovechados, Fonso de nombre– que vino con su equipaje. Era uno de los trece hijos (diez de ellos machotes, como decía con pesada gracia Ricardín) del Pariente: cuando el carranzano salió hacia el Norte, apenas comenzaba Fonso a pronunciaer las primeras palabras. No podía negar a su padre: aquella manera de mirar, a mediosojos, y de pararse como si, cuando menos se esperara, habría de dar un paso atrás, habría hecho desconfiar a quien no fuera José María, que lo observaba, pues era la actitud de Ricardín ante la gente

forastera, y Chedós era forastero para Fonso, que no podía recordarlo y además, tan diferente a Chemaro. "Claro, que no te recuerdas de mí", dijo Chedós con la mano extendida. "Soy el hermano de éste y estarías bebé cuando yo me fui". Fonso se limpió la mano sobre la ropa y la extendió con la palma hacia abajo, para saludar con la muñeca; luego, con algún esfuerzo de los músculos de la cara, consiguió sacar algo que pudo haber sido una sonrisa. Chedós entendió.

—Fonso, ayúdale a subir las cosas. En el cuarto que está junto al mío, sabes cuál es—. Y a Chedós: —En lo que pones las cosas en orden voy hasta el Poyal de las Malangas, debes recordar, ¿no? Voy a buscar guábaras para la grincha. Instalóse Chedós en su habitación -la misma que ocuparon él y Chemaro en vida de los padres-, y se puso a esperar el regreso del hermano. Como éste tardaba, vistió mahones y una camisa a cuadros de diversos colores y salió hacia el lugar donde, de niño, muchas veces se entretuvo pescando guábaras, buruquenas y camarones, no propiamente en el Poyal de las Malangas, sino en un tablazo de tanta profundidad que tapaba a una persona de pie, formado por acción de las aguas del arroyuelo cerca del poyal. Allí fue incontadas veces, por encomienda de la madre casi siempre enferma, en busca del berro, la albahaca, el poleo, la parietaria, la mata de gallina y otras plantas medicinales.

Esta tarde los cafetales y los naranjos estaban en flor, abanderados los plátanos. Ya había conseguido buena pesca Chemaro y se entretenía viendo fluir el agua, como si la descubriera por primera vez y se encontrara sin tiempo ni lugar precisos. Se acerca ahora José de Dios a embromar con sus reprobaciones

de hombre de mundo, pero las esquiva Chemaro con tranquila tolerancia y piensa en el soporte axial de dos vidas tan diferentes: la hermandad, la guaridad que los debe unir aún más. Y Chedós termina comprendiendo, aunque en ocasiones Chemaro "se alza" para no dejarse tomar de tonto. "Poeta" lo ha llamado ahora porque lo encontró algo abstraído por la eclosión de olores y cantos de pájaros, por el silencio casi táctil y el grandioso florecimiento. Porque es algo curioso que Chemaro, apreciando la substancia del pasado, proyectase en su mente una "memoria" del futuro, momento en que nos dispongamos a no desperdiciar miserablemente las abundantes riquezas naturales de esta tierra de veneros. *Recuerdo ahora la mala fortuna que nos traerá el abandono que ya se cierne por estas tierras...*

—La verdad es que aquí no ocurre nada –comenta Chedós–. ¿No te das tus vueltecitas porai detrás de las jembras? ¿O están muy lejos? El caballo acorta distancias. P...

Evidentemente pensó mencionar las corridas de don Fulgencio, pero se ha contenido. Es uno de los temas aparentemente prohibidos entre los dos hermanos, porque no acaba de aflorar con franqueza. Y son en verdad enojosas las oscuras e incompletas alusiones.

Chemaro no quiso darse por entendido:

—¿No te das cuenta, hermanito? Tú estás de regreso. Tú ocurres. Yo no ocurro para esta gente. Esa quebrada tampoco ocurre. Pero vamos a imaginar que se secan los manantiales y deja de fluir el agua. Entonces ocurriría algo grave: se acabó el agua. La naturaleza nos ha acostumbrado a los dones más

imprescindibles y nos percatamos de ellos al perderlos en un cataclismo. Bueno, para qué ir tan lejos, si sólo hablaba de que tú ocurres. El lugar se quedó despoblado; tú iniciaste la emigración. Regresas. Ocurres. Ya me hablas de conseguir mujeres. Veo que ocurrirán en tu regreso. Y dices que no ocurre nada.

—Cuando hablas así me dan ganas de escurrirme.

—Perdona. Es que me dolería que hayas olvidado cómo florecen los mirtos del cafetal y cómo maduran sus cerezas, cómo pasea el zorzal por la hojarasca con sus patas rojas. Pero, perdona, vuelta a lo mismo.

José de Dios sabe que puede hablar de lo que ha visto en el mundo entero. Son experiencias inmediatas, sin proyección. Ya ven ustedes. Tuvo un encontronazo con la diosa Anfitrite en una de las playas de Creta. Asociaba su apetito sexual con la mitología griega y es ésa una ilustración de sus muchos conocimientos de hombre viajero. Estuvo a la caza de galeones; no son ésas experiencias de José María. El lo contaba todo con aspavientos y medioentendió todo cuando ayudó a satisfacer sus apetitos primarios. Cuando intentó hacer exhibición de experiencias artísticas o científicas, ahí le fallaron sus experiencias de hombre de mundo y sólo hizo una exhibición de ignorancia. Claro está, sin la exhibición de la ignorancia, las conversaciones serían aburridísimas. Y Joe Varga mantenía a sus amigos del Bronx con la boca abierta recontándoles las más desorbitadas aventuras.

Sobre las seis de la tarde, cuando la noche ya llena el valle, Chemaro hace sonar el guamo como medio para que Ricardín se presente en la casa. Llega poco después acompañado de otro de sus muchachos, este retoño Montesinos más claro de color que Fonso, parecido a Anatolia. Ricardín no le muestra mucha amistad a Juan de Dios, más bien lo trata con un caudal de reservas. Después del saludo, lo remira despacito, con la boca algo torcida bajo el bigote lacio, y casi chirría con su voz pausada: "¡Santo Dios, quién lo 'biera creido!" Por su parte, Chedós sonríe amistosamente, no sin echar por delante un reproche: "¡Por poco que el Pariente no me conoce! Debo parecerle casi otra persona, si no otra persona por completo." Ricardín intentó disculparse: "Perdona, Chedós, tu ausencia ha tendido mares entre tú y nosotros. Pero ya volveremos a entendernos, ¡si casi estuve a punto de tratarte de usted!" Quitóse el sombrero, algo sofocado a pesar del frescor del anochecer, y cayó sobre su frente el pelo chorreao; palpitaban las aletas de la nariz.

En lo que Ricardín y su hijo salían en busca de Isidora, la hija mayor, por su fama de preparar la más sabrosa grincha del lugar, José de Dios sacó sus trofeos de viaje para mostrarlos a su hermano: un ánfora griega –"¿te la regaló Anfitrite?", comentó con picardía Chemaro–, un ídolo africano –"Ya te contaré

la historia"–; objetos de nácar orientales, y, sobre todo, la piel de un tigre, con la boca abierta que mostraba afilados dientes... *cazado por mí en Indonesia, pues sabrás que aprendí a disparar el rifle y la escopeta sin falla. Ya te contaré unos percances...*

Cantaba ya el múcaro en el cafetal cuando Ricardín se presentó de nuevo con un haz de matas de habichuelas verdes, esta vez acompañado por Isidora. El inconfundible olor a matas recién arrancadas llenó el ambiente. Isidora hermosa jíbara de veinte años, de formas exuberantes sin ser necesariamente gruesa, saludó con timidez a Chedós y con mirada sonriente a Chemaro. El largo pelo le caía sobre la espalda, que recogió en un paño a cuadros tan pronto se metió en la cocina. Todos se pusieron a desgranar las habichuelas. El hambre apremiaba con los fríos del anochecer. Chemaro sacó un ron anisado que comenzó a repartir con moderación.

—¡Salud por el perdido!

—¡Salud!

—¡Salud!

El anisado era para los hombres. Isidora –le encantaba que la llamaran Dora– seguía atareada en la cocina. Chemaro había adelantado los preparativos de la comida y, salvo las habichuelas, todo lo demás lo había encontrado a medio hacer. Sobre las brasas estaban los casabes azucarados.

Por el estímulo de los tragos y distanciados de la muchacha, se reanudaron los cuentos de Chedós, con los que consiguió la más asidua y conciliadora curiosidad de Ricardín. "Pues sabrán que era un sargento del cará. Lo llevaba a mis espaldas como el bacalao de la Emulsión de Scott y se pasaba todo el día

this son of a bitch dago, porque me dio por echármelas de italiano, de Calabria, decía, sin saber dónde rayos quedaba eso ni haber aprendido una palabra de italiano en mi puta vida, y yo me hacía el zonzo porque el insulto era para un italiano y yo no lo era, y le devolvía el insulto en español sin que él entendiera ni jota y creía que yo le hablaba en italiano el bruto, cuando apenas sé decir spaghetti; me consolaba pensando que debería tener la cara donde tenía las cachas, cachetudo que era, y que ni siquiera podía sospecharme puertorro, mucho menos hermano de ese indígena que ven ahí. Una noche le coloqué en la cama un pastel que otro puertorro me había regalado y que no pude comer por la mucha sal que tenía y el tipo de las cachas se levantó sintiéndose enfermo, derechito al hospital, por creer que había evacuado mientras dormía."

Con los repetidos tragos se le abrió aún más el atlántico abierto que llevaba en su conciencia, con salidas a los cinco continentes, por estrechos, cabos, mares y archipiélagos. Comenzó a mezclar las experiencias personales con la historia y la mitología, leídas u oídas contar ocasionalmente, y con las propias fantasías, ya que esta noche era él el hombre de la sabiduría y porque Chemaro y Ricardín lo escuchaban sin formular comentario alguno. Ahora se refería a una tal Afrodita quien lo escogió a él, entre tres marinos, por la prontitud con que el unicornio se le irguió a la vista de ella. Un jíbaro de Río Prieto Arriba puede distinguirse en cualquier parte del mundo, ¿no lo creen ustedes?

Ricardín entendía muy poco de lo que hablaba Chedós y Chemaro entendía a medias, por las metáforas, metonimias y alusiones mitológicas

trastocadas, por las malasmañas a que era aficionado, y eran muy parcos en el responder por temor a que Isidora se enterara si le diera por parar el oído. Todo lo que contaba, si se hubiese dicho con llaneza, habría alarmado a la buena gente del lugar tan poco acostumbrada a ese tipo de tema, sobre todo cuando había mujeres con el oído parao. Pero parecía que José de Dios hacía un recorrido por todos los continentes para poner de manifiesto las potencias de su unicornio traspuesto: europeas lechosas, asiáticas con pelillos que se podían contar, africanas cuya presencia sugería que acababan de salir de la vagina del mar y que enredaban el amor en el erizo de su sexo –todas en disposición de agotar al hombre, de desgonzarlo y avergonzarlo–; pues, "¿saben ustedes cuál fue mi última aventura antes de volver a Nueva York? Fue en Ghana. De allí cerca es la tierrra de donde trajeron, según dicen, al brujo Majuma. Quería encontrarme con una verdadera africana, no pasada por agua, como las que hay por acá. La encontré en Accra. ¡Buena hembra la condená negra! Al principio aparentó estar desganada pero yo le saqué las ganas y, en el choque, por poco me sorbe entero. ¡Aquello echaba candela! ¿Han visto cómo hierve el sofrito en las ollas? Eso. Con todas las especias."

Ya eso es más llano, menos retorcido y metafórico, y Chemaro pone cara de pocos amigos, mientras Ricardín ríe bobaliconamente, como si estuviese diciendo: "Se las trae este tipo." Parece que las palabras de un activista negro de Brooklyn habían impresionado a José de Dios Vargas Martínez, porque ahora las recuerda, colocadas fuera de las realidades del momento: "Aquella noche de Accra casi comprendí las

palabras de un moreno sentenciador de Brooklyn: 'Con toda la hambruna y la civilización pegada con saliva, la vagina de Africa va a sorber la vida de los demás continentes. Es un círculo inevitable: la vida del futuro irá a parar donde empezó.' Viendo el tal moreno que mi cara se quedaba en blanco, me invitó a una biblioteca para mostrarme con ilustraciones la evolución del hombre. Entonces pensé en Majuma y enredado en la vagina de la ganosa volví a pensar en Majuma."

No quiso agregar más palabras, entendiéranlo o no. La verdad es que buena parte de las conversaciones se le quedaba incompleta por falta de conocimientos más firmes. Lo relataba todo como quien anda tomando shots de una película mental y saltaba de un tema a otro con suma facilidad, aunque casi siempre con intenciones sexuales, como una obsesión. Pudo haber substituido "de puerto en puerto" por "de vagina en vagina", porque lo desviaba todo hacia este último tema. Tal vez la obsesión lo mantuvo prisionero y perdió la oportunidad de propiamente ver mundo. Pero, por creerse universal, reprobaba el "encierro" de José María. *Sería un gran atractivo para los turistas que éstos pudieran escuchar los areitos y las bombas de tus seres invisibles. No me perdería el negocio. Ando en busca de un negocio, ¿qué te parece?*

Advierte Chemaro que su hermano no quita los ojos de encima de Dora, sobre todo en el momento en que todos se sientan a saborear la sabrosa grincha y los aromáticos casabes. Ricardín terminó primero que los demás y anunció:

—No se hará esperar un aguacero de los pastores y creo que debemos salir antes de que llueva.

—¿Qué te hace creer eso? –inquiere Chedós.

—El olfato.
—¿Y qué es lo que hueles?
—Lo que otros no huelen.

Chemaro se echó a reír y Chedós se quedó soso. *Ahí es donde fallan los hombres de mundo.* Volvió a reír Chemaro. Ricardín se puso en pie e invitó a Isidora a salir. Chedós algo incómodo aunque sonriente, casi midió a Ricardín con la vista. ¿Cómo es posible que un tipo como éste, de movimientos tardos, mafolongo, sepa cuándo va a llover, por el olfato?

El suceso vino a comprobar el pronóstico. Diez o doce minutos después de haber salido Ricardo y su hija, descerrajóse, como una descarga plural, el copioso aguacero que retumbó en el tejado de la casa. Vino con ráfagas de viento y fue preciso cerrar puertas y ventanas.

Como sucedía en tiempos de la niñez, el ruido del aguacero sobre el tejado invitó a los hermanos a retirarse a dormir. Ya a solas, cada uno en su habitación reparó, cada vez más sensiblemente, que uno y otro habían eludido hablar de los sucesos que precedieron la fuga de Chedós hacia el Norte. *Salió, sin decir nada, poco después de la muerte de don Fulgencio... ¿Por qué se quebraba la virtual alianza que tenía con el "viejo"? Se fue en mitad de los gritos de dolor de nuestra madre enferma. Jamás escribió y no se supo dónde estaba para avisarle su muerte. Ella murió clamando por su hijo ausente. ¿Por qué ahora eludía yo hablar de estos sucesos?... El debe saber los motivos que tuvo Felicidad para embarcar poco después de que él saliera. Por qué abandonó esta casa. ¿Se habrán encontrado por Allá? Voy a pensar que el regreso de mi hermano es señal de que no hay maldad en él. Mi*

*padre lo malcrió y se sintió verdaderamente huérfano cuando el "viejo" murió.*

La presencia de Chedós en la casa le quita un peso de encima. *No provocaré que me hable de aquellos sucesos. Son cosa de un pasado que no se debe remover para no causar perturbación a Chedós. Mañana tengo que levantarme de gran madrugada para ir a la reunión de maestros. La familia de Ricardín se encargará de atender a mi hermano.*

Sin más quedóse dormido en seguida. Había amainado la lluvia.

Mientras tanto, en la habitación contigua José de Dios alentaba las mismas preocupaciones que en un principio perturbaron un poco a Chemaro. *¿Por qué no me dijo?: "Mira, Chedós, fuiste injusto con nuestra madre. Preferiste la compañía del fuerte, casi no le hablabas a mamá y hasta serviste de alcahuete en algunas aventuras amorosas del 'viejo'. Tan pronto murió papá, quisiste irte, abandonaste a nuestra madre enferma." Pero callas y me miras tratando de sacarme los pensamientos con tirabuzón. No me dijiste: "No esperaba que volvieras jamás. ¿Qué vienes a buscar? Desde niño te gustó ir al pueblo con la escotera. Llegas ahora como la escotera: sin carga alguna en tu conciencia, con las manos vacías". ¿Me has preguntado acaso por qué no escribí y me presento sin anunciar? No me has dicho: "Te aprovechas de mi disposición fraternal, tú que no has sabido ser hijo de una madre que murió clamando por ti."*

*Felicidad Rivera. ¿Sabes quién es Felicidad Rivera? Ella de quien se gustaba era de mí. Se casó contigo por la posibilidad de ir al pueblo. Mujer del maestro. Desde niño le escribías mensajes amorosos en hojas de cupey.*

*Pero desde niña fue palabrera, siempre le hizo falta una sondaleza como a las gallinas que se van al monte a poner. Pude haberte alertado: "No te cases con ella, no te quiere." Pero ella me tomó de padrino para casarse contigo.* Insiste el pensamiento en resucitar las tristes circunstancias. Fue un anochecer lluvioso. Como esta noche. De súbito piensa que debe atrancar la puerta. Puede entrar un culebrón. Como el de aquel anochecer.

Maquinalmente se despoja de la camisa para recostarse a ver si concilia el sueño. Sobre su pecho, entre las dos tetillas, sobresale el tatuaje: "F.R." Vuelve a cubrirse el pecho. Se tira en la cama, sudoroso.

La reposada cordialidad de Chemaro puso confianza en el ánimo de José de Dios. Eso sí, hermano (Chemaro recalcó suavemente sus palabras), Ricardín me hace segundo, es más, sin él y su familia no podría mantener esta finca. Más que medianero es condueño. Tenemos una pequeña comuna. Las plantas se apresuran a crecer de verlo. "Vamos a complacer a Ricardín", parecen decir. No te metas con él ni con su familia. Tú eres hombre conocedor de mundo; él no lo es. Dices que es muy poco o nada lo que podemos ofrecer desde aquí. Cuando te sorprende el crudo invierno por allá, ¿has pensado que el sol no se lleva en la maleta?

—Hablas del sol como si fuera una cosa, qué gracioso.

—Así me entiendes. Es probable que no sepas

cuanto aquí tenemos. Esos manantiales, por ejemplo. Tú has estado por los desiertos de soldado. Debes saber que somos un criadero de manantiales...

—Si regreso al Norte me los voy a llevar -repuso Chedós, burlón.

—¿Sabes si hay "especiales" de sol o de manantial en las tierras de Allá?

No tiene Chedós otra alternativa que echarse a reír, y dice:

—Quieres cortarme el paso con tus bejucos. Si lo permito me creas un infierno de bejucos.

Resiste entender Chedós. Tiene el presentimiento José María que su hermano no anda los caminos del mundo con fuertes encomiendas de espíritu. Los anda para luego desandarlos, con breves estancias en las vaginas, y venir a parar donde comenzó a andar. Anda envanecido, con frívola intención de ver, hartarse de ver por ver.

Conocedor de los gustos y pasiones de su hermano gemelo, paso a paso ha venido explorando Chedós la manera de exponer los propósitos de su regreso. Comenzó preludiando su deseo de descansar un poco... tú sabes, mi vida ha sido un continuo traqueteo, y hasta los gustos cansan.

Entre bromas y veras ya había hablado de que buscaba establecer un negocio. No especificó qué clase de negocio... si los turistas pudieran disfrutar de esos areitos de las noches de luna... pero no todos tenemos la capacidad de ver seres invisibles... Chemaro estaba acostumbrado a esas bromas, pero sospechaba ya la clase de negocio que buscaba Chedós: el negocio de los espectáculos. Prefirió, sin embargo, callar; Chedós había fijado su atención en la casona de los

mallorquines, al otro lado de la carretera. Algo concreto y práctico. Aunque una vez alternó con gitanos en el sur de España, nada que fuere sibilino o críptico le atrajo jamás. El interés cultural de José María en las herencias que nos formaron era para él misterioso, producto de un pasado que no se repite: arocoeles, el Guaorabo como río sagrado, los cimarrones, Mayagunas y Majumas... Si eso existió, cosa de un remoto pasado era... y yo creo en las cosas concretas y prácticas. Por ejemplo, atraer turistas y gente de la ciudad a la montaña, dar nueva vida a estas regiones que se despueblan... para que escarmientes –susurra José María casi al oído de Chedós–, deberías encontrarte con una vagina dentada.

Involuntariamente, José de Dios se palpa los testículos y se duele:

—No me desees tanto mal.— Y para tomarse una cordial venganza, sugirió:

—Imagínate que yo pusiera una casa de diversión en esta casa de los Vargas y pudiese colocar un anuncio que leyera así: "Esta noche magna presentación de un areito por una troupe de indios mayagunas del siglo XVII."

Celebró José María la ocurrencia de su hermano gemelo, aun cuando lamentaba que se hubiese lanzado al mundo a vivir entre fantasmas de deseos que nunca se concretan o frivolidades disfrazadas de hazañas.

No escapaba al entendimiento de José de Dios, el tácito o manifiesto rechazo de José María a un hombre que parecía interpretar la universalidad viajando de puerto en puerto o de vagina en vagina. Justificándose, Chedós aseguró que ya era tiempo de botar las muletas porque papá no me iba a durar toda la vida y no me

apetece vivir en estos andurriales, pidiéndoles a las piedras más de lo que pueden dar. Me dije: "Mientras más lejos bote las muletas, mejor; donde no se encuentren..."

Lo interrumpe Chemaro para decir:

—Pero lo que tú botas es la vida. ¿Crees que puedas acomodar tus ambiciones de viajero sin norte a estas realidades que rechazas? Papá nos hacía temblar, es cierto, cada vez que exclamaba: "¡Asunte bien!" Sin embargo era hombre de la tierra. Mi querido hermano, tú renunciaste a ella. Nuestro padre, valiente como era, temía a la traición, particularmente en las noches oscuras y lluviosas, una noche que se le volvía fiera carnicera bajo la silla de montar. Siempre temíamos: ¿qué sucederá al apearse? Pero así había que aceptarlo, sobre todo como hombre de la tierra.

Por vez primera, desde su regreso al lugar, se percataba Chedós que Chemaro rompía con la inexplicable veda mutua de una imponente figura familiar del pasado próximo: don Fulgencio Vargas Ruisánchez. *Doña Cristina se había arrellanado en la butaca para hacer labores de aguja y los muchachos, sentados en el suelo cerca de ella, se entretenían con adivinanzas cuando regresó don Fulgencio de una riña de gallos. Venía furioso, con el gallo búlico en sus manos. Temblaba de ira y habría apretado el animal hasta hacerle saltar la sangre, pero el gallo cantaba. "¡Hijo de manilo desgraciao! Huiste como la peor de las gallinas. Yo voy a dar buena cuenta de ti!" Pero el gallo seguía cantando como si hubiese conseguido la victoria. "¡Hijo de gallo manilo! ¡Hijo de mala gallina!" Fue a la cocina, tomó el machete corto, colocó el cuello del animal sobre el picador y tiró el furioso golpe, de*

*filo, tan fuerte que el picador saltó en pedazos. Sin embargo, sólo había conseguido cortarle el pico. El animal echó a volar sin rumbo, ciego, y llenó los muebles de sangre. Su sangre nos salpicó a Chemaro y a mí, y prosiguió su vuelo torpe y desordenado. Detrás del animal corrió don Fulgencio, lo agarró, manchándose de sangre, y le torció el pescuezo. "¡Hijo de gallo manilo! ¡Hijo de mala gallina!" Casi había enloquecido. Arrojó el animal en el regazo de su mujer quien, manchada ella misma de sangre, lo mismo que las piezas que cosía, mantúvose atemorizada y muda, mientras el hombre gritaba: "¡Ahí está la presa! ¡quiero un buen asopao con el desgraciado manilo!" Entonces dirigió sus ojos hacia los gemelos para decirles: "Yo les dije que no dejaran entrar el gallo de Eulogio en mi gallinero. ¡Asunten bien! ¡Que no vuelva a ocurrir!"*

Fue Chedós quien se aventuró a recordar el triste suceso. Papá tenía mal genio, es verdad, pero cuando se sentía tranquilo era un amor. A veces tomaba en una mano un puñado de basa, lo esparcía en la palma con un dedo de la otra mano para contemplarlo como una joya. Se le expandían las aletillas de la nariz para percibir el olor a surco abierto. Asimismo era un rito la cosecha: nada tan agradable como ver las mazorcas de maíz, con sus cuentas de oro, libres de buba. Volteaba la finca todas las mañanas, con sus cibancos, pequeños valles y abras. Veía una bendición en la quebrada que corre por la finca. Por impostura se levantaba antes de que comenzara a clarear el horizonte y es posible que las gallinas abandonasen el dormidero antes de tiempo para seguirle los pasos.

Comenta Chemaro: —Precisa reconocer que fuiste

mal discípulo en estos particulares; sacaste el sentido del humor de nuestro tío materno Hermenegildo que se fue para Cuba y no volvió. Por un tris no vuelves tú tampoco. Y no saliste a papá en lo mejor que tenía: su amor por estas piedras, como dices. Y es mejor que no se te haya ocurrido casarte: quizá tu mujer no habría podido soportarte, como mamá no pudo soportar a papá. ¿Recuerdas el día en que te dije, porque eras malcriado con mamá, que no te fulgenciaras, y se lo contaste a él? Desde entonces me habló duro, con latigazos de palabras. Sin embargo, ¡cuánto lo admiré cuando le dijo al ingeniero de las minas que antes de explotarlas tendrían que pasar sobre su cadáver! *Esos manantiales valen más que todo el cobre o el oro del mundo,* dijo con voz de t r u e n o. Trueno que habría de retumbar desde Toro Negro al Monte del Estado.

—No se ve bien que uno se oponga al progreso -tartamudeó Chedós.- Tiene uno que deshollinar su vida de telarañas y vejeces.

—De lo único que pudo haberse deshollinado a don Fulgencio era de sus soberbias de hombre engreído. Como hombre de la tierra era un monumento y me permita la voluntad honrar su memoria. Ahí es donde no parecemos gemelos.

Chedós decidió evadir el tema:

—Hablando un chispito de todo, hermano. Hace días que mi unicornio quiere sacarme de las casillas. Pero no tengo los medios.

—Habla claro.

—El regreso no me ha capado, brother. Préstame tu caballo que ya tengo a medioconquistar a una divorciadita camino de Los Rábanos.

—Puedes montar el careto si te obedece. Es

boquiduro con personas que no sean Ricardín o yo. Si resiste, monta la yegua zaina. Con un merengo o una mula no vas a ir de conquista. Y otra cosa. No te metas en líos con rivales o maridos celosos.

Las facciones algo gruesas, arabizadas, bajo tegumentos rosáceos, y aquellos aires familiares que le hacían parecerse a don Fulgencio, se ensancharon en una sonrisa amplia, de oreja a oreja, para responder:

—No resucites otra vez las cosas del viejo, que la ocasión no se presta para eso—. Y se fue en busca del caballo (de joven fue excelente jinete), adelantando gracias, hermano, por complacer a este humilde pecador.

Chemaro no aspiraba a cambiar la conducta de Chedós. Tendría que decidirlo él mismo. Frente a los cambios radicales de los migrantes, sentía Chemaro inevitables pálpitos de tragedia, como si el futuro se les presentara a los viajeros improvisados como memoria de trágicos hechos consumados, quizá irreversibles. Pero el bejuquero de abandono que habían dejado atrás, antes de amilanarlo, infundíale nuevos ánimos. La presencia de Chedós en la vieja casa lo ponía a prueba, dura prueba, si se quiere, pero *yo sé por qué camino transito.*

Aunque lo sospechara, tenía que sorprenderle a Chemaro que el establecimiento de una casa de diversiones en la finca Baleares fuese una próxima realidad. Tiempo hacía que sus dueños –profesionales en la

capital unos, emigrados otros–, gestionaban su arrendamiento para lograr lo cual prestáronse a contribuir para su restauración. Ya había iniciado Joe Varga una campaña de promoción en los pueblos vecinos y en la ciudad y contaba con el personal mínimo para su mantenimiento; el propio dueño, que aprendió a cocinar a bordo de los barcos donde trabajó, se desempeñaría como maitre d' y como cuisinier, todo en una pieza.

Aunque un poco distante de la casa de los Varga, nunca antes se vio tanta gente por los alrededores, como en el día de su inauguración. Evidentemente el acto de variedades quedó muy lucido. Chedós no había consultado a José María directamente; éste no dijo palabra, ni aun cuando Chedós vino a avisarle que se trasladaba a vivir al Baleares. Había cinco dormitorios para rentar a quien así lo desease y el propietario contaba con una pick-up del año.

El primer negocio de este patrón establecido en las cercanías de Río Prieto, habría de ser tácita invitación para aquellas personas que, por practicar el *double standard,* preferían alejarse del medio doméstico donde residían. En sus boletines de promoción anunciaba Joe Varga una "casa" abierta para recibir a los que "deseen un paraje de sosiego en la montaña para aliviar los efectos del ajetreo cotidiano". Ya había anticipado José María el tipo de negocio que habría de establecer su hermano en la Finca Baleares: el "hombre de cinco continentes", según lo entendía él, intentaba traer "su mundo" a este apartado lugar de la montaña para compartirlo con amigos "estrenados" y "sin estrenar". La verdad es que Chedós tenía una natural disposición para hacer amistades dondequiera que iba.

Contaba con un socio de la ciudad para su nueva aventura que, de tener éxito en su fase inicial, habría de extenderse en los terrenos baldíos que en sus alrededores había.

Lejos de desear el fracaso de la aventura, consideró José María con cautela los efectos que un negocio de esa índole habría de tener en la comunidad. La idea del negocio desde un principio habíase convertido prácticamente en tema prohibido entre los dos hermanos. Ricardín no le dio alientos a la sugerencia de Chedós de que alguno de sus muchachos trabajase allí.

La Casa Baleares estaba en parte decorada con los trofeos que la marea de los viajes dejó en poder de Chedós. La piel del tigre cazado en Indonesia, con su cabeza armada de dientes, servía de alfombra en el pequeño despacho de recibo. Fotografías en colores de gran tamaño, con paisajes montañeses, adornaban las paredes del corredor que hacía las veces de lobby. En los cuartos había escenas de mar con mujeres bañistas. Al parecer, allí quiso botar el mar con sus playas y sus mujeres.

Y cuando llegó el primer sábado de escándalo en que los ánimos de la gente embriagada se excedieron, de antemano sabía Chedós el disgusto que le causaba a su hermano, porque la Casa Baleares estaba situada en una alta colina y los gritos y la música trascendían. El lunes fue a encontrarse con Chemaro para decirle, medio en gracia, medio en serio:

—¿Qué es lo que vas a hacer conmigo? No te gustan los jolgorios, lo sé, pero así son los negocios.

—Te devuelvo la pregunta.

—¿Yo? ¿Qué voy a hacer contigo? Contigo no se puede hacer nada porque no hablas y yo alboroto

demasiado. Pero, you know, la vida es cambio y esto no va a ser siempre sínsoras.

—Tienes razón. Soy yo quien vive atrasado. Me lo has dicho tantas veces. Aun a papá, tal vez, le habría disgustado ese escándalo.

—La amistad de papá no era con los ángeles celestiales, aunque intentara cometer sus pecados calladamente. Pero yo haré lo imposible porque mis clientes no se excedan. Menos mal que eso ocurre sólo uno o dos días en la semana. Mucha de la gente que nos visita lo que desea es tranquilidad.

Ahora, con motivo de las vacaciones escolares, Chemaro tiene más tiempo para laborar junto a Ricardín y su familia –le agrada estar cerca de Dora–, se acuesta temprano y el reposo palpitante llena su vida.

De súbito, un miércoles por la tarde, mientras José María lee en su pequeña biblioteca, Chedós llega a la casa acompañado –¡quién habría de creerlo!– de Felicidad. Chemaro rehúsa mostrarse sorprendido, ¿cuándo llegaste del Norte?, pregunta del modo más natural. Había sido una decisión repentina, una corazonada. Me dije: Qué será de la vida de Chemaro. Aproveché que me había quedado sin trabajo.

Claro, ha perdido la juvenil prestancia de hace unos años, aunque conserva el insólito atractivo de la mujer que sabe escapar de los sentimientos de culpa para atribuírselos a otros. Precisa convenir: tiene gracia para el juego. "Nunca intenté hacerte daño", explica con un caudal de inocente vehemencia. —"Tú sabes, yo era una niña muy inmadura". Desde un principio aborda el tema con imperturbable osadía y Chemaro se queda sin palabras.

Sin palabras también se ha quedado Chedós

tratando de aprehender la reacción de su hermano. Consigue éste sobreponerse a la primera impresión, sobre todo, a las inesperadas explicaciones de Felicidad, que debieron ser resultado de un diálogo y no principio de él. Pero ése es el estilo de ella: no sólo hablar por sí misma, sino también por su interlocutor, cuyas reacciones quiere anticipar para desarmarlo. Se echó la culpa, eso sí: actuó por inmadurez, aunque no con mala intención. Y él debió haber ponderado esa inmadurez. Culpa de él no haberla ponderado. Si lo hubiera hecho, no hay duda que todo se habría arreglado a tiempo sin que ocurriese la "dolorosa separación", como acaba de decir. Pero ella no ha mirado a otro hombre desde entonces, pudo haberse divorciado por allá y no lo hizo, ¿comprendes? ¿Que por qué no escribí? Ah, los hombres no entienden los sentimientos de una mujer.

Se le aguaron sus ojos amarillosos y se veía sumamente atractiva con un hermoso pelo salpicado de hilillos blancos. Chedós, pecador empedernido como era, hacíase cruces y hasta sospechó que Chemaro acabaría declarándose culpable, porque ella le arrebató siempre la última palabra. A lo mejor lo haría aparecer como un villano. Eso temió.

—Vamos a ver todo esto con calma –dictaminó José María.– Mientras tanto puedes quedarte aquí en lo que ponemos las cosas en claro. Si quieres le pido a una de las muchachas de Ricardín que te acompañe, Dora o la otra, porque allá casi todos son varones.

—Para qué –exclama ella muy segura de sí misma; somos mujer y marido, porque tú tampoco te has divorciado, ¿o es que te has divorciado? ¿No? Pues sólo hemos estado separados.

Así no más, como si la separación hubiese sido de

una semana de duración. Minimiza hasta el ridículo tantos años de ausencia. En otras circunstancias, Chedós habría preguntado: "¿Estabas de compras?" Ella habla ahora de los sagrados vínculos matrimoniales, ¿qué le habría costado a Chemaro irse a vivir con ella al pueblo? Era eso todo cuanto pedía. La impaciente inmadurez me sacó de quicio. ¿Por qué no me llamaste?: Mira, nena, vamos a hablar esto despacio, sin apuros innecesarios.

Vuelta a la inmadurez. Chemaro miró a su hermano como para preguntarle... *¿Te encontrabas tú con ella por Allá? Desde que llegaste no la has mencionado. Y ahora te presentas con ella. Necesito una explicación.* No dijo nada, pero José de Dios entendió el reproche. Intervino:

—No creas que yo estoy enterado de todo esto. Creo que si me vi media docena de veces con Felicidad fue mucho. Como marino, yo viajaba de país en país, me trasladé a vivir en New Jersey. Ella me dijo que vivía en la parte norte, cerca de Connecticut. La última vez el encuentro fue por casualidad. En el Zoológico. Ya no se llamaba Felicidad. Phylicia. Sus amigas le decían Phyly. Por conocidos comunes supo que yo estoy por acá y acá vino, no por mí, sino por ti. Le gustaría reconciliarse contigo. Que Phyly diga si estoy en lo cierto o no.

—Cierto. Ya me cansé de aquel clima. Deseo regresar... aquí, si mi marido lo quiere.

—Tú decides -aconseja Chedós.

—Ya lo dije: Puedes quedarte hasta que se aclare todo. No hay divorcio por las cortes, es cierto, aunque lo haya por los años. Me parece raro que sea ahora, después de tantos años, que te acuerdes que existo. Y no

me digas que no has tenido hombres en todo ese tiempo.

—Hace tres años estuve a punto de consumar el divorcio. Tuve un amigo. Un italoamericano compañero de fábrica. Not an egghead like you, sino un hombre de fábrica. Pero no me convenía y lo dejé. No tolero los celos excesivos. También las mujeres tenemos derechos. Y que quede bien claro: si convenimos en reanudar el matrimonio, no es para ser la mujer de don Fulgencio sino la compañera de José María Vargas Martínez. No toleraría la vida de doña Cristina. No estoy ya para pedirte que vayamos a vivir al pueblo, pero te ayudaría en lo que pueda. Si está en mi voluntad y en la tuya, puedo ser buena ama de casa. Después de todo me crié por estos montes.

Hacía la concesión con cierto grado de orgullo, casi como un reto, porque no venía a rogar, sino a hacer un trato amistoso, y le exasperaba el silencio un tanto espinoso de José María, quien, al mismo tiempo, era incapaz de herir los sentimientos de la mujer. Sí le pareció inusitada una petición de esa naturaleza y se preguntaba por qué no había tomado él la decisión de divorciarse hace tiempo. Pero la gente que vive aislada, como él, deja que los años se acumulen sin decidirse a buscar una solución definitiva. Del mismo modo que en el rancho se acumulan los viejos aperos, los trastos, sin darles uso –costumbre muy a la vista en las haciendas–, había dejado acumular los años. Sólo cuando ha fijado su atención en la hija del Pariente, Dora, se ha preguntado: "¿No es tiempo ya de que me divorcie? Me está gustando la hija del Pariente." Y se ha dispuesto a recoger los trastos del tiempo para hacerlos

desaparecer en el fuego del olvido. El recuerdo de Felicidad habría de ser un puñado de cenizas.

Pero no se hacía necesario herirla viciosamente; sabía que la mujer era palabrera –siempre lo fue–, aun cuando el tiempo y las experiencias la hubiesen moderado. Se le figuró ingenuo –más que ingenuo, absurdo– eso de regresar para proponer una reanudación del matrimonio. Creería que él, Chemaro, de tanto quererla, la esperaba detrás de la puerta para decirle: "Entra, ésta es nuestra casa, ¡qué importan los años!" *Eso sería esperar demasiado, ¡es posible que se viva sólo una vez y no soy tan bueno! Claro, no es para que me pidas que no actúe como don Fulgencio. También eso es absurdo.*

Yo no desprecio a quien me niegue correspondencia de sentimientos. Los sentimientos personales son espontáneos y no se fuerzan. Sólo sería capaz hasta de matar si algún avaricioso sin conciencia de futuro osase vulnerar los manantiales. Me volvería una fiera. Entiéndanlo bien.

No hubo acuerdo entre Phylicia y Chemaro. No podía haberlo. Y tuvo ella que liar sus bártulos y regresar al Norte. Estos días sorprendieron a un José de Dios verdaderamente perturbado, con ansias de sincerarse con su hermano. Lo visitaba con inusitada frecuencia, intentó más de una vez hablar confidencialmente con José María, pero las palabras se le

congelaron en la boca. Por fin se atrevió, un anochecer lluvioso.

No sé cómo empezar, hermano. Pero de algún modo debo contártelo. Es lo menos que puedo hacer. No te sorprenda si te digo que cuando Felicidad te abandonó para embarcarse, sólo intentaba seguirme. Take it easy, y escúchame. Ella estuvo siempre encaprichada conmigo. Creo que todavía padece del mismo mal: es una enfermedad, yo he sido su enfermedad. Te pido que creas a tu hermano. Acepto que soy un holgazán sinvergüenza, que engañé a mi padre haciéndole creer que lo sustituiría en la finca. Tampoco fui buen hijo con mi madre. Sin embargo, no pienses jamás que te traicioné o que pienso traicionarte. Eres mi hermano. Mi hermano gemelo.

Todo fue un capricho de Felicidad. Aun casada contigo no quería perderme pie ni pisada. Ni siquiera voy a jurar que no le presté atención porque no desconfías de tu hermano. Y haces bien en confiar. Fue ésa, una de las razones que tuve para embarcarme cuanto antes. No te asombres que te diga que ella se fue detrás de mí. ¿Qué podía yo ofrecerle? Además, era la mujer de mi hermano. Soy un sinvergüenza, pero no tanto. Me mudé unas cuantas veces y siempre daba conmigo. Fue entonces que me enrolé de marino. Para que no diera conmigo.

¿Por qué negarte que estuve enamorado de ella? Los dos nos gustábamos de ella desde que comenzó a espuntar. Era a mí a quien quería, pero se casó contigo y yo serví de padrino. Mira qué cosa. Yo creí que se iba a aplacar, pero siguió. Iba a comprometerme contigo. No podía permitirlo. No sé cómo averiguaba mis regresos, luego de mis viajes. A veces lograba encontrarme. No

sabes de lo que es capaz una mujer encaprichada. Encaprichada con un hombre que nada puede ofrecerle y es hermano de su marido. Olvídate de mis alardes amorosos. No he puesto un dedo encima de Felicidad. Es mi cuñada. Mujer de mi único hermano.

Supo que yo estaba por acá y acá vino a parar. Entonces pensé que ustedes podrían reanudar el matrimonio. Creo que ya se ha fatigado de tanto seguirme: ya debe haber aprendido a odiarme. Aprenderá a amarte porque tú le darás seguridad y ella ha andado en un desvarío. Es probable que te sea buena compañera. Si en vez de ser tú hubiera sido yo quien se casa con ella, el matrimonio habría durado una semana. ¿Qué seguridad puedo darle a una mujer? Y la que más o la que menos, lo que busca es seguridad. Ríete de los pececitos de colores. Mujeres a montón hay que se figuran eterno un amor no realizado, y se empeñan en ver el lado malo de un matrimonio bien realizado. Desde Eva hacia acá les ha atraído probar la fruta prohibida. ¿Quién les quita esa idea de la cabeza? Y cógeme esa gata por el rabo: más improbable es ese amor que juran y perjuran sentir si se les mete en la cabeza alardear de liberacionistas. A mí no hay quien me quite eso de la cabeza: los unicornios traspuestos son unicornios y las vaginas son vaginas. Las liberacionistas han llevado el manicomio a las calles. Felicidad dice haberse sumado a esa locura.

José María guardó un largo silencio; Chedós se movió en su asiento con mucho desasosiego. Luego Chemaro se puso de pie. Y Chedós se puso de pie. Dijo Chemaro:

—¿No te gustaría una grincha preparada por Dora?

—Le queda sabrosa. ¿Y qué cosa especial le pone para que sea tan buena?

—Amor hogareño de la mejor calidad.

Al echarse a caminar los dos hombres, José María colocó el brazo sobre el hombro de José de Dios. Luego, como un susurro, dijo:

—Gracias, hermano.

Suspiró hondo.

Chedós sintió mucho alivio después de sacarse de adentro el asunto de las singulares relaciones con Phylicia, aunque no lo contó todo, es la verdad. Desde que llegó puso mucho celo en no desnudarse el pecho delante del hermano. Rehusó dejarse ver las iniciales, tatuadas entre las dos tetillas. Habría explicado, eso sí, que se trataba de un Feliz Recuerdo de la patria cuando se hallaba lejos de ella, pero, ¿quién se lo iba a creer? Además, ¿de cuándo acá tanto amor por la patria distante, si incluso Allá se hacía llamar Joe Varga? Aún había algo sin explicar, sin duda.

Pero experimentó alivio, por qué negarlo, sobre todo luego que José María le echara el brazo para darle las gracias conmovido, como si también él se hubiese quitado un gran peso de encima... ¿el peso de una sospecha de la que nunca osó hablar?

Dos días después, domingo por la mañana, José de Dios se fue de caza al monte con un grupo de amigos "recién estrenados". A matar tórtolas, que ya escaseaban, es la verdad. Los cazadores, decía Chemaro,

hacen un deporte del asesinato de alas y arrullos. Y aniquilan su sensibilidad en la puntería. Ni siquiera cazan para procurarse el alimento, tal cual hacía el hombre primitivo. Cazan por diversión. Es una perversidad. Eso hace la fiera por puro instinto de matar.

Parece que las palabras de Chemaro influyeron profundamente, esta vez, en Chedós, porque luego vino donde el hermano con un cuento que no era propio de él y esta vez no se trataba de vaginas o mujeres exóticas. Sucedió así en Indonesia, dijo. Recordó el cuento cuando, esta mañana, los hombres recogían las tórtolas muertas del suelo. Y experimentó una atroz repulsión por haber contribuido a matar tan lindas palomas. Y más que repulsión, miedo, ¿y sabes por qué? Según el cuento –que daban como historia sucedida– un hombre exhibía en su dormitorio, como alfombra o trofeo, la piel de un tigre recientemente cazado. Notaron los familiares que la alfombra desapareció luego que el hombre del cuento se hubo ido a matar liebres. Por la tarde lo llevaron donde el médico con heridas de tigre en los calcañares. Y en aquel lugar no había tigres. Finalmente encontraron la piel de tigre que le servía de alfombra justo en el lugar donde fue a cazar liebres. La alfombra se había convertido en tigre vivo para vengar su propia muerte y la de las liebres. Y aquí va mi caso. Cuando ayudaba yo a recoger las tórtolas muertas me puse a pensar que mi tigre me había seguido los pasos al monte y en un momento en que me encontré distanciado de mis compañeros eché a correr como si el tigre me persiguiera porque mataba tórtolas, no por necesidad de alimento sino para divertirme. Y me llevé un gran

susto porque, al llegar a la casa, no di con la alfombra: el muchacho que hace la limpieza la había removido para sacarle el polvo. Cómo es posible que me asaltaran todas esas fantasías en el monte. Y que para no sentir la vergüenza de venir cargando con las tórtolas muertas, entregara mi parte de la caza a uno de los compañeros. Y que tuviera tanta ansiedad por averiguar si mi trofeo del tigre estaba en su sitio. Ve dándote cuenta de lo que es el ser humano, brother.

En previsión del mal tiempo, en esta época del verano, José María observaba el ir y venir y la acumulación de nubes y la conducta de los animales. Aquella mañana de principios de agosto advirtió que el nubarrón estaba inquieto y que sobre la tierra había alternativas de calmas y de fuertes vientos. Se sucedían las invisibles oleadas y los pájaros abandonaban las ramas para meterse en las cuevas. El ganado estaba impaciente. Según alzaba el día arreciaron las oleadas de vendavales que alborotaban el follaje de los árboles y de las malezas.

En estos momentos se presentaron en la casa José de Dios y Ricardín con su familia. Cerraron las puertas y ventanas y decidieron trasladarse a la cueva, provistos de alimentos. Crujían los árboles, se doblaban los cafetos cargados de granos, y las nubes se amontonaban con movimientos envolventes. El viento dispersaba la lluvia que fueteaba los rostros de los hombres cuando salían a observar.

Tras unas horas de ansiedad, se convencieron de que el ojo de la tormenta llevaba otro rumbo y que las fieras ventoladas eran los ramalazos de uno de los monstruos atmosféricos que azotan la región del Caribe para esta época. En la crecida quebrada habíase ahogado un becerro, la vegetación aparecía mutilada.

Decidieron permanecer en la cueva hasta el otro día. No bien hubo salido el sol, había arcoiris en las telarañas. Pero el sol se mostraba o se ocultaba alternativamente. La casa de los Vargas no sufrió daños de consideración, la de Ricardín perdió parte del techo; la casa de los mallorquines, situada en una colina, fue un desastre. Se perdió todo. José María invitó a su hermano a vivir con él en los bajos de la casona y cedió los altos a los Montesinos en lo que se corregía el techo de la casa de éstos. Los gemelos se alojaron en la amplia habitación que una vez fue residencia de Chemaro y Felicidad. Eran sorprendentes el orden y la limpieza que había allí. Chedós se conmovió. Recordó aquel anochecer lluvioso cuando, inesperadamente, el culebrón se arrastró hasta la cama donde reposaba Felicidad y ésta echó a gritar. Pero Chedós no se había sentido con ánimos para decir a su hermano todo cuanto sabía del suceso. Y para qué, pensándolo bien. ¡Todo resultaba tan difícil de contar! Además, había dicho lo que realmente Chemaro deseaba saber.

Pasado el gran susto y comprobado ya que la destrucción fue menor de lo que se esperaba y que la pérdida del café fue mínima, Chemaro se sintió optimista. En vista del desastre de la Casa Baleares, José María preguntó al gemelo qué pensaba hacer. No, no reanudaría el negocio; esperaba arreglar cuentas con los dueños, y luego... Vaciló durante unos segundos

y hasta, no pudo evitarlo, se le salieron las lágrimas. "Las cosas me están saliendo mal y no soy hombre de silbar en la noche para espantar el miedo."

Chemaro le propuso que se quedara con él, que trabajaran juntos en la finca. "Ricardín y yo te necesitamos, si así lo decides, encaríñate con estos andurriales. Aquí naciste y aquí te criaste." Pero Chedós confesó que conocía bien sus debilidades. "Aun en el momento en que prometía a don Fulgencio, como a veces dices, villas y castillas, asegurándole relevarle en el manejo de la finca, sé que estaba mintiendo. Tú naciste para amar estas piedras, yo para tropezar con ellas y caerme de boca. Antes de que esto suceda, me voy de nuevo. En los barcos dejé la reputación que es propia de marinos, es verdad, y no me rechazarán porque siempre cumplí con las órdenes. Me duele haber fracasado, después de tanto ir y venir, no lo niego, y siento no ser el hermano que hubieras querido de mí."

—No tengo derecho a enjuiciarte. Eres como eres y sanseacabó –respondió José María.– Lo importante es que no dude de tu lealtad ni tú de la mía. Creerás que no tengo mis arrebatos. Te equivocas. Los tengo. Por temor a desbaratarme por dentro busco refugio en estas piedras. Lo sé por las rabascadas que me han salido en alguna que otra reunión de maestros. Entre ellos me llaman El Montuno. Yo me hago de la vista larga.

Mis eternamentes habíanse vuelto tan comunes, cuando de amor a la tierra de manantiales se trataba, que la eternidad se trasladaba al quehacer cotidiano, aun en el instante de cavar en el suelo para sembrar los granos. Vivo eternamente en tus claridades de agua, sol

y cielo, eternamente las nubes cargadas de promesas vigilan mis pasos y responden a las señales de los veneros, he pensado que eternamente estoy atado a esta vida, desde sabe Dios qué tiempos pretéritos, quizá fugado del mundo que ponen en "special sale" en la ciudad. Es probable que los muy urbanizados, con sus avenidas atestadas de deseos de posesión, digan he ahí un recluso trastornado, un eternamente enajenado del buen día de hoy. Bien, me quedé solo con mi Pariente y su familia en este lugar y subo y bajo trillos y cuestas para encontrarme con mis alumnos del otro barrio. Los yerbazales han escondido muchas de las veredas, antes tan transitadas, pero yo las redescubro y hasta las piedras se me hacen blandas. Yo no podía dejar atrás este lugar de manantiales, de génesis de la historia, eternamente rebrotada. Mi Pariente y yo nos quedamos más cerca del momento en que el inrirí picó en la ingle de las ramas del jobo para crear la mujer fecundada por el sol. Yo, hombre-guaorabo, me nutro del Blanco, el Prieto y el Guaba. Vivir es germinar. En el momento de madurar la cápsula del jabillo, estalla para celebrar las promesas de germinación con sus cohetillos. ¡No osen los buscadores del metal emponzoñado tocar estas aguas sagradas! Los perros echan a correr hacia la luna recién salida, para alcanzarla, pero ladrarán y ladrarán y la luna resplandece en la noche.

Por fin le llegó el día a José de Dios. José María le pidió que lo pensara bien, pero él dijo que ése era "el día", pensándolo infalible, "como la hora de la muerte, brother". Esta vez, sin embargo, se iba sin el equipaje de los ánimos juveniles, en un alarde de terquedad inútil. Porque, ¿qué pensaba hacer en esta segunda aventura? Lo de la busca de los galeones fue una pesadilla que trató de olvidar con sus bríos de unicornio traspuesto. Ahora, fracasado, sentíase muy poca cosa junto a su hermano gemelo, pero insistió en alardear de hombre cosmopolita. Había hablado a un amigote, alguien que conoció en la casa de los mallorquines, para que viniese por él de madrugada. Terminó de vestirse fuera de la casa, para escurrirse sin que lo escuchara Chemaro, y salió a encontrarse con su amigo sin más equipaje que unos $749.34 que había conseguido salvar de la catástrofe. Habíale asegurado a José María que habría de salir antes de mediodía y no aceptó el dinero que su hermano le ofreció. "¿Con qué vas a mantener esas piedras limpias?" dijo dándole un abrazo intrascendente.

Al darse cuenta de que su hermano había salido, no tuvo Chemaro más recurso que levantar el brazo en saludo de despedida hacia el camino. El perro no ladraba; movía la cola amistosamente. Sin duda había sido cómplice de la fuga: se había cuidado de no despertar a Chemaro con sus ladridos.

# SEGUNDA PARTE

Buscaba trabajo, sin acertar a conseguirlo. En algunos sitios se lamentaban no poder ofrecer nada; en otros parecía irritarles que alguien se les acercara a pedir trabajo, como si se tratara de un atraco. Qué significa en una Gran Ciudad un individuo, por carranzano que sea, sobre todo si ha nacido en Río Prieto Arriba. El problema, está visto, era mío: se mermaba alarmantemente el pequeño capital que llevaba en el interior de los zapatos. En estos momentos sería espantoso un asalto.

Luego de mil y una visitas en solicitud de trabajo –"mire, señor, no quiero vivir de la caridad", pero la respuesta no se hace esperar: "Ese es su problema"–, regresaba a mi cuartucho del Bronx pensando qué hacer en los próximos días con el poco dinero de que disponía. Estaba desesperado, casi ciego de desesperación. Soplaban ya los primeros vientos de otoño y hacía frío. Entré en un Liquor Store a calentarme. No pude resistir tres o cuatro tragos. Anochecía ya cuando, por unos instantes, se me figuró que alguien me seguía. Lo

veía con el rabo del ojo, sin atreverme a confirmarlo. Eché a correr sin freno, para en seguida darme cuenta de que era mi sombra proyectada brevemente en una corta pared. Tuve que reírme y palpé, con satisfacción, los billetes, bajo las plantas de los pies. En ciertas etapas de la vida de un hombre, hasta la propia sombra se le rebela y lo amenaza. Sucede cuando las contrariedades van llegando a su punto culminante. En unos segundos en que mi sombra se coloca, por efectos de luz, en mi frente, le he hablado como a un viejo camarada: "No estás conmigo para asustarme, ¿convenido?" Locuras de desempleado. Reí de mi propio disparate.

Habíame prometido: No volveré a la marinería. Basta ya de viaje inútiles en barcazas mohosas, con insoportables pestes de aceites y grasas, entre personas de vidas lastimosamente incompletas, como la mía, sin otra esperanza, durante largos días, que soltar y amarrar cables, tirarse en una litera a mascar recuerdos, entre dos profundidades desconocidas. Basta ya.

Tal vez me tenían un poco cambiado los meses que pasé cerca de mi hermano gemelo. Escuchaba mis cuentos sin darles la importancia que yo tácitamente sugería. Apenas comentaba, limitándose a sonreír, como quien dice: "Nada de lo que me cuentas puede compararse con la alegría de echar una semilla al surco, verla transformarse en una mata y cosechar sus frutos". Ni siquiera mi colección de vaginas pareció impresionarle. ¿Y de qué otra manera podía entretenerme, luego de aquellos viajes tediosos a través de los mares?

Por eso me lancé frenéticamente a conseguir qué

hacer en la Gran Ciudad. Suerte tuerta la mía. Tuve que recurrir nuevamente a la marinería. Pasaron meses antes de que consiguiera un steady job. Esas uniones marítimas tienen siempre un juego complicado. Ahora no me hacía de ilusiones en los puertos y no fueron Anfitrites ni Afroditas lo que encontré. Cuando nada tenía que hacer a bordo, tendíame en una hamaca a ver los peces voladores y a mortificarme con la incansable repetición de círculos, al parecer, uno solo, que el barco no acababa de cruzar.

Fueron meses, años, de aburrimiento, y para qué pensar en los tesoros hundidos en los galeones, con los cuales se hundió también la avaricia de los aventureros. La historia no dice si los buenos curas les abrieron el camino hacia el cielo a los muchos indios que murieron cavando las minas. Viajé en diversos barcos, pero ninguno como aquel de matrícula panameña, porque fue allí donde me dio en la cara, violentamente, este asunto de las drogas. Tuve la suerte de que un amigo de abordo, panameño de nacionalidad, me previniese. Hicimos muy buena amistad. Con la autorización del capitán, con quien tenía muy buenas relaciones, me invitó a visitar a su familia y permanecer en Panamá hasta el próximo regreso del barco.

Era aficionado a la caza, como yo, y una mañana nos fuimos a un monte cercano al mar para intentar algún tipo de caza. Llevamos un solo rifle, el que él estaba autorizado a usar. Todavía no puedo explicar mi imprudencia de aquel día. Estábamos sobre una rocas, muy cerca del mar, con hondonadas aquí y allá, y contemplábamos el vuelo de las aves marinas. Mi compañero sintió deseos súbitos de pagarle un indispensable tributo a la Naturaleza, tuvo que bajar a

la maleza, y dejó el rifle en mis manos. Inesperadamente advertí que dos enormes rabihorcados chillaban de un modo raro mientras volaban en círculo casi sobre mi cabeza, a tiro de rifle. Fue una reacción casi automática el querer probar mi puntería, y disparé. En mala hora. Una vez hubo caído uno de los pájaros a poca distancia de donde me encontraba parado, el otro pájaro se arrojó en picada sobre mí. Con el susto, el rifle fue a parar barranco abajo hacia la maleza donde se hallaba mi acompañante. Con toda franqueza, el terror me sacó de la piel y me sentí desolado en mi indefensión desnuda. Luché por no poner de manifiesto mi terror y me dispuse a enfrentarme al pajarraco.

Había caído y como no pudo alcanzarme, voló a alguna altura y flechó de nuevo hacia mí. Lo vi acercarse, y me apresté a proteger mis ojos con mis brazos: pensé, horrorizado, que me los sacaría de cuajo. El vuelo hacia mí fue rápido pero, como en una pesadilla, las proporciones de su envergadura de quizá cerca de tres metros parecían agrandarse fantásticamente y aun tuve la impresión de que habría de tener suficiente fortaleza para cargar conmigo.

Inexplicablemente recordaba las tórtolas derribadas, por pura diversión, aquel domingo aciago en que me pareció ver el tigre de mi alfombra transformado en tigre vivo. Fue aquella una visión fugaz; el feroz ataque del rabihorcado ahora era una espeluznante realidad. Cualquiera habría dicho que venía a vengar la muerte de las tórtolas. Me asaltaban terribles sentimientos de culpa cuando advertí la presencia de un nido con sus polluelos, a muy poca distancia de mí. No tuve tiempo de sentir lástima por el pájaro baleado

porque me defendía sin tregua de su enorme compañero. Nunca había visto un pájaro tan sañudamente violento. Intenté esconderme debajo de una mata en una de las hondonadas de las rocas, pero hasta allí extendió su largo y punzante pico. De la dolorosa desgarradura del brazo fluía sangre. Volví a caer bajo el golpe de las poderosas alas. En el instante en que se preparaba para un nuevo asalto, oí el tiro de rifle y desplomóse cuan pesado era. Mi amigo panameño, Tomás Figueras de nombre, lo había matado.

Desde ese suceso -apenas sé cómo expresarlo- experimenté desencanto de mí mismo. Me puse a considerar que la mala fortuna había tomado posesión de mi cuerpo. ¿De qué otro modo podía juzgar mi situación si todo cuanto hacía salíame tuerto? Para colmo hasta víctima fui de un maldito rabihorcado en lugar y circunstancias insospechados. La triste experiencia hízome traer entre ojos que inauditas fuerzas maléficas me hacían perder el equilibrio y que mis malos vientos venían cosechando tempestades.

Lo recuerdo como ahora. Pasado el peligro, con los dos enormes pájaros a nuestros pies, extendidas e inmóviles las largas alas, pardo el color predominante, blanquecino el pecho, buche grande y saliente, pico asesino; no salíamos del asombro. En la refriega se había extraviado uno de los polluelos; con mucha delicadeza tomó Figueras el otro en sus manos. *Mis nenes lo acabarán de criar,* dijo. *El pensamiento es más rápido que la bala. Considéralo para otra ocasión.* Confieso que sentí bochorno. Salimos del lugar cuanto antes. Intentó él explicarme, que no fuera yo a creer que me regañaba... *todos cometemos errores. Soy cazador y*

*no debería serlo. Me lastima quitarles los padres a los polluelos implumes. ¿Y qué uso le íbamos a dar a un rabihorcado muerto?* Echóse a reír y me dio dos golpecitos amistosos en la espalda, como si hubiese hecho un chiste. Apenas hablamos en el camino de regreso hasta la casa.

Aunque pudiera haberme sentido a mis anchas en su hogar hospitalario, fui reservado y dije pocas palabras porque el remordimiento me prohibía ser expansivo. Ansié que el barco regresara pronto: los que pudieron haber sido días de alivio para un marinero renitente, se convirtieron en una callada tortura de espera. Se me quedaron dos cicatrices en el brazo izquierdo y otra en la espalda, no tan profundas como las del espíritu.

La soledad y la malasangre encaminaron mis pasos hacia la compañía de hombres viciosos a bordo del barco. En verdad no estaba enterado yo de sus negocios o manejos ilícitos... Eso lo supe después. Lo cierto es que al sorprenderme ellos retraído y poco conversador, se me acercaron a ofrecer su amistad. Eran tipos alegres, músicos aficionados los dos, que entretenían a los demás interpretando canciones populares de la América Latina y de Estados Unidos. Uno era colombiano y el otro curazaense. Este último parecía ser la mar de gracioso y ciertamente disponía de gran habilidad para acompañar la guitarra del colombiano con una extensa variedad de ruidos rítmicos. El colombiano se me aparecía temperamental, unas veces cordial al extremo, otras veces refunfuñón y algo altanero, como si hubiese acomodado su vida a un perenne desequilibrio. El curazaense decía pasar por alto estas ambivalencias de su compañero y formaban

un buen dúo en todo sentido, hasta en el vicio, según me enteré luego. Su interés axial, que tanto los juntaba, era el tráfico clandestino de drogas.

Como me gusta la música y casi llegué a formar un trío con ellos, lo cual me conducía a estar parte de las noches de descanso entreteniéndome con sus canciones, no di oídas a la advertencia del panameño Tomás de que a él se le figuraban algo sospechosos. Tenía yo vehementes deseos de llegar a la Gran Ciudad para dejar el barco y lanzarme de nuevo a buscar empleo en alguna fábrica. Había dejado de ser atractivo para mí viajar tan aturdidamente de puerto en puerto, a pesar de mi afición por las mujeres. La monotonía de la travesía de un puerto a otro me exasperaba. Quizá fue esta irrefrenable exasperación lo que me impulsó a amistarme con el dúo, ya bajo las sospechas del capitán, a formar conmigo un trío, convencido de que la música era lo único que nos acercaba. Sin que yo lo supiera, se me incluyó en las pesquisas, como más adelante se me informó. Muy cerca ya de nuestro destino –a veinticuatro horas de la Gran Ciudad– encerraron al curazaense y al colombiano y a mí me dijeron que no podía abandonar el barco sin el visto bueno de las autoridades.

Pero yo no estaba dispuesto a obedecer esas órdenes, de ninguna manera, puesto que no aguantaría una hora más a bordo; así fue que, tan pronto el barco atracó al muelle, me deslicé por un cable hasta el agua para nadar, pegado al muelle, hasta la orilla. Ya en las calles de la ciudad, no era asunto de perder la cabeza y echarme a correr, sino simular reposo caminando como un viandante más. "Si no tengo hechas, por qué sospechas. En lo de las drogas, soy tan inocente como

un niño acabado de nacer". No quise envolverme ni de testigo, porque, cuando menos se piensa, uno anda pagando el pato. Atrás quedaba mi experiencia con el rabihorcado, que tan mal efecto me causó.

Recordé ahora, con aguda percepción, la vez que le dije a Chemaro "Yo soy loco conmigo" y las palabras se me aperecían como salidas de otros labios y no de los míos, según de desemejante me hallaba. Qué diría mi hermano gemelo si lograra darse cuenta de mi actual estado de ánimo. Quise ir tan de prisa que la vida no me alcanzaba. No debí haber salido. de Río Prieto Arriba sin despedirme de él. Para que no ladrara y fuera a despertar a Chemaro, puse un hueso en la boca de Guamo. Sólo así pude lograr su complicidad.

Traía yo mis billetes bien enliaditos en una envoltura impermeable prendida al cinturón y, por lo menos, tendría con qué moverme durante unos días, quizá semanas. Tan mal que se habla del dinero, y quién vive sin él. Tal vez se necesite aun para entrar por las puertas de San Pedro, según lo que uno oye decir a los curas y a los ministros del Señor, cada vez que muere un señorón forrado de dinero habido con malas artes. No era momento, pues, para que me molestaran mis billetes; al contrario, desde que puse pies en las calles de la ciudad, comenzaron a abrírseme las puertas de los fonduchos y, como cosa especial, las puertas de los liquors. Con la esperanza de regalarme a mí mismo, alguno de esos días en que la suerte deja de ser tuerta, una fortunita jugaba sin falta en la lotería clandestina, "por siaca...", decía, y tanto lo dije que ya se me comenzó a llamar Siaca, como si ese fuera mi apellido.

Esta vez me fui a vivir al Barrio, donde nadie me conocía por Joe Varga o por José de Dios Vargas

Martínez. Siaca fue desde entonces mi apellido; Jose Siaca, mi nombre completo. Si me encontraba con un Siaca genuino y salían a revivir asuntos de familia, si se trataba de gente rica, dejuro que yo pertenecía a ella, pero que no estaban de acuerdo con la vida que yo hacía; si de Siacas pobres se trataba, ah, yo vengo de otros Siacas. En fin de cuentas, que ya contaba con una familia fantasmal, y tan campante yo por las calles infestadas de vicios de la Gran Ciudad. Pero, francamente, huía como el diablo de la cruz, de las drogas. Resentía que se me hubiese involucrado, aunque fuese por fuerza de asociación, con aquel dúo de los demonios.

Sin embargo, por lo mismo que casi había dejado de ser Joe Varga, hombre de mundo y de fantasías, o José de Dios Vargas, gemelo de José María Vargas, hijos ambos de don Fulgencio el Isleño, poco a poco fui conduciéndome muy condescendientemente con Joe Siaca, a tal punto que por poco me aficiono al humo de la yerba. Pero los compinches de Joe Siaca celebraron el acontecimiento prematuramente, porque lo mío eran los liquors. De todos modos no sé qué habrían pensado de mí los fantasmas adinerados de los Siacas sobre estas predilecciones de su también fantasmal vástago.

Me metía en los liquors, tuviera o no tuviera dinero (si no lo tenía casi siempre hubo un pana que me pagaba el trago), y ahí dejaba mis dólares y mis dolores, en los vasos vacíos, que me complacía en escurrir hasta la última gota, a tal grado llegó mi sed.

No miento si afirmo que fue para sorpresa mía, más bien de Joe Siaca, que me encontré joseando en plena calle y tuve que poner a funcionar mi poder inventivo para explicar para qué deseaba el dinero

solicitado. Claro está, ya había dejado de tentar la suerte en la lotería clandestina porque nada de eso estaba para mí. En un principio, me metía en las estaciones del metro a pedir y con un mismo token recorría largas distancias de estación en estación. Tan pronto los policías comenzaron a clavarme los ojos, hube de renunciar a la productiva maniobra. La sed más que el hambre me empujó a cucarachear en las comunidades pobres las cuales, por lo general, son más generosas que las opulentas, a pesar de que, aunque nada tenía que ofrecer y para qué irían a asaltarme, siempre pensé que podría perder la vida a manos de cualquier malentraña. Pero, por qué preocuparme por conservar tan miserable vida. Quizá para que mis fantasmones adinerados no sintieran vergüenza de que me encontraran muerto tirado en una cuneta. Orgullos de familia, se entiende. Sólo cuando venían a mi memoria los Vargas de Río Prieto Arriba me recriminaba a mí mismo por estar considerando tales sandeces y entonces caía en cuenta que no debía abochornar a José María. ¿Por qué tiene que cometer esa ñanguería un Vargas Martínez? Mas el remordimiento duraba hasta que se ponía a la vista el próximo "filántropo" –así me dio en llamar a la persona que abordaba en la calle–. Si caía en mis manos suficientes monedas para un próximo trago, me consolaba: "Por qué castigarme con absurdos cargos de conciencia y otras ñanguerías, si 'beber' es de mayor prosapia que fumar la yerba o caer bajo las garras del monstruo blanco?"

De súbito, una mañana en que me sentía más despejado, luego de "pernoctar" en un banco del parque, me dio en pensar que Phylicia podía estar buscándome por todas partes. Desde que comenzó a

espuntar me buscaba sin desmayar y fueron pocas las veces en que no diera conmigo. ¿Me reconocería ahora, con esta barba y estos harapos, con esta sed que me transía? Además, ¿respondería yo si me gritara por sorpresa?: "¡Chedós!" Ya estaba tan acostumbrado a ser miembro de la familia Siaca, que quizá lo de "¡Chedós!" sería un eco lejano, tan lejano como los cuentos de Antón Pérez; aún más lejano: tan lejano como el lamento caracolero de los arocoeles mayagunas o los misterios astronómicos del brujo Majuma.

Mis días eran siempre iguales, ensordecida mi conciencia, mis sueños en suspensión, como las neblinas que llenaban los valles de Río Prieto después de las lluvias. Se me iban las horas jangueando y ya, de puro aburrido, no sabía qué era el aburrimiento. En el mundo en que me movía vi muchos hombres y mujeres, aun jóvenes de tierna edad con el mono trepao en las espaldas, por el uso excesivo de drogas, pero yo persistía en mi preferencia por el licor. Ya no me recibían con beneplácito en el interior de los liquors, desde una esquinita pedía el trago y luego me gritaban "scram!" La palabrota llegaba a mi conciencia enmarañada con el estrépito insensible del chancletazo que se le larga a una cucaracha. "Scram!" La primera vez que la oí experimenté inaudita desolación: pensé que ya no me consideraban "pertenecer". No sé qué era eso para mí; tal vez mis Siacas fantasmales se alejarían más y más y aun intenté procurar (mentalmente) apoyo afectivo a Chemaro. Pero también estaba distante, porque yo mismo me había alejado de él. Scram! Scram! Como si me tiraran en el hediondo tubo del carro de la basura.

Cuando podía, compraba la botella llena hasta el

cuello. ¡Llena hasta el cuello! Era un grandioso espectáculo. Toda una maravilla. La ocultaba bajo mis harapos, para aislarme luego en algún lugar donde nadie me vigilase. Para esas ocasiones guardaba yo un pequeño tirabuzón. Ponía en práctica todo un ritual. Contemplaba la botella y le daba algunas vueltas para complacerme en comprobar hasta la saciedad que su contenido alcanzaba el cuello. Luego, la emoción de abrirla, de violar aquella maravilla hasta-el-cuello.

Todavía me restaba un hilo de conocimiento para entender que debería evitar, a todo trance, las bullas con la policía. Por eso deseaba hallarme en sitios apartados cuando me daban aquellas "ideas" cabronas. También reconocía que debería tener algunos momentos de "mente despejada" para intentar callar las exigencias del sexo. ¡Falta que me hicieron los bombones! Pero, ¿dónde iba yo a conseguir mujer, ni siquiera una bicicleta, con esta horrible apariencia, con tan implacable penuria? No he sido nunca amigo de bugarrones, homos o buchas; aunque dejé de ser loco conmigo mismo, sigo siendo admirador consecuente de los bombones, aun bajo los harapos, si usted quiere, pero, ¿quién se fija en este hediondo espantapájaros? Las pajaritas espantaba yo sin remedio y me dolía en aquellos hilitos de conciencia que de vez en cuando me estremecían. ¡Cuán feliz me sentía entre las pajaritas! La última deliciosa experiencia la tuve en Panamá, poco antes de mi lucha con el pajarraco. Era una zamba bonita, con quien visité una playa solitaria en una cálida noche de verano. Al principio estuvo esquiva, "no quiero que mi hermano lo sepa porque me mataría", protestó. Pero la persuadí poco a poco con los pases de una mano golosa. Cedió. Se dio a plenitud... de eso hace

ya mucho tiempo, el tiempo que va entre el regocijo de la confianza en sí mismo y el estrago de mí mismo.

Pero yo estaba mal. Cuando cobraba alguna realidad de aquellos oscuros ramalazos de conciencia (que me advertían del cada vez más profundo hoyo en que me deslizaba, ya sin voluntad para volver atrás), de que todo lo que en verdad llenaba mi vida –las mujeres– convertíase en cosa inaccesible para mí, la falta desesperada de chaucha guió mis pasos torpes hacia el Salvation Army. Una morenita americana que iba ya en camino de rehabilitarse y dejar el fardo del vicio atrás, dio en la idea de salvarme. Y cuando una mujer quiere "salvar" a un hombre, sus naturales dotes femeninas funcionan a todo vapor.

Margie le decían a la morenita, frágil y delicada, con grandes ojos caídos, y me recordaba el tulipán morado de Holanda. A mi regreso de la nada, atendido con tan generoso primor, di en el juego inventivo de endiosarla. Ella aceptaba mis requiebros complacida. Habíame procurado ropas humildes aunque limpias y tuve la ilusión de que me desprendía de los Siacas para encontrarme en el camino de los Vargas y Martínez. Rechazó sin enojos mis intenciones de acostarme con ella, para calmar mis urgencias reprimidas, y se lo agradecí, porque vi en ella a un ángel salvador si es que ese tipo de ángel existe en los exclusivos cielos cristianos.

Ella misma me recortó la sucia melena y rasuró mi barba y se sorprendió de mi todavía viva juventud, aunque lamentablemente estropeada. Me guió a lugares donde pudiesen ayudarme a dejar el vicio; me racionaba el licor, paso a paso; me recibía en un cuartucho pequeño pero limpio. Con la chaucha

asegurada y al cuidado de la admirable muchacha, tan empeñada en rescatarme, me enfrenté al espejo con decisión. Me agradó advertir haber rehendido a través de una selva envedijada, por caminos llenos de zarzas. para redescubrir al menos una semblanza del gemelo de José María Vargas Martínez. Era casi obra de milagro –limpio y carranzano el rostro, carrillos medio hundidos, ojeras ligeramente amoratadas, pelo zarazo–, si se consideraba lo que había antes de la limpieza de zarzas y vedijas. Mi ropa era pobre, aunque decente, y se me figuró que estaba en trance de liberarme de una prisión, la piel de José Siaca. Como ya suponía salir de los vacíos de la nada y me estremecía de emoción, estuve a punto de descubrir a Margie mi propia identidad; la vergüenza no me lo permitió, puesto que en realidad no me sentía aún libre de la traición a mi hermano gemelo y a Ricardín. Sin embargo, hice memoria de solidaridad con Antón Pérez y los arocoeles...

Cuando ya estaba encariñándome con la idea de regresar a la vida normal, sucedió lo inesperado. Una tarde fui a visitar a Margie y encontré muchas personas arremolinadas en frente de la casa de Harlem donde ella vivía. Me informaron que había muerto de una cuchillada que le infirió su antiguo novio de la escuela, el mismo que la había iniciado en el vicio de las drogas. La policía consiguió atraparlo. No puedo explicar lo que sentí ante la muerte de aquella muchacha, frágil y delicada como el tulipán morado de Holanda. Una sensación de angustiosa soledad fue invadiendo las entretelas de mi ser y me eché a llorar como un niño. No me separé de su cuerpo yacente que merecía tener la cabeza orlada de auras de santidad. Es maravilloso el

efecto que puede ejercer sobre un hombre la exquisita bondad y la amorosa paciencia de una muchacha como Margie. A su recuerdo prometí no volver atrás a la pesadilla de la que ella trataba de rescatarme. Salí a procurar dinero para regalarle un sencillo ramo de flores, que luego coloqué sobre el terreno amontonado bajo el cual se desharía su dulzura de azúcar moscabado.

No habría sabido entonces, a ciencia cierta, si habría podido cumplir la promesa. Aún me atraía el licor: fue un verdadero prodigio que no me emborrachara la misma noche de su muerte. Sentíame traspasado de soledad.

De ahí en adelante pasé por estados de ánimo contradictorios. No volví a dejarme crecer la barba y ordené hasta donde pude, mi vida. Me quedé a residir en el pequeño departamento de Margie y, en lo que lograba algún otro empleo, me presté a servir de mensajero en un negocio de comidas a domicilio, adjunto a una farmacia, a la que también le servía de mensajero. Pasaba el tiempo, no conseguía ocupación permanente, echaba de menos el dulce estímulo de Margie y, apenas sin darme cuenta de ello, me autogratifiqué con indulgencias, y, ahora un traguito y otro traguito después, caí de nuevo en el vicio. Pero no dejé mis mensajerías; por otro lado, me afeitaba con frecuencia, me peinaba y me mantenía algo presentable... Aprendí a postergar las borracheras para las horas de descanso y los días feriados. Me fui a vivir con una chilla poco menor que yo, pero no perdí ocasión propicia para cabrear las mujeres fáciles. Luego de la larga temporada de forzosa abstinencia, ahora me satisfacía poderme limpiar el pecho cuantas veces se me antojase. No había perdido mis dotes de gavilán. Y

siempre muy correcto y muy suavecito con los azules; hasta jugaron a denunciarme una vez que me sorprendieron cambiándole el agua a las aceitunas en la vía pública. Me hicieron pasar un susto y resultó una gracia. Las mujeres por un lado y la bebida por otro me pusieron como un bacalao. Si alguna vez se me figuró que esta forma de vida era un suicidio lento, la impresión no me atemperó y continué provocando el estrago.

Ocurrió lo que no había ocurrido antes; estuvo José de Dios unos días rodando de acera en acera, hasta caer en un estado de profundo sopor, al parecer más muerto que vivo, y de allí lo recogieron para llevarlo al hospital. Sobrevivió. Comenzó a ver los días en fila, como los niños de la escuelita rural donde aprendió a leer y escribir. Llevaba en la boca un inexplicable sabor de sangre, ¿estaría desbaratado por dentro? Y a su memoria llegó otro recuerdo: en el lugar donde desemboca el Guaorabo hay un pez –el bajonao– que se alimenta de erizos y casi siempre tiene la boca manchada de sangre. El recuerdo del pez le conduce al recuerdo del Guaorabo, río arriba, hasta su afluente, el Guaba; río arriba, hasta el lugar donde los ríos Blanco y Prieto se juntan para nutrir el Guaorabo; y más hacia el sur, montes arriba, entre los nacimientos del Prieto y el Guaba, la Casa de los Vargas. ¡La Casa de los Vargas! Penetró en las neblinas de su conciencia una dolorosa

nostalgia y, a la par, una aguda sensación de angustia, por su condición de desertor.

¿Y por qué persistían en su mente aquellas expresiones? ¿dónde las había oído? *This looks bad, don't you think?* ¡Ah, sí! Las oyó de boca de una enfermera. Las palabras se habían deslizado por rendijas de la inconsciencia. *This man needs help from somebody who knows him.* Ahora era un médico quien hablaba, quizá porque el paciente repetía ciertas palabras sin aparente sentido. *This man wants to kill himself.* La impresión que recogió, luego de salir de la inconsciencia, era que tanto el médico como las enfermeras se habían propuesto salvarle la vida. Sintió un caudal de necesitado alivio. Sin embargo, consideró noticia casi extravagante que desearan salvar una vida inútil como la suya.

La viva memoria de la madre le hacía figurarse que ella se sentaba junto a él y vigilaba su sueño. Parecía sentir aún el cálido abrazo que recibió de ella, para despedirlo en su primer viaje al Norte. *Me olvidé de todos, de ella, mi madre. No escribí una letra. Supe de su muerte a través de un antiguo vecino, con quien me encontré casualmente por acá.* ¿Cómo fue posible que se entregara a tal punto al padre y fuese tan despegado de ella? Se pasaba casi todo el día con el padre y por la noche ella lo esperaba, ansiosa. Como don Fulgencio no le dirigía la palabra a la mujer, desde que él decidió irse a vivir donde tenía el despacho de víveres para la peonada, doña Cristina esperaba de su hijo que le contara algo, nada, menudencias cotidianas, relacionadas con el gran hombre.

El chico aprovechaba estas coyunturas para darse importancia ante doña Cristina y Chemaro. Nada

menos, persona -persona no, personaje- de enlace entre sus progenitores, atribución que se tomaba él, por su cuenta, puesto que, para el gran hombre, la mujer había muerto. Pero ella insistía: "Cuéntame qué hizo tu padre hoy, qué dijo, qué piensa hacer..." Una veces Chedós contaba pormenores de poca monta: conversaciones recogidas al voleo, entre algún peón o medianero y el gran hombre. Preocupaciones por el precio del café, las arrobas de una res vendida, los efectos en las siembras de las lluvias y las sequías, la preparación de un viaje a la ciudad en la madrugada grande de tal o cual día, etcétera. Eran, sin duda, importantes esos acontecimientos porque daban idea de lo que producía o dejaba de producir la finca, pero no era el tipo de "cuento" que pedía doña Cristina. El "qué dice" iba dirigido a saber si don Fulgencio la había mencionado siquiera, si le preocupaba la gotera que caía del techo de la casa, si le gustaba la comida que se le enviaba a mediodía y por la tarde, en fin, si mostraba interés en los sucesos domésticos. El "qué piensa hacer" era la esperanza rota de una posible reconciliación y vuelta al seno del hogar.

Un sexto sentido le decía a la mujer cuándo él iba tras un nuevo amor: los aprestos del caballo cómplice se lo anticipaba. Y aquella ropa limpia que se ponía, la manera de encasquetarse el sombrero, la frecuencia de los baños, el modo de silbar mientras se atusaba el bigote, el arranque del caballo, el regreso a las tantas de la noche... Conociéndolo tan bien, Cristina lo sabía o lo intuía. Además, para no dejarse ver, lo observaba todo parapetada detrás de una rendija. Y, desvelada, oía el regreso del gran hombre, subida la madrugada.

No, no pretendía que Chedós le hablase de esos

acontecimientos. Además su hijo era fuente sellada; casi se hacía cómplice del padre y aseguraba no haber visto lo que realmente había visto, aun en la trastienda de la pulpería. El mismo aprendía muy pronto la lección. He aquí por qué muchas veces llegó callado, sin soltar siquiera las más inocentes prendas. Otras veces venía envuelto en aires de misterio. Nada, puro teatro, para que ella tuviese que preguntar "¿Pasa algo, nene?", y él, 'secretivo', dijese: "Lo que sé no quiero que nadie más lo oiga". Cristina, muy emocionada, ordenaba a Chemaro: "Hijo, déjanos solos". Chedós se le acercaba al oído y le revelaba el secreto. En fin de cuentas, nada personal, ninguna contestación a los "qué piensa", "qué se propone hacer", que ella esperaba con frenada vehemencia, sino más de lo mismo, ahora en secreto. Claro está, noticia inusitada era que el gran hombre había decidido mandar a tapar el agujero por donde caía la gotera...

La diferencia entre los gemelos fue siempre notoria, no sólo porque uno fuese carranzano y parecido al padre y el otro fuese almacigado y parecido a la madre, sino porque el uno era dicharachero, mariposeador, algo buscabullas, amigo de hacer relaciones que duraban poco tiempo y dejábase hechizar por los caminos; y el otro era "más cerrado que un huevo", tímido ante las mujeres, "capaz de luchar sin miedo por una buena causa", amigo de amigos por toda la vida, sembrador por oficio. Es posible que alguna vez Chemaro envidiara la "influencia" de que disfrutaba Chedós, pero precisaba aceptar las cosas como eran porque había decidido tomar partido en favor de la madre. Era este silencio de erizo, esta terquedad "primitiva", lo que mortificaba a

don Fulgencio, quien, decía, "mi hijo heredó las malasmañas de sus parientes maternos". Debe entenderse que, conforme al juicio de don Fulgencio, ni enamorar mujeres comprometidas ni dar por muerta a su propia mujer eran malasmañas.

Chemaro no conseguía impresionar. Pasaba tan inadvertido para todos, que apenas notaba la gente su presencia en la finca. Su presencia estaba en las buenas siembras, en los surcos abiertos, en la cargazón de la cosecha, en la abundante leche de las vacas, en los muchos pájaros mansos que andaban confiadamente en la finca... Todo eso lo reconocía don Fulgencio y pasaba por alto el carácter terco de su hijo; sin embargo, decía preparar a Chedós para que lo substituyese y deseaba que fuese agrónomo.

En la comunidad simpatizaban más con Chedós que con Chemaro. Chedós tenía el mayor número de ahijados entre los vecinos, aunque "esos compadrazgos, hermanito, me cierran puertas que deseo abiertas, tú sabes para qué". No era extraño que Felicidad se enamorara de Chedós, aunque terminara casándose con Chemaro.

Pese a tan notorias desemejanzas entre los dos hermanos, no hubo malos entendidos ni discordias entre ellos, sólo pequeñas diferencias de criterio, y cuando las hubo grandes pararon el pleito, se abrazaron y los dos, al unísono dijeron: "Está bien, tú ganas". Se preciaban de su guaridad axial, que tanta satisfacción daba a la madre. Pero muy pocas veces se pusieron de acuerdo en lo que concernía a las relaciones de sus progenitores. Don Fulgencio inspiraba temor, por sus juicios concluyentes. Era exacto en el cumplimiento de sus obligaciones económicas,

mandón, irascible. Aunque Chedós estaba cerca de él y el gran hombre parecía darle confianza, también le gritó más de una vez: "¡Asunte bien, y no pierda una palabra de lo que voy a decirle!" Recalcaba su mandato con un *usted* hiriente. Una vez, cuando estuvo de jurado en una corte de la ciudad, regresó de allá sustituyendo el *usted* por *su señoría,* a la menor muestra de contrariedad... "Dígame, su señoría, si no le dije que hoy no venía el peón por meses y era a su señoría a quien correspondía buscar el malojillo para mi caballo". Y Chedós salía a cajas destempladas a cumplir la encomienda.

Emanaciones de esos "mandatos" permanecían aún en el ambiente, en los aires que envolvían a hijos y allegados, y podía suceder que alguna vez, cuando menos se esperara, cayesen como rayos. "Hay ciertos momentos en mi vida", aseguraba Chedós, "en que los rayos de sus órdenes aún me fulminan y me ponen a merced de los caprichos de un jefe. Todavía no me libro de sus órdenes tajantes. Se clavan en mi manera de ser, inevitablemente. Pueden identificarse con otras voces." Lo advertía en un ambiente hostil a los inmigrantes hispanos en la gran ciudad; también a bordo del barco de turno. "Pensé que la adquisición de dinero me libraría de esos rayos." Precisa librarse de ellos aunque sea con la locura.

Chemaro, sin embargo, admiraba al hombre de la tierra, que lo ennoblecía, a pesar de sus rabietas. "Con la puñalada en pleno pecho, le destruyeron el sol, se lo vidriaron; le ennochecieron los ríos, los árboles." Se le acabaron las gozosas zambullidas en el sexo... "Me imagino cómo se le oscureció el sol, cómo se le trituraba el verdor de los árboles, cómo se truncaba la visita de

esa noche a una mujer de las Indieras. Se acabó el Fulgencio del mal genio y de los pecados, ¡y también el gran hombre de la tierra!"

Cristina era más condescendiente con sus hijos, aun cuando determinadas fases de la conducta de don Fulgencio influían de tal modo en ella que no fallaba en reflejarla, de algún modo, en las relaciones suyas con los gemelos. Cuando iba a castigar a uno de ellos –casi siempre el castigo dependía de su estado de ánimo– exigía que fuese el propio muchacho quien trajese la "vara" –gancho de una mata cualquiera– con que habría de infligirle el castigo. Si se trataba de José María, éste, entorunado y cejijunto, traía una vara gruesa y mordía las palabras: "Por si me quiere matar". Entonces ella lo obligaba a conseguir una vara más delgada. Si era José de Dios, éste hacía lo contrario: traía una vara muy delgada y no la limpiaba de hojas. "¡Ah, sí, ¿ésas tenemos? Ve por una vara más gruesa". (Pausa) "y sin hojas." Cuando el muchacho regresaba, desde alguna distancia venía ya arrodillándose y diciendo "¡Dito, mamá! ¡Dito, mamá! No vuelvo a hacerlo." Ponía el grito en el cielo cuando los fuetazos caían sobre su espalda.

Esos mínimos sucesos de sus años de niño pasaron por la memoria de José de Dios (con el nombre de Joe Varga en el hospital)... *¿Qué me llevó, madre mía, a hacerte creer que tú no contabas y que papá lo era todo para mí? Ni siquiera supe cuándo moriste, y aquí me acompañas. Es posible que me figurara que Dios había muerto contigo; quise vaciarme de mí mismo, lo que aprendí de ti, y me volví loco conmigo y salí a comprar el vicio para parar en la pobreza sucia. Y ahora más que nunca, estás conmigo. Me hace sentir bien que mi*

*infancia no envejezca, la infancia al lado tuyo, todo lo que me hizo como soy, en el fondo lo que creí olvidado de tanto andar y está en mis entretelas. Estoy sangrando, madre, date cuenta, sangrando de lo que intenté desgarrar. Ese imposible. Recuerdo que de niños nos incluían en un solo paquete a Chemaro y a mí:* "los guares de don Fulgencio" *nos decían en Río Prieto Arriba. Pero tú, madre, nos pariste. "Los guares de doña Cristina", deberían haber dicho, porque somos más carne de tu carne que carne de la carne de don Fulgencio. Bendita seas, madre.*

Ante la despiadada sensación de inutilidad, procura débilmente Chedós fortalecer su espíritu en el recuerdo de su infancia. Hechas trizas sus mínimas esperanzas aventureras, cubierto por los andrajos de la derrota, no acierta a comprender cabalmente lo que en rigor ha sucedido. ¿Qué provecho obtuvo de ver-mundo? Puertos y vaginas, vaginas y puertos. En Panamá recibió un feroz aviso del pico de un águila marina sacrificada por la perversa inclinación del hombre de divertirse a costa de la desventura de los demás. Bien merecido se lo tuvo quien también se divirtió matando tórtolas.

El recuerdo le tira, desde las alturas, una tabla de salvación, para bien o para mal, quién sabe, que eso lo decidirán las personas que deseen tolerarlo. José María. Ricardín y su familia. Quién sabe.

*¿Han escuchado el cuento del pescador que quemó la cruz? Tal vez me impresione porque he sido marino y anduve en tinieblas en mitad de la tormenta. ¡En tinieblas y en mitad de la tormenta y no tenía luz con qué alumbrarme! Decidí quemar la cruz para que el farero pudiese saber dónde me encontraba. Pero no*

*hubo salvación: perecí. Mi alma fue condenada a buscar y reunir las cenizas de la cruz...*

He sentido el rostro limpio y fresco porque me han rasurado la barba de hace unos cuantos días. Me he quedado dormido por algún tiempo. He percibido una mirada fija en mí y despierto sin abrir los ojos. Percibo el peso de un cuerpo que se sienta en el borde de la cama, junto a mí. Entonces abro los ojos. ¡Sorpresa de sorpresas! Es Felicidad. Viene acompañada de otras dos mujeres, también compatriotas. Me mira con reposado afecto, como a un amigo finalmente encontrado tras intensa búsqueda. No me abruma, como ocurría en otras ocasiones, con besos y abrazos.

—Sé que estuviste muy mal. Ya me han contado. Ya estás mucho mejor. Hemos venido a verte, mis compañeras y yo. Esta es Annie, ésta es Susana. Hace algún tiempo pertenecemos a un grupo religioso. Realizamos nuestra labor en los barrios pobres, donde viven las minorías olvidadas. No me digas que te sorprende, por favor.

Sonrío plácida y cordialmente, pero no digo palabra. ¿Que no diga que me sorprende, dices?, pienso. Pero no es mi intención poner en duda la decisión de Felicidad. Todos tenemos derecho de cambiar. Yo mismo he estado recogiendo los andrajos de mi derrota. Ahora Felicidad es más explícita.

—No puedo negarte, Chedós, que estuve a punto de dar contigo cuando acababas de llegar de tu último viaje

como marinero. Me hablaron de un hombre que se parecía a ti, un tal Siaca. No puse mucha atención. Fue cuando no había remedio que llegué a saber que Siaca eras tú. Te hiciste llamar así para la época en que jugabas en la lotería clandestina. Cuando pasé por aquel barrio ya te habías ido y perdí la pista. Luego estuve gravemente enferma. Por poco me muero. Hice amistad con una de las sisters que visitaban el hospital, en el momento en que me había prometido dedicarme a cuidar enfermos, como asistente de las sisters. No sabes cuánto sufre la gente pobre de esta ciudad, sobre todo las mujeres ancianas que viven solas. Recogemos dinero en las estaciones del subway y frente a las casas de diversión. Una de las sisters vino a saber de ti –sin conocerte, claro– y le informaron que te llamas Joe Varga. Eso me trajo aquí.

Felicidad Rivera. Maquinalmente me abrigué mejor. Parecióme sentir las agujas del tatuaje: F.R., entre las dos tetillas. La primera vez que Chedós embarcaba hacia el Norte fue "para siempre". Sabía que Felicidad estaba enamorada de él y no del hermano gemelo. También él estaba profundamente enamorado de la muchacha. No conseguía comprender por qué ella accedió a casarse con Chemaro. Embarcó, pues, "para siempre". Cuando Felicidad se separó de Chemaro y se trasladó a la Gran Ciudad, como no se habían divorciado, aún resistió Chedós la tentación de ceder a los deseos de ella. "Comprendo. Pero dame una prueba de amor." Fue entonces que sucedió lo del tatuaje. Sin duda, también prueba la deslealtad a José María. Al día siguiente se iniciaba de marinero y se había emborrachado hasta caerse. Se fue sin consultarlo con Felicidad. Contrariada porque él se pasaba buena parte

de su vida viajando, aplazó el divorcio. No valía la pena. Y él, ciertamente, jamás accedió a acostarse con ella. Sin embargo, ella lo rastreaba con imperturbable obsesión, aun después de que Chedós se hubo convencido de que no fue José María el responsable de la seducción, sino todo lo contrario. Ella no amaba a su marido, sólo planeaba irse de Río Prieto Arriba, abandonar las malditas piedras.

Ahora, entregada al servicio del prójimo, algo envejecida para sus años, la veía más serena y en su rostro se esbozaba un dejillo de resignación y compostura. Más delgada, vestida con un traje apropiado para el servicio que prestaba, no insistió, como otras veces, en mirar a Chedós en los ojos.

—¿Quieres que te lea unos versículos?...

La dejó hacer. Mientras tanto, él pensaba nuevamente en los años de su infancia, en el glugluteo de la quebrada, en la tranquila complacencia de Chemaro... ¿podría sobreponerse finalmente a la pesadilla de las calles de la Gran Ciudad? Experiencia excepcional para él en toda esa historia de viajes inútiles, tropiezos y caídas, fue la presencia de Margie en su vida, con su mansa sonrisa luminosa.

Ya habían enterado a José de Dios de que, a más tardar dentro de una semana, estaría fuera del hospital. Felicidad inquirió:

—Sabemos lo que pasó contigo y que estás sin trabajo, ¿qué piensas hacer?

—Espero poder regresar a mi pueblo.

—Es lo mejor que se te puede ocurrir. Mientras tanto, te gestionaremos la residencia temporera donde puedas recibir el cuidado adicional que se requiere en estos casos.

Las otras dos mujeres corroboraron las palabras de aliento de Felicidad. Esta se sintió obligada a añadir:

—Créeme, nada personal. Es asunto puramente institucional, you know. Ya preveremos la forma de conseguirte el pasaje. Nos resta desearte buena suerte.

Cuando se le ofrece la oportunidad, Geñito no le pierde pie ni pisada al patrón. Va de carreritas detrás o al lado de su padrino y no deja de observarlo todo. Es el primer nieto de Ricardín, hijo de Antón, y ya se acerca a los seis años de edad. Es el querendón de José María. El padrino ve en Geñito al primer "nieto" nacido en el lugar, luego de ocurrida la emigración. "Ven acá, Geñito, no asustes a los pájaros tirándoles piedras. Son nuestros amigos. Acaban con los insectos y los gusanos que dañan las siembras, ¿me entendiste?" Y Geñito: "Sí, padrino". Chemaro sonríe y le alborota el pelo a su ahijado. Celebra con cariñosos comentarios la inagotable curiosidad del niño cuando descubre y pregunta por cosas: por qué el agua de la quebrada 'sigue corriendo' y la vaca le responde al becerrito y hay peces en el agua y llueve desde arriba... A Chemaro le encanta reparar cómo el niño va descubriendo el mundo que lo rodea. Ya va identificando árboles y plantas por sus nombres: pájaros, peces, granos... Tiene una manera graciosa de volver la vista, mirar hacia arriba, a la cara de su interlocutor adulto, buscando intercambiar palabras. La mirada en sus ojos color gandul adquiere brillos inusitados. Se pone las

dos manos en la cabeza para aguantar el pelo chorreao que el viento le alborota. "No andes con las manos en la cabeza, Geñito. Pierdes el balance y te puedes caer". "Sí, padrino".

Sus facciones y su color se asemejan a los del padrino, porque ya el muchacho está un poco más alejado que su abuelo o su padre de Majumas y Mayagunas. Antón, el hijo mayor de Ricardín, sacó la pinta del padre; la madre de Geñito es una mujer muy pálida que el marido conoció en uno de sus viajes a la ciudad, a donde iba a llevar al mercado parte del café producido en la finca. Las inconfundibles herencias están, sin embargo, presentes en él y tal parece que amará la tierra de manantiales como su padrino la ama. Parece, también, que acabará quedándose a vivir con el padrino, porque es más el tiempo que pasa en la vieja casa que en la barraca de sus padres. Esto ha sucedido desde que vinieron otros dos niños. Y la barraca resulta ya pequeña. Ni Antón ni su mujer ponen reparo, porque José María es muy querido y respetado por los miembros de la "tribu".

Existe entre la "tribu" y José María un convenio y una solidaridad vividos, no proclamados, que se proyectan desde los trasayeres, mucho antes de que la espada se convirtiera en machete. Cuando alguién se figuró que el cansancio enlodado los paralizaría, porque topájaro quiso emigrar, la oscura esperanza de un surco abierto o la copiosa floración del cafetal les dio el aliento necesitado. Y los manantiales corrieron por sus venas. Cuando el demonio tentó alejarlos de sus promesas, los manes invisibles vinieron en su auxilio y la voluntad de permanecer se impuso sobre ofertas de un mejor estar en el Norte.

Ahora mismo, Geñito se saborea su propia lengua de sólo ver el gajilete de chinas maduras. En el suelo el revoloteo de mariposas oscuras pone una nota de luto obligado al destino de toda materia natural, que se pudre para dar paso a la promesa de una vida mejor. Chemaro alcanza el gajilete y lo coloca en las manos ahuecadas del niño. Ante los niños, botaba José María las posibles asperezas, y sus actos de complacencia tomaban el lugar de esas frutas de cáscara espinosa o amarga que se mondan para que ofrezcan el dulzor de su pulpa. A veces se le sorprendía mondado de sonrisas ante las travesuras de Geñito. ¿Por qué tuve yo que tratar a mi padre con un silencio hosco que él llamaba "cachorrería" o "conducta de gente primitiva"? Don Fulgenio se negó a mostrarme dulzor alguno. Me trasmitió, eso sí, su amor por la tierra. Pero todo eso es ya suceso del pasado y para qué removerlo. ¿No dicen que agua pasada no mueve molino?

El nombre de Antón se trasladaba de generación en generación en la familia Montesinos desde que el tío tatarabuelo, Antón Peréz, se hizo casi leyenda con motivo de sus hazañas revolucionarias, su conocimiento de la medicina natural y su más de un centenar de años de vida apartada y servicial a un tiempo mismo. El padre de Ricardo llegó a conocerlo cuando era muy niño y el tío abuelo muy viejo ya. Entonces Antón Pérez vivía en las Indieras. Por línea de los progenitores de Antón Peréz venía el lejano parentesco entre Ricardo y José María, sólo que en la rama Martínez los cruces con canarios, mallorquines y andaluces fueron más frecuentes que entre las generaciones de los Montesinos. Ricardo heredó los fuertes rasgos de Majumas y Mayagunas, y seguían

repitiéndose en algunos miembros de las generaciones más jóvenes. Digamos, en los hijos de Ricardo: Antón, Samuel, Fonso, Cleofe, Juancito y Tomás. Los demás tenían más parecido con la madre.

Las historias sobre Antón Pérez y sus antecesores se remontaban hasta dos siglos atrás y, como nada se había apuntado, parte de esas historias eran posiblemente leyendas... Como las que se contaban del esclavo islamizado Majuma. En vida del padre de Ricardo había ancianos que decían haber visto a Antón Pérez pescar con baiguas en el río Prieto, cerca de cuyas márgenes vivió después de la revolución. Anteriormente había vivido en las inmediaciones del cerro La Torre de Lares. Sin compañía alguna se trasladó a las cercanías de las Indieras. Allí midió una finca con vara conuquera y luego fue a hablar con el dueño que se había ausentado para la ciudad. El convenio no se hizo esperar. Estableció una pequeña granja de tubérculos, enredaderas, árboles frutales, legumbres y aves domésticas. Cultivó todo un jardín de yerbas medicinales y se convirtió en el médico de la región. Se hizo querer por el vecindario. Su entretenimiento mayor era la pesca. Vivió muchos años acompañado por un perro y un majá. En su pequeño bosque abundaban los pájaros silvestres, como si se hubiesen domesticado: guagaicas, bijiritas, turpiales, juan chivís, tórtolas, múcaros, guatibiríes...

No fue enemigo de nadie, pero tampoco guatiao con carimbo. He aquí por qué fue revolucionario. Alguna vez viajó hasta la desembocadura del Guaorabo en busca de cetíes. El culebrón que tenía en su casa se arrastraba libremente por todas partes y se enroscaba para tomar el sol. Cuando llegaba la noche, el viejo

Antón se alumbraba con jachos de tabonuco. Se aromatizaban los aires.

José María asoció estas leyendas o "historias" sobre los "poderes" y la dedicación de Antón Pérez con el cultivo y el amor por la tierra. No faltó el burén en la amplia casa rectangular de maderas del país y mampostería, donde guardó viejas brasas del guatú indígena entre las cenizas de otros tiempos... Jamás desayunó con chorote, sino con el mejor café del mundo, presente en las mesas de reyes y papas.

En su guanara fluía la quebrada y erguían sus copas las guabas, los capás, magas, palmas, los guaraguaos, jobos, coyores. Abundaban los yagrumos, símbolos de veleidad, verdes o plateados, al capricho de los vientos, como la gente que emigró sin saber hacia dónde iba. Paraíso de bejucos, útiles unos, inútiles otros; alimentos proporcionaban tradicionalmente al pobre los dungueyes, hícamos, pitahaya, guáyaro. De las frutitas del caro, trepador temoso, aprovechábanse los pájaros y también de las abundantes bellotas que eran parte del tupido mundo vegetal.

En el maravilloso brote de flores silvestre y en la propia flor de los cafetos encontraban abejas y mariposas su razón de ser. El vuelo multicolor de las mariposas, liviano y frágil, hacía contraste con la persistente faena de las abejas doradas, celestinas ambas de la recreación vegetal. Por las colgantes raíces del cupey, más de una vez subió Chemaro a castrar panales silvestres. Fueron fiestas especiales para Geñito quien, con la boca llena, no podía decir "Sí, padrino" cuando éste le preguntaba: "¿Te gusta?" Y agregaba, sonreído: "Es regalo de las abejas".

Agresivos pitirres y clérigos, vistosos turpiales,

tórtolas, ruiseñores, bienteveos ya no se asustaban ante la presencia de Geñito, quien habría deseado ver de cerca al guaraguao, vigilante montaraz, vuelo inaccesible. (Guaraguao le decían a don Fulgencio, en paz descanse.)

El aislamiento que de niño tuvo Chemaro, intensó su don de observación. Don Fulgencio volteaba la finca solo, a veces en compañía de Chedós. Echaba su ojo a todo aquello que pudiera producir, pero no le preocupaba la naturaleza de por sí ni buscaba tiempo para ello. Chemaro pasó largas horas observando la eclosión de vida, por su misma mesmedad, y ponía amoroso esmero en la faena cotidiana de la crianza y de la siembra, como un tributo de gratitud por las cosas que le fueron dadas en el momento de nacer. Por el contrario, el Cano venía de la escuela para convertirse en cadillo en el ruedo del pantalón de don Fulgencio. (De niños a Chedós le decían el Cano y a Chemaro el Negro, nombres cariñosos. Fueron perdiendo los apodos conforme crecían.)

De manera inconsciente, sin embargo, por mis preferencias y mi dedicación a las expresiones naturales acepté que en mí hay más de indígena y de cimarrón, que de canario, mallorquín o andaluz. El Cano no; el Cano pensó siempre que no pertenecía a estos andurriales. A mí, hasta las hupías se me hacen familiares cuando coagulan la oscuridad en las orillas de los ríos. Algo que enfurecía a mi padre era mi irreductible compulsión de caminar a la vera del arroyo y allí, donde se ensancha para vaciarse en la corriente mayor, pasar el tiempo pescando dajaos y hasta chupapiedras y guabinas. Ocurría esto cuando me entraban mis famosas "cachorrerías" y optaba

entonces por escapar, no furtivamente sino a la vista de todos –"desafiante" llamaba mi actitud don Fulgencio– para hacer mi voluntad. Una vez intentó obligarme a desandar lo andado para que terminara la faena de echar malojillo en la canoa de su caballo, y yo simplemente dije: "Máteme. Menos podría ir entonces". Seguí andando como si tal. Pero él terminó aceptándome como soy.

Le digo que así discurría mi vida de muchacho campesino. Aun fui amigo del majá que asoma su cabeza triangular bajo la flor del majagual y saca la lengua burlándose de uno. En mi propia casa he tenido alguno de esos culebrones, como se tiene un gato para cazar ratones, y son muy amistosos. No es que quiera menos a los gatos, pero no apruebo su conducta de tigre reducido a su tamaño, su forma escurridiza y matrera. No levanta la cabeza para mirar de frente y corresponder, como es el hábito del perro. Ciertamente, el perro es el mejor amigo del hombre, lo cual habla bastante mal del hombre, que no es tan amigo del otro hombre, pese a su orgulloso caudal de sabiduría. Y si el macho deja de conducirse como macho y la hembra deja de conducirse como hembra, la cosa se pone peor.

Cuando deseé un bocado que no se da todos los días, a la desembocadura del Guaorabo fui a dar, para procurar "cetises". Les parecerá raro, pero los chupapiedras escasean cuando se abusa de la pesca del cetí, y es de comprenderse porque es la chupapiedras quien pone los huevecillos, de los cuales salen menudísimos pececillos transparentes que se lanzan a la mar a bautizarse en la salagua y, algún tiempo después, regresan en manadas, que es cuando los sorprenden los pescadores para satisfacer los gustos de

este eterno glotón refinado que es el hombre. Los que consiguen alcanzar el río se convierten en chupapiedras.

Y, perdonando que me deje hincar por un recuerdo afilado como diente de murciélago –y tengo por costumbre olvidar los malos recuerdos, la verdad–, deseo mentarle que uno de los majás que tuve en casa fue la queja que echó por delante Felicidad para separarse de mí, en momentos en que yo creí que lo había aceptado como a gato doméstico, y no sé ni deseo averiguar qué maleficios trajo la serpiente, cuya reputación parece no ser buena desde el paraíso hacia acá; sin embargo, ella no conjuró los engaños de mabuya, y se sumó a tantísimos vecinos de este lugar que emigraron dejando sus casas en el peor de los abandonos. No huyo de la ciudad por el simple capricho de huir, sino que pongo a prueba mi voluntad para sacar provecho material y espiritual a estas tierras, en las que late el corazón de la isla. No es que niegue la capacidad de cada cual para pensar por sí mismo –yo en eso no me meto–, sólo se me figura que muchas personas se fueron esperanzadas en mejorar su vida, admitido, pero yo decidí por mí mismo permanecer aquí, por razones que me sé desde hace siglos, y también tengo el derecho de decidir los rumbos de mi propia vida y la forma de ser leal a mi país.

Anatolia, un poco mayor que su marido, alas del pesadote y poco comunicativo Ricardín, era pequeñita, avispada –pelo color de avispa–, rápida en el quehacer, buena mujer, buena madre y mejor abuela, optimista, y avivaba siempre las esperanzas "porque los malos tiempos los llevamos por dentro, sabusté". Servía un

poco de café prieto con tan buenos ánimos, tal cual si estuviera sirviendo el néctar de los dioses. Todo cuanto ella cocinaba sabía mejor, quizá porque lo sazonaba con su gran cariño, ingrediente que bien puede ser prohibitivo para los más famosos cuisiniers del mundo. Además, qué capacidad para rendir sus legumbres dejando satisfechos a todos. Sus andullos de naranja, que se vendían en los ventorros de la región, tenían justos merecimientos. Era enemiga de garrochar a la gente, menos a su marido, cuyos "cuentos" oleosos y cargados celebraba como si fueran modelo de ágil composición. Esta habilidad suya para ver el lado bueno de las cosas y no mencionar nada negativo –"las desgracias se inventan"– hizo posible que criara trece niños saludables, ninguno de ellos injiyío, a los que ahora se sumaban los tres nietos –de los cuales Geñito era el mayor– y dos "yernas" como decía, y la "tribu" no dejó de ser "tribu". Y la "tribu" no estaba completa sin el bondadoso cacique, Chemaro de los Martínez, porque decirle José María Vargas habría sido enajenarlo de la "tribu", a la que nunca perteneció don Fulgencio o el Cano, ni siquiera de guatiao.

Como también José María era maestro y ahora trabajaba en una escuela rural que incluía la primaria y la intermedia, los muchachos tuvieron la oportunidad de aprender algo. Caminaban largas distancias a pie, todos los días, por trillos clivosos, al principio de la jornada por lugares escasamente habitados. A los más pequeños se les conducía sobre el lomo del paciente merengo o la yegua del espinazo roto.

Ahora paseaba José de Dios su tristeza, despacio, poniendo los cinco sentidos en la contemplación de los lugares llenos de soledad, donde pasó sus años infantiles, y se preguntaba si la nostalgia sentida en cualquier parte del mundo, igualaba esta pesadilla de ahora, que él mismo había iniciado con su emigración al Norte. Recordaba su primera visita, hacía más o menos cinco años, con encontradas emociones. En aquella ocasión llegaba como un triunfador: con dinero, rebosante de salud, héroe de aventuras amorosas en los cinco continentes, abiertos aires de hombre de mundo...

En su segunda visita de ahora viene sin equipaje, sólo con la ropa que trae encima y algunas cosillas en un pequeño bulto de tela. Acaba de salir de un delirante despropósito, estrecho como un túnel, que le depositó en la cama de un hospital. ¡Quién habría de decir que fuera Felicidad quien habría de propocionarle los medios para que él esté ahora aquí, camino de la casa de los Vargas!

De la vieja casa paterna de Felicidad sólo quedan los horcones en pie. Dos tórtolas lloran desde un árbol vecino. Se siente agradecido de la Felicidad que conoció en el hospital y se pregunta cómo pudo ella vencer su antigua incontenible disposición hacia la crueldad, que luego trataba de justificar con sonrientes sofismas. Como el caso de la perra Paloma, aquel animal cariñoso que, al agradecer una caricia, casi dejaba ver parte de los dientes, como si sonriera. El pecado de Paloma eran sus ojos amarillosos; y un día de pura broma, Chedós dijo que se parecían a los ojos amarillosos de Felicidad.

Felicidad mantuvo silencio, enconada, sin decir una palabra, pero, desde entonces, ya se le hizo imposible soportar la presencia de Paloma, que incluso plegaba los ojos al tratar de sonreír y miraba fijamente a la persona que tenía en frente y de quien esperaba una caricia. *Se escuchó el alarido de Paloma en la cocina, cuando Felicidad acababa de llegar de una visita a sus padres. Se le sorprendió pálida como una muerta, con el leño todavía en la mano y exhibiendo manchas de sucio que la perra, por exceso de cariño, le había dejado sobre el traje. "Miren, me brincó encima. No pude contenerme. No fue mi intención matarla. Se me zafó el golpe". A los pies de la joven mujer, daba sus últimos estertores la perra Paloma.*

Fue ése el primer desencanto –a duras penas disimulado– de José María en sus recién iniciadas relaciones matrimoniales. Aceptó las disculpas de Felicidad renitentemente, trató de comprender las circunstancias del caso para evitar un conflicto familiar, pero, al mismo tiempo, no pudo sustraerse de disponer que a Paloma se le diera sepultura, como si se tratase de un cristiano. El rictus de reproche y las sombras que se tendieron sobre las luces amarillosos de la mirada, pusieron de manifiesto que ella interpretaba como un castigo la inesperada decisión de su marido. Chemaro no quiso menear más el asunto. "No había razón para ofenderla en la forma como lo hiciste", díjole Chedós a su hermano. El se alzó de hombros, sin decir palabra, y siguió caminando, como si intentara hacerse entender: "Este es asunto mío y de mi mujer". Siempre había sostenido que Paloma era muy inteligente y que le faltaba poco para hablar y hacerse entender como un ser humano.

Sin poderse explicar por qué, Chedós se dejaba asaltar por oscuros celos, que desembocaban en inevitables sañas e irritaciones, no explícitas o visibles, sino solapadas y sinuosas. A veces se franqueaban los hermanos, tal cual sucedió cuando Chemaro ordenó la sepultura de Paloma. En momentos como éste poníase del lado de su cuñada, a pesar de que alguna vez sintió casi irrefrenables ansias de vengarse de ella, por haberlo rechazado para casarse con el maestro. ¿Qué podría Chedós ofrecerle, después de todo? Temió dejarse envolver en un conflicto con su propio hermano, por culpa de la mujer.

Cuando más cerca estuvo de enfrentarse a un serio conflicto con su propio hermano fue aquel anochecer lluvioso de la presencia del majá en la habitación. *Me pongo carne de gallina al recordar el suceso, todavía el susto me llega a los huesos y me sentiría muy mal si le contara los detalles a mi hermano. Si así me pasa sin haber llegado a consumar la deslealtad, después de tantos años, cuál sería la situación de haber llegado a realizarla.* Ahora mismo se le presenta el dilema: ¿cuenta los detalles a Chemaro o no los cuenta? Viene ahora a vivir con su hermano, ¿qué decidir, pues? *Lo recuerdo bien. Estábamos solos Felicidad y yo. Muy raras veces bajaba mamá a visitar el matrimonio, menos en un anochecer de tanta lluvia. Las lluvias son frecuentes en esta zona de los manantiales. Chemaro vendría tarde de la escuela; ya lo había anunciado. Además, la lluvia retardaría su regreso. De vez en cuando sólo se oía el ruido provocado por el trabajo rutinario de Ricardín. Antes de retirarse a su casa, intentaba ponerlo todo en orden en el pequeño almacén de víveres, en el rancho destinado a guardar*

*los aperos. Con voz monótona cantaba décimas mientras realizaba su faena. Esperaba a que escampase para retirarse. Qué sé yo por qué acepté la invitación de Felicidad para hojear unas viejas revistas españolas que ella guardaba en su habitación. Era el dormitorio personal de ella y de mi hermano, y allí me había metido justo en el momento en que José María estaba ausente. Todo fue cosa de mabuya, como dice Ricardín. Bueno, allí estaba yo por mi voluntad y con la aprobación de Felicidad. Los roces ocasionales, con motivo de habernos sentado juntos en la cama, fueron haciéndose intencionales, al punto de sorprendernos inevitablemente hechizados el uno por el otro, y cuando ya nos hallábamos en el paroxismo de la pasión, muy cerca del acto carnal, percibió ella que algo húmedo le tocaba uno de los muslos, extendió la mano para descubrir que el majá que vivía domesticado en la casa, habíase arrastrado hasta nosotros, buscando quizá nuestro calor. Ella echó a gritar, salté yo al piso con la serpiente en la mano y la arrojé por el balconcillo hacia afuera. Me encontré casi de frente con Ricardín, que había salido del rancho, bajo el aguacero, y vio cuando yo arrojaba el animal al batey. Con muy pocas palabras le expliqué que Felicidad había pasado un susto padre (así le dije) con la serpiente y yo bajé a socorrerla. En tanto ella se calmaba, yo subí a mi habitación de los altos, no sin antes dar a mi madre la misma explicación que ofrecí a Ricardín, y que más tarde la propia Felicidad corroboró plenamente.*

¡Cuán próxima estuvo Felicidad de incurrir en adulterio conmigo, José de Dios Vargas Martínez, hermano gemelo de su legítimo esposo, José María Vargas Martínez, es la pura y detestable verdad!

Durante dos o tres días fingió ella estar enojada con su marido porque no había sacado el "inmundo" animal de la casa. Se vio él obligado a prescindir de la extravagante mascota, la soltó en el monte, lejos de la casa. "Eso es, donde no vuelva a verla, anoche tuve horribles pesadillas". Me quedé maravillado con el drama que montó Felicidad, aunque pensé "es una verdadera aberración tener una serpiente viviendo con uno, en eso tiene razón Felicidad, pero agradezco que asomara su cabeza oportunamente, no para inducir al pecado, sino para interrumpirlo y llenarme de terror por el daño que pude haber causado a las relaciones con mi hermano gemelo".

Pasadas las primeras impresiones del episodio, Felicidad expresó extrañeza porque Chedós se había alejado de la casa... *no volveré, no; resisto pasar por el mismo trance. Me iré a vivir lejos de aquí. Jamás olvidaré ese anochecer lluvioso.* Desde entonces he vivido mortificado por la imborrable experiencia y jamás he osado mencionársela a Chemaro, mucho menos contarle los detalles que él desconocía y desconoce. Resistí infestar la mente de Chemaro con ese tipo de detalles, aun cuando el acto no hubo llegado a consumarse. Es posible que mis viajes sin norte y mis pobres aventuras amorosos en parte hayan sido precipitadas por el infame episodio inconcluso. Aun llegué a abjurar de mi propio nombre, quizás para figurarme distanciado de los Vargas Martínez, y justificar infantilmente aquella inomitible tentación.

Pienso ahora, con más razón que antes, que debo reservar esos detalles, no tanto por José María sino por Felicidad. Creo prudente protegerla de los malos pensamientos, a la altura de su edad, en momentos en

que tiende su mano para auxiliar al más desvalido. Quién habría de pensar que ese desvalido habría de ser yo mismo, la misma persona a quien ella intentó atraerse sin éxito alguno. Cuánto habría sufrido ella si me hubiese visto rodar por las calles de la Gran Ciudad. Pero, de qué estoy hablando. Ella acabó para mí tan pronto se unió en matrimonio con José María. La última vez que la vi en el hospital, cuando se hacían los arreglos de mi salida, me informó que por fin José María se había divorciado de ella. Me lo dijo sin penas ni glorias, como un simple hecho acabado. "Para cuándo lo iba a dejar, ¿no crees? Le causé muchos sufrimientos, es la verdad. Creo que pasaré el resto de mi vida en esto que estoy haciendo. You'll have to die some time, okay?" Agregó estas últimas palabras dirigidas a una de sus compañeras, que apenas entendía el español. Afirmación y pregunta tan obvias; sin embargo, tan llenas de resonancias melancólicas, como si estuviera condenándose a sí misma al infierno, sin escapatoria posible.

Ahora sí que venía como la escotera, vacías sus manos, avergonzado de sí mismo, tras la recua de sentimientos en derrota. Trataría de no remover el pasado mientras durare la convivencia con su hermano. Las primeras palabras pronunciadas, luego del abrazo de bienvenida: "Ahora te me presento sin trofeos, qué te parece". El nuevo perro –Guamo había muerto– no ladró; parecía comprender la indefensión del huésped. Seguían rururando las tórtolas en un silencio ahíto de profundos rumores de frondas. Chemaro, conmovido a la vista de Chedós, respondió:

—No te preocupes, hermano ayer, hoy y siempre. Todavía no tomamos chorote.

Chedós permaneció mudo, por temor a irrumpir en llanto. Mientras la pausa duró, José María mantuvo sus dos manos sobre los hombros de su hermano, la derecha sobre el hombro izquierdo, la izquierda sobre el hombro derecho, como acostumbraban hacer sus juramentos fraternales en sus lejanos días infantiles. Luego correspondió a Chedós repetir el sencillo ritual y sus brazos se cruzaron. Abrazáronse una vez más, para luego echar a caminar hacia la casa, sin decir palabra. Chemaro pensaba no preguntar nada, esperaría a que su hermano hablase, si ése era su deseo. Sólo ofreció:

—Debes entender que la casa de los Vargas no ha dejado de ser tu casa.

El "discurso"... *Debería darme vergüenza, José María, volver a esta casa. Por mi propia decisión la abandoné, no para hacerme un hombre de provecho, sino para rodar sin rumbo de país en país y luego estancarme, como las aguas muertas, en las calles de la Gran Ciudad. Estoy aquí por milagro, el milagro que Margie -después sabrás quién es Margie- dejó inconcluso y Felicidad revivió con sus nuevos alientos. Fue Felicidad quien proveyó los medios para mi viaje y de ese modo evitar que me echase, una vez más, a estancarme en las calles llenas de vicios. Sé que no alientas malos pensamientos para ella, pero ahora lo tiene en buena medida merecido. Permíteme, por favor, vivir aquí siquiera hasta que recupere un poco que luego, si quieres, me voy. Trataré, en la medida de mi esfuerzo, no ser estorbo para ti...* "discurso" inútil que Chemaro sofocó con quince sencillas palabras de amor fraternal. ¡Cuánto rumié ese "discurso" en el viaje desde la Gran Ciudad! Parece que había olvidado quién es mi hermano gemelo.

Regresaba cansado y débil, con ansias de poderse tirar en cama acogedora y amiga. Durmió ininterrumpidamente durante diez horas; al despertar y percatarse del ambiente que lo rodeaba –alegría natural de una mañana en la tierra de los manantiales–, experimentó la primera, profunda sensación de alivio. Las palabras de Chemaro resonaban en su conciencia y le alumbraban como las luces del amanecer. Paseó la mirada, holgazanamente, por el techo para ir descubriendo los mapas de los fantásticos países de la infancia, que la humedad dibujaba sobre la vieja pintura. Sintió que las antiguas resonancias de *aquella* vida afloraban en el conocido recinto; no la vida de Joe Varga o la de Joe Siaca, sino la de Chedós Vargas y Martínez. *La ambición sin norte me cortó los ojos y salí volando atropelladamente, desangrándome en la derrota. Pobre papá. Perdona que te recuerde en un momento triste de tu vida. Mejor debí haber recordado el momento aquel en que le vi llorar ante el potrito natimuerto de la yegua de paso fino. ¡Cuánto habías hablado a tus amigos sobre la preñez de la yegua y su futuro vástago de categoría! Pero la muerte no perdona categorías.*

Por las hojas encendidas de la flor de pascua que asomaba por la ventana, confirmó la cercanía de los tiempos navideños. Sabía que las Navidades ya andaban por ahí, claro; pero los despropósitos de su vida de vagabundo y la sorda permanencia en el hospital le habían restado sentido al acontecimiento. Doña Cristina acostumbraba decorar la mesa con flores de pascua. Pasó buena parte de su vida en espera de ser correspondida en su amor. Ni siquiera supo su hijo viajero cuándo murió, alabado sea.

No desea José de Dios recordar los desagradables sucesos relacionados con su vida en la casa de los Vargas, que él mismo en alguna forma incitó, pero son inevitables espectros que verbenean en su conciencia. Piensa que necesita la compañía de Chemaro. Pasa por la cocina y encuentra café recién colado y batata asada. Juega mentalmente con las palabras de Chemaro: "Todavía no tomamos chorote". Qué fortuna, pues, con tan buen café. Satisfecho el apetito, sale en busca del hermano. Como José María no ha querido alejarse de la casa, da con él en seguida.

—Acabo de hablar de ti con Anatolia. ¿Quieres que nos acerquemos a saludarla? Sabes con qué gusto cocina. Además, da lecciones de alegría.

Le golpeó fraternalmente en la espalda. Recuerda Chedós que, ya un adolescente, pocas situaciones le parecían tan brutales como la vida de burro de carga (así lo pensaba) que hacía Ricardín. Hora tras hora, día tras día, toda la semana, trabajaba de sol a sol, sin divertirse, sin que nunca se enfermara, sin perder la capacidad de traer un hijo al mundo cada año. Trabajó para don Fulgencio, para doña Cristina y para José María. Trabajaba aún para José María, más que como empleado, como medianero y socio. Además, tenía sus propias siembras, su pequeño cafetal, la crianza de cerdos. Y siempre en pie, desde el amanecer, impertérrito, sin temor de las más duras faenas. Y a pesar de su intenso laboreo y de su apariencia de hombre tardo y pesadote, conmovía su alma tierna ante las expresiones vitales delicadas o recién nacidas.

La optimista fragilidad de Anatolia se apoyaba en la reciedumbre confortante de Ricardín. Chedós comprendió el propósito de Chemaro: no podría vivir

en paz sin conciliarse con la idea de que en la finca había una sola familia y Ricardín y su "tribu" eran parte prominente de esa familia. He aquí una ocasión propicia para comenzar a recoger las cenizas de la cruz y procurarse sosiego...

Frente a las mismas cosas que había conocido de niño, una enjambrada de gratos recuerdos acudía a su memoria, como la vez que fue a castrar una colmena silvestre y se dejó cubrir la cabeza por centenares de abejas aturdidas por el humo.

En casa de Ricardín lo recibieron como al hijo pródigo. A los ojos de los mayores, Chedós parecía otra persona, no la que conocieron en vida de don Fulgencio, mucho menos la que se presentó a establecer el negocio de las diversiones. "Para nosotros serás siempre Chedós", aseguraba Anatolia. Apenas habló Ricardín, compadecido ante la figura enteca de José de Dios. Luego de la callada observación, emitió su juicio:

—Eres purito, puritito a don Fulge, sólo que yo nunca vi a don Fulge así de flaco.

—¡Válgame! -corroboró Anatolia. —Es el mesmo don Fulge, un don Fulge ajilao.

Resurge en el recuerdo de todos -José María se ha retirado poco antes y ha dejado a Chedós conversando con los Montesinos- la fuerza personalidad de don Fulgencio, brioso, impulsivo, saludable, mirada insistente en su rostro colorado. Alto y fornido sin ser grueso, así mismo murió cuando recibió la puñalada trapera bajo el jabillo. Tal impresión de vida, de persona que nunca se enferma, había dejado al morir. Se siente Chedós un poco avergonzado con esas comparaciones, no porque renegara de su padre, sino

porque quienes lo recuerdan hicieron partido en favor de doña Cristina, particularmente luego del repudio de don Fulgencio y de sus muchas compulsivas aventuras amorosas. Hubo un mayor grado de acercamiento entre los Montesinos y la patrona, algo de arriba-hacia-abajo de parte de ella, con reconocida supeditación de parte de ellos, puesto que, no se podía negar, existían circunstancias diferenciadoras entre las dos familias.

Sí, cierto, José de Dios tiene algún parecido físico con su padre, pero eso de ser "puritito a don Fulge" va más allá del parecido físico y se remonta a aquellos días de la estrecha relación del hijo con el padre y su posible insensibilidad con respecto a la madre. El viejo Montesinos se le enfrentó más de una vez al gran hombre, pero éste necesitaba más del viejo León y su familia que éstos de él. Acababa por irse echando chispas como el diablo y el Montesinos reanudaba su trabajo.

Correspondió a los Montesinos aserrar las tablas con que se construyó la caja forrada de tela negra en la que se llevaron los restos del gran hombre. Entonces, prácticamente los Montesinos se hicieron cargo de la dirección y faenas de la finca. Chemaro estaba en su primer año de maestro.

Las relaciones de Chedós con los Montesinos distaban mucho de ser como las de Chemaro. Chedós fue siempre algo soberbio y burlón y resistía aceptar el legendario parentesco, aun cuando por simple costumbre hablaba de Ricardín como el Pariente. Sin hacer comentario, sonreído y amistoso, recibió con alguna aprensión las glosas de Anatolia y Ricardín relativas a don Fulgencio, aun cuando agradeció las muestras de hospitalidad de la familia. El comento de

Anatolia "para nosotros serás siempre Chedós" fue recibido como manifestación de sentida hospitalidad, pero el sentido de hospitalidad viose algo infestado por aquello de "ser puritito a don Fulge". Muy a menudo ponderaban las diferencias entre Chedós y Chemaro, querido sin discusión éste, bienvenido con reservas aquél. Sobre todo, después que José de Dios se aficionó a la vida del pueblo y dio pruebas claras de que no gustaba de las faenas agrícolas. Pero, piensa Chedós: *No fueron tan fáciles mis relaciones con mi padre. A veces creí llevar a don Fulgencio montado sobre mis espaldas. Pero yo soñaba irme de estos montes, ver mundo, tentar la suerte. Para quitármelo de encima me alié con él, fingí hacerme a su imagen y semejanza, cosa imposible porque él amaba estas piedras y yo no. A mi padre no le gustaba mostrarse, sobre todo cuando alguien trataba de escrutar su vida. Mamá cometió el error de quererlo averiguar todo y eso no lo perdonaba don Fulgencio. Eran temibles sus rabietas, pero su orgullo no le permitía confesar haber cometido un error. En los momentos de estas rabietas no era agradable tenerlo cerca. Entonces me recriminaba a mí igual que a los demás. "Todos se juntan contra mí", exclamaba, furioso, "todos ustedes son una sola familia contra mí, ¡pero conmigo no hay quien pueda!" Sin embargo, había que ver con qué gusto y sencillez participaba en las fiestas, bodas y bautizos de los peones, cómo atendía a los enfermos y ayudaba a la familia pobre que quedaba sin el amparo de los mayores. Pero dio oídos sordos a la Vieja, que también tenía sus rabias calladas, su mal genio sellado, aunque sin duda más tierna que él. Recién ido de la casa, dijo detestar el argumento de lágrimas de su mujer, mi*

*madre. Se figurarán que no he tenido mis sentimientos de culpa por mi conducta de hijo. Los he tenido, horribles. A veces armé mucho alboroto para acallar la conciencia. Quizá me dejé arrastrar por el vicio para castigarme. Confusamente pensé que el dinero y las diversiones sofocan la quejumbre de la conciencia. Pero el fracaso me ha puesto a buscar mis propias cenizas.*

Yo les habría pedido a Ricardín y a su gente que olvidaran aquellos episodios acaecidos en mi infancia y mi juventud, que pasaran por alto mis "trofeos" y mis alardes durante aquel verano del vendaval que arrasó con todo lo que tenía, pero no es bueno que uno se baje tanto para que le vean los fondillos. No es orgullo. Ya que estoy aquí de nuevo, derrotado, deseo ver de qué modo borro por lo menos parte de aquellas impresiones negativas, y sepan que sí quiero pertenecer a una misma familia. No sé si lo conseguiré. Confío en la ayuda de mi hermano gemelo.

En casa de los Montesinos agasajaron a Chedós con un sabroso sancocho de viandas diversas. Recordó el viajero que Anatolia había heredado la confección de los andullos de naranja de sus suegros:

—¿Todavía haces los andullos, Toya?

—¡Válgame! De muchacho venías tras los andullos, según me contaba Ño León.

Dulce manera de reanudar las relaciones, junto con la taza de café aromático. La recepción un poco arisca de los demás miembros de la "tribu", se fue suavizando y muy pronto a Chedós se le acercaron dos de los niños; Geñito, como era su costumbre, andaba detrás de Chemaro. Dora atendió a su presunto cuñado con diligente y, al mismo tiempo, contenida cordialidad. *El ambiente de recuerdos, luego de mi ensordecimiento*

*vital en las calles de la Gran Ciudad, parecía hacerme envejecer más allá de mis años y tuve la impresión de haber vivido mucho e inútilmente.* Salió a encontrarse con Chemaro cuando ya se ponía el sol. Pasó una bandada de garzas adiosando hacia el mar. Más acá, los tan conocidos pájaros plegaban sus alas para madurar los cantos de mañana.

En camino para encontrarme con Chemaro, me sigue dando vueltas en la cabeza eso de "haber vivido mucho e inútilmente". Puedo explicarme bien y no me creerán. Pienso en mis años vividos como un montón de gavillas con fruto que envanea o con un grano aquí y otro allá. Cosecha de pura paja. Y los años, el tiempo, no tienen la culpa de mi pajuncia y mis vacíos. No puedo cambiar de la noche a la mañana, lo sé. Quizá ahora mismo esté Felicidad ejemplarizando a las personas que desean cambiar para el bien, con el caso de un tal Joe Varga, que se salvó en el último momento de la maldad callejera. No es tan fácil, así como así. Su solicitud de cambio de vida en nombre del Señor creía ella que encontraba respuesta positiva en mí. Alabado sea el Señor, decía. ¿Se cantó a sí misma ese "alabado"? Parece que sí, puesto que se veía totalmente entregada a su labor misionera. ¿Lo habría hecho si, en vez de reencontrarse con un hombre vagabundo como yo, hubiera vuelto a hallar en su camino a un próspero hombre de negocios? No se me ocurre decidir. Quizá su cambio de vida ha sido tan penetrante que si se hubiese encontrado un próspero hombre de negocios en mí, se habría dispuesto a librarme del robo legalizado. ¡Arrepentíos, y el Señor te salve de Satanás!, me habría conminado. ¿Y qué tal si hubiese estado sumido en el trasiego y consunción de drogas? No llegué a tanto, así

es que le hice la tarea de persuasión más fácil. Pero, ¿para qué seguir especulando si es o no es genuina la transformación de Felicidad? Quizá la enfermedad que sufrió, el miedo a la muerte, la inevitable soledad que sobrevendría con los años –¡y quién sabe, la bondad persuasiva de una sister santa!–, quién sabe qué o quién realizó el milagro.

Mi caso es diferente. Jamás he entrado en una iglesia, con menos razón cuando me hallaba disfrutando del placer, o cuando no tenía en qué caerme muerto. En mis viajes por Europa me impresionaban las grandes catedrales, vistas desde afuera. Observaba la gente grande y poderosa que acudía a los servicios, tan oronda y vanidosa, tan divorciada de la humildad. Para ellos se hicieron esas catedrales. Se les condonan seis días de robo y atropello feroz a cambio de un domingo de misa. Si fuere objeto de algún milagro, sucederá por sí mismo. Quizá Chemaro y Toya me ayudarán para que se realice el milagro. Me agrada y no me agrada que Chemaro y Dora estén enamorados y piensen casarse algún día. Me explico. Pese a haber rodado por el suelo todavía soy un Vargas y tengo mis pequeños reparos. Debo sacarme eso de adentro porque hace daño. Respondo a las diferencias que establecen los Montesinos entre Chemaro y yo. Me asocian con el gemelo malo de la leyenda indígena y a Chemaro con el bueno. Pero no pueden pasar por alto que somos gemelos. Debo reconocer que Dora es una buena dueña de casa, rebosante de salud, atractiva sin duda cuando se hace trenzas y se arregla, nada del otro mundo, pero atractiva. Sin embargo, se me figura que su don más preciado es la imaginación de mi hermano. Menos mal que no ha conocido el mundo que para

ciertas personas jóvenes y viciosas, es pieza que se puede descartar porque se trata de conseguir una más nueva y vistosa. Este mundo de Dora apenas ha cambiado desde el quinto día de la creación. Felicidad le salió con vagina dentada, más hija del sol que del árbol de jobo. A Dora la crearon nueva y sin tacha, a los ojos de Chemaro. Tiene los ojos claros como los manantiales, voz de paloma enamorada y promete hijos saludables. Toda ella es regalo de la armonía de todas las razas. Admitan sin reservas que su don más preciado es la imaginación de un hombre enamorado.

Son piensos míos y tal vez esté equivocado, pero sospecho que Felicidad se propuso vengar a todas las mujeres vengándose de los hombres que encontraba a su paso. Fue Chemaro la víctima y pude haber sido yo. "¿Por qué tienen los hombres la costumbre de humillarnos, pensándonos sólo objetos de placer, como si no tuviéramos alma?", protestaba. Intentó ponerme a pelear con mi hermano gemelo. Ahora pienso qué catástrofe habría sucedido si ella consigue sus propósitos. Es posible que si hubiese accedido a acostarme con ella, me habría castrado con el cuchillo de la cocina, en cualquier descuido, luego de realizado el acto, dormido yo, sumido en indefensa flacidez. Como no lo consiguió, no cesaba de perseguirme, hasta que la fatiga la rindió y aspiró a predicar en las esquinas de las calles de la Gran Ciudad. No sé qué religión practicaba. O de todas las religiones tenía un poco. Impresionaba algo liada y con la prisa de quien piensa que se le hace tarde.

Sospeché que sofocaba lo que en realidad era –mujer frígida– para fingirse mujer ardiente y engatusarme. No me dejé manipular y ésa fue su

derrota; pasaron meses, años diría, antes de que me diese cuenta. Ahora, así, de repente, me pongo a considerar que se disfrazaba de bondad, para poder manipular mejor. Sin embargo, ¿qué habría de ofrecerle ahora un miserable bum del Bowery? Vamos a ser condescendientes y pensar que el caso de Felicidad es un milagro. Es posible que Dora pueda confiar que no se presentará por ahí. Alguna vez Dora sentirá celos de un fantasma. Hasta las mosquitas muertas sienten celos infundados y quieren ser dueñas absolutas de la voluntad de los hombres. Por eso rechacé el matrimonio. Que piensen lo que quieran de mi hundimiento en el vicio. Era lo único que podía compartir por tenerlo demás. Se habla mucho de que los hombres ultrajan a la mujer, aunque bien puedo asegurar que abundan las mujeres que ultrajan al hombre y hacen mal uso de las consideraciones que esperan de él. Tal vez pueda gloriarme de haber encontrado en mi camino una serpiente que me jugó limpio y me salvó del peligro. En realidad, es lamentable que dos hombres se disputen una sola mujer en un mundo de tantas mujeres. Señores, eso es pura aberración.

Pruebas al canto. Si de algo estoy seguro, es que Felicidad les declaró la guerra a los hombres de su casa; es decir, a su padre y a sus hermanastros. No anticipé, tonto que fui, que la guerra se extendería a otros hombres, por lo menos a su marido, y que le habría encantado vernos pleiteando por ella a Chemaro y a mí. Pero se le extraviaron las cuentas. Es extravagante que las mujeres se figuren víctimas de los hombres y fomenten pleitos para que éstos se maten por ellas.

Vamos a ver en qué hogar se crió Felicidad. El

isleño Cruz Tobías Rivera vivió consensualmente con una jíbara del lugar, una vez linda cogedora de café en su finca. Dicen que era un primor al tiempo de abrirse para Tobías y que prefirió al hijo del patrón a sus muchos admiradores pobres que deseaban hacerla su esposa. Tobías no la trajo a vivir a la casa grande; contrató a los Montesinos para que construyesen una casa de maderas del país, bastante holgada si se comparaba con otras viviendas del lugar, donde había de vivir Belén. Un palacio, amigo, comparada con la cabaña donde moraban sus padres. Siempre esperó que él la "honrara", que es como las mujeres ven sus aspiraciones cumplidas, aunque se desgañiten refunfuñando, ya casadas, de lo mal que les fue porque "mira, hija, no pierde de vista a cualquiera otra mujer que se le pone en frente y las muy hijas de puta le pierden el respeto a uno". En la casa de maderas del país vivió Belén con sus hijos, todos varones, cinco en total al cabo de diez años. Difunta ya la madre -para entonces, ya viuda- de Tobías, aun cuando había quedado solo, tampoco trajo a Belén a vivir con él en la casa grande. Al parecer, la hija de un medianero no se merecía tamaño honor, reservado quizá para una verdadera conquista. De vez en cuando dejábase acompañar de alguno o algunos de sus chicos, sobre todo de Andrés, el segundo, que era su querendón. Acostumbraba salir los domingos, sobre vistoso y engalanado bayo, a visitar amigos suyos de diversos lugares y, de uno de esos viajes, vino inesperadamente casado con una hermosa muchacha de "buena familia", a quien él casi le doblaba la edad. Belén aceptó con resignado silencio el acontecimiento, es decir, aguantó el golpe sin chistar y los cinco muchachos siguieron

criándose entre las dos casas, la una no muy distante de la otra. También Estéfana -Fani, la llamaba Tobías- aceptó pasivamente un hecho consumado.

Poco menos de dos años después del matrimonio, ocurrió el nacimiento de Felicidad, celebrado con regocijo por la madre por tratarse de una hembrita, recibida con ceño adusto por Tobías, jefe de un mundo de varones. Tuvo Estéfana un parto muy difícil. Aunque era cariñosa y maternal con sus hijastros, éstos no le devolvían el mismo caudal de afectos. Era común que por momentos intentasen desquitarse con la niña; de este modo fue creciendo Felicidad en un círculo de celos y malquerencias. Desde que tuvo uso de razón resintió la extrema paciencia de Estéfana, quien jamás alzó la voz ni puso reparos a las arbitrariedades de Tobías, quien mantuvo cierto despego hacia su hija, parcializado en favor de los varones. Las preferencias del padre y la bondad de Fani, que detestaba ofender a los hijos de Belén, daban la impresión a Felicidad de estar olvidada en su propio hogar. Desde muy pequeña, unas veces intentó hacerse oír dando gritos de protesta y otras dándoles vuelta a las palabras para protegerse engañando. "No aprendas a decir embustes", sentenciaba el padre, "¿a quién habrá salido embustera?" Y lo cierto era que Cruz Tobías ocultó a Fani, cuando la requería de amor, que tenía mujer consensual y cinco hijos varones. ¿Quién ocultaba la verdad, pues?

Según entraba en la adolescencia fue advirtiendo Felicidad que no había heredado la belleza de su madre, más bien heredaba rasgos del padre; naturalmente, suavizados por su condición de mujer. Se preguntaba por qué no sacó una cara parecida a la de Fani (así le

decía, imitando al padre) "que es tan linda y yo tengo esa cara larga de él y esos ojos amarillosos y pequeños, por qué me trajeron a este mundo de varones que disfrutan molestarme". Estaba casi siempre en pugna con los muchachos y aun con el padre. No cesaba de resentir que salía muy mal parada si se comparaba con la madre. Desde la preadolescencia se vio vigilada por sus hermanos y esto la condujo a desafiarlos. Coqueteaba con cualquier chico que veía y tuvo "novios" prematuros en la escuela del pueblo, a donde fue a estudiar en casa de su hermano mayor –Frasquito– casado con la hija de un negociante de café, bastante acomodado, en cuyo negocio trabajaba.

Ya a los quince años Felicidad había dejado de estudiar en el pueblo, porque su hermano dijo "no poder con ella". Tal era su genio levantisco y difícil, sobre todo, las libertades que se tomaba. De vuelta en la casa, en mitad del berrinche, culpó a su hermano de odiarla y hasta de haberla casi arrastrado por un brazo delante de la gente. Asumía ahora una actitud poco comunicativa con los padres y se tornó cada vez más agresiva contra los hermanastros. "¿Noverdá que no me quieren?" inquiría Felicidad de Fani. Pero ésta disculpaba a Tobías "los padres se respetan, hija. El desea protegerte de la maldad, comprende".

Caía con frecuencia en silencios nublados y se escapaba a algún sitio solitario a leer historias de amores contrariados, con tal desencanto de sí misma, que tenía muy preocupada a la madre. Fue en estos momentos cuando se intensificaron los requerimientos y las atenciones de Chedós y Chemaro, y ella comenzó a urdir un plan para escapar de la casa. Se acercó un poco más a la madre, aunque varias veces, cuando ocurrió

alguna ligera discrepancia entre los progenitores, por lo regular se colocaba del lado del padre, inconscientemente haciendo responsable a Fani de no parecérsele. Como la madre era algo enfermiza, le encantaba verla en la cama, mientras ella, la hija, preciábase de ser más fuerte y saludable. "Pobre mamá. No puede valerse".

A veces le pedía:

—Enférmate, para cuidarte –y así proclamar su sobra de energía.

Y, en efecto, si Fani se enfermaba, acercábase a cuidarla, a poner bajo su protección a una mujer caída, con una belleza que no era cura para sus achaques, mientras a ella, Felicidad Rivera, se le ofrecía la ocasión para castigar a los hombres con las comidas que ella escogía, digamos, al padre no le gustaban los gandules secos, a los muchachos les desagradaba el comino, pues allá te van gandules secos con comino, para que no ganduleen ni joroben más. No se puede negar que los hombres han creído siempre que la mujer es su esclava.

Cuando veía a la madre sufrir un percance era inevitable su mal disimulada suficiencia. No amainaba su resentimiento por no ser como la madre, ni bella físicamente, ni tolerante con los demás. Proclamaba Andrés: "Esa se quedará sola. Es una solterona precoz". Al aceptar a José María de novio para casarse, se le presentó la oportunidad de su vida: irse a vivir al pueblo. Desafió la inicial oposición del padre y de los hermanastros, que no simpatizaban con José María. Uno de ellos, Foro, se suicidó en mitad de una rabieta y se dijo que había estado enamorado de su hermana. Lo que faltaba, que la calumniasen. Fueron días terribles. Aunque Foro acostumbraba ser violento, nadie sospechaba una decisión como ésa. La tragedia acercó

unos a los otros, y durante algún tiempo Felicidad hizo esfuerzos por dominar sus "prontos".

Consideró, sin embargo, que ya era tiempo de contraer matrimonio. Durante las primeras semanas de su nueva vida, alejada de su hogar de soltera, fue relativamente feliz. Entre días iba a ver a Fani. No tardó mucho en proyectar en José María sus conflictos; sobre todo, luego de que él rehusara salir de su finca. Sin someter su resolución a mejor examen, súbitamente soslayó sus nuevas obligaciones domésticas, y con inusitado despego, providenció viaje al Norte. Su marido de meses hizo esfuerzos por aceptar las tristes realidades con reservada resignación. El mismo la condujo hasta el automóvil que la llevaría al aeropuerto. Jamás olvidaría aquella oscura madrugada, húmeda bajo el copioso gotereo de luces, en que ni siquiera habían comenzado a cantar los pájaros en el momento de la partida.

Con motivo del divorcio, de la enfermedad que había sufrido y de su resolución de contraer obligaciones religiosas, Felicidad -¿por qué? ¿por qué?, preguntábase el hombre- decidió escribirle a José María. No fue determinación fácil. Estuvo ponderándola durante varios días. Sentíase verdaderamente culpable de todo cuanto había sucedido entre los dos. ¿Y si José María le devolvía la carta sin abrir? Bueno, bueno, valía la pena intentar. No era su propósito exculparse irresponsablemente; sentíase con derecho a

la rectificación de una conducta que sin duda causó heridas a seres que merecían un trato decente.

Chemaro prefirió no mencionar el asunto de la carta a su hermano. Había optado por no hablar más de esta espinosa cuestión de sus relaciones con Felicidad, sumirla en el olvido, no tocar viejas cicatrices mal cerradas. No devolvería la carta ni respondería a ella. Era mejor así. Posiblemente la destruiría, convirtiéndola en cenizas, antes de casarse con Isidora Montesinos. La propuesta de matrimonio era cosa decidida, aunque no se lo había comunicado a la joven. Pero leyó más de una vez la carta para descubrir las entradas de la autora en el lado oscuro de las palabras. Quizá prejuzgaba. "Te escribo, José María, no para esperar respuesta tuya ni para tratar de reverdecer –¡qué ingenuidad!– relaciones tronchadas ya legalmente, ni mucho menos para que me compadezcas. Creo que siempre me burlé de la compasión, no repito el error, pero no la procuro. Más que orgullo es autocastigo, y eso lo sé conciencia adentro. Te escribo porque eres persona buena, no hice esfuerzo alguno por comprenderlo, y ahora, ya en el inicio de un nuevo rumbo, intentaría extraerme esos sentimientos de culpa de adentro. Por lo menos, ésos son mis mejores propósitos, aunque tal vez sea demasiado aventurado responder por mí misma, luego de mis lamentables fallas en las relaciones humanas, tal vez por exuberancia de recelos. Trato de no adularme a mí misma en la esperanza de que no se me extravíe ese nuevo rumbo.

"Porque aunque no volvamos a vernos, mi anhelo es que no estés enfadado conmigo, ni me pongas a residir en tus malos pensamientos, que ahora me haría

daño irreparable. Tú sabes que me crié en un ambiente de asedio y que fue manifiestamente injusto que yo culpara, una y otra vez, a mi santa madre por haberme traído a un mundo de varones. Me crié desafiándolos, malqueriéndolos, tratando de anticiparme a los desafíos y la malquerencia de ellos, quizá porque eran hijos de una cogedora de café y mi abuelo fue hacendado rico. Y si vieras, me he encontrado con mis hermanos por acá y han sido buenos y cariñosos. Durante mi enfermedad, uno de ellos se amanecía a mi lado. Me visitan y me confortan. Me he preguntado si el mal del desamor estaba más en mí que en ellos.

"Pero cuando nos criábamos los vi más como enemigos, que como hermanos, el que se suicidó, Foro, el peor de ellos. Tú recordarás bien porque fueron dos tragedias casi simultáneas en el lugar: la muerte de tu padre y la de Foro, y allí apenas ocurrían esos sucesos. Entonces se dijeron cosas que me hicieron daño, pero no creo que valga la pena resucitar tales acontecimientos, ya sepultados por el correr de los tiempos. Deseando librarme del asedio a todo trance, tramé escaparme hacia no-sabía-dónde, aun cuando tuviese que exponerme a terribles peligros. La intención que mantenía mi espíritu en vilo era escapar: sencillamente, José María, Río Prieto Arriba no era lugar para que una persona como yo viviera. Detestaba aquellas piedras, viendo siempre en el plato las mismas viandas, los mismos trozos de bacalao. Detestaba aquellas veredas tortuosas y difíciles, los muchos inconvenientes para un viaje al pueblo.

"Aceptaba las atenciones de ustedes dos; confieso que habría preferido a Chedós, pero no era la persona que me daría seguridad, y me casé contigo. No tengo

quejas de ti, qué voy a tenerlas; entonces, sin embargo, creí que me habías fallado negándote a vivir en el pueblo, como eran mis deseos. Quería darle en la cabeza a la mujer de Frasquito, Rosa Elena, porque por culpa de ella no pude quedarme en el pueblo a terminar mis estudios. Bueno, yo les di mucho qué hacer, es la verdad. Mis enconos de niña los proyecté en ti. Qué sé yo en qué revista había leído que al hombre se le educa para triunfar y a la mujer para gustar, como si nosotras fuésemos artículos de consumo. ¿Te das cuenta por qué pensaba que todo cuanto se proponen los hombres es usarnos y tan pronto creen descubrir un punto de moho, tirarnos, desecharnos? Te detesté aún más, porque intenté comentar aquellas palabras de la revista contigo, protestar, y no me escuchaste. Desde pequeñita algunos sucesos menudos me escarbaban por dentro y permanecían ahí por años, porque nadie me prestaba atención y yo quería pensar distinto a mamá, tan sujeta siempre a la voluntad de papá, tan amiga de no contradecir a los varones. Fíjate, en casa los muchachos varones decían ¿Señor?... cuando papá los llamaba. Se escandalizaron porque yo me negué a decir ¿Señor?... No era un señor, sino mi padre. Cuando yo decía ¿Qué?..., todo el mundo me miraba como cuando veíamos un pichón de guaraguao. Después se acostumbraron a mis parejerías.

"Recuerdo todo esto ahora, en vivo, porque fue lo que me impulsó al movimiento liberacionista de aquí. ¿Artículo de consumo yo? Yo no me creí nunca buen o mal bocado de nadie, que se entienda bien.

"Aunque alguien ha dicho que no hay mujeres duras, sino hombres blandos, me empeñé en ser dura en mis relaciones con los hombres. No puedo decir que

fueras blando conmigo: te rodeabas de silencios impenetrables. A veces deseé que me recriminaras, hasta que me dieras un tapabocas, para poner a verdadera prueba la consistencia de mi unión contigo; te decía aquellas cosas para hacerte estremecer, y tú en tu silencio impenetrable. No pude rehender a través de tu silencio. Pero eres hombre modelo, no se podía decir otra cosa; un hombre modelo que no jugaba, no bebía, no salía con mujeres. Ni siquiera conmigo. Y yo habría deseado estar contigo en el pueblo, librarme de aquellos montes, con sueños que se volvían telarañas con pequeños arcoiris de rocío. ¡Me sucedía a mí, que nací para señora de sociedad, envidia de mi presuntuosa cuñada Rosa Elena!

"Debo ser sincera. Jamás sentí ser tu mujer. Ansié librarme de ti, de aquel infernal encentramiento que me mutilaba las alas, como si hubiese escogido vivir en una islilla aparte. En esas circunstancias, ¿qué habría de hacer? Sencillamente, me fugué. Me fugué para no desperdiciar la única pequeña vida que tenía y te dejé acompañado de tus animales. En los primeros días de mi residencia en esta ciudad, corrí a ver el zoológico y se me ocurrió pensar que lo tenías, pequeñito, pero no menos zoológico, en Río Prieto Arriba. Ahora pienso que no te cuadraban tan agrias censuras. Entonces intentaba quitarme la camisa de fuerza de la opresión masculina, de los hombres de casa, y resentía la pasividad de mi madre. ¡Venir una a este mundo, por unos miserables años, para que le coarten el raquítico disfrute de la vida!

"Creo que te figuraste lo peor, en lo que respecta a las relaciones entre Chedós y yo. No hubo nada. La verdad es que colocó entre él y yo infranqueable barrera

de lealtad al hermano gemelo. Tú conoces a Chedós y sabes que es mujeriego hasta la pocavergüenza. Si él no se hubiese conducido como se condujo, respetuoso de la dignidad de su hermano, los resultados de las relaciones habrían sido terribles. Agradécelo a él más que a mí. Yo le agradezco que él eludiese encontrarse conmigo. Inconscientemente, buscaba una confrontación entre ustedes dos, varones antes que hermanos gemelos. ¡Cuánto me habría agradado verlos pelearse por mí! Por fortuna, y por la lealtad de tu hermano, nada sucedió, gracias a Dios.

"Creo que he pasado buena parte de la vida dando vueltas para ver lo que pasa en los lados que no alcanzo a ver, pero confieso que no he logrado comprender tu fácil perdón. No te conmovieron mis preocupaciones, y cuando creí que habrías de reaccionar diciéndome '¡Usted no me sale de esta casa!', tú mismo, ¡tú mismo!, aparejas las monturas y te dispones a acompañarme a casa de mi hermano en el pueblo, de donde saldría hacia el aeropuerto. No lo quería creer. Te pregunté: '¿Y no te opones a que me vaya?' Sólo dijiste: 'No obligo a nadie a que viva conmigo si no quiere'. Y a tu silencio impenetrable. Tonta que fui: se me había figurado que ibas a pelearme. Me diste la gran tirada, te confieso. Y heriste sin remedio mi orgullo de mujer.

"Siempre me imaginé que, como doña Cristina, llevabas el mal genio sellado, que ella trataba de aliviar con oraciones y promesas, tú con tu religión de abrir surcos, echar semillas, ver crecer las plantas, verlas florecer, cosechar. Esa trayectoria desde el surco al fruto te mantenían física y mentalmente ocupado, igual que tu relación con los niños que me parecía de dedicación exagerada; y yo, ¿qué? Confieso que te

resentí y tuve por ti una espantosa tirria, ¡qué te parece!

"Lo cierto era, sin embargo, que yo rechazaba con mi actitud tu compañía, venías cansado y no encontrabas qué comer y te metías en la cocina, sin decir palabra, como si yo no existiera. Me doy cuenta que me lo merecía, pero entonces no di mi brazo a torcer. A veces me pasaba las horas muertas en el cerro desde donde se veía el mar. Deseaba irme, aunque tuviese que acrecentar mi sed en el amargor de los mares, quién podría anticiparlo.

"De súbito, después de un montón de años inútiles en la Gran Ciudad, me entraron ganas de estudiar, asistir a los cursos nocturnos, allí obtuve mi licencia de trabajo social. No había conseguido formar hogar, aunque conviví con un viejo alemán, que me ofreció su casa, Saunders de apellido, y de allí salí llamándome Phylicia Saunders, porque era un barrio donde no residían mis compatriotas; debes saber que en esta ciudad hay un grupo de puertorriqueños, cuyas mujeres se pierden detrás de los apellidos extranjeros, aun cuando, como yo, hayan nacido en lugares como Río Prieto Arriba. La situación es más corriente entre mujeres profesionales de la clase media, que se han acostumbrado a estar en el Limbo. Con tal disfraz pasé inadvertida. Luego Saunders murió y sus parientes me echaron a la calle. Conseguí trabajo en una fábrica. Fue entonces cuando transité durante algún tiempo entre las liberacionistas. Pero yo no puedo tolerar los desplantes de tantas lesbianas metidas a corregir injusticias cuando ellas mismas son una injusticia de la naturaleza. Me desligué del movimiento. Poco después caía gravemente enferma; por muerta me dieron en dos ocasiones, pero yo soy como la yerbabruja. Ya en

trance de franca recuperación me puse a examinar la vida que había vivido. Pensé que mi problema mayor era estar en conflicto conmigo misma. Llegué a la conclusión de que me odiaba a mí misma e intentaba descargar el odio en otras personas. Era algo que iba más allá de no ser bonita como Fani. No sé. No me aceptaba. Tan sencillo y tan complicado era todo.

"Luego que hube escapado de una muerte que en un principio se me figuró segura, me uní al grupo de las religiosas. Predicaba en las esquinas. Recogía dinero para atender enfermos, y en eso estoy. Bien, sé también que esos parches no resuelven situaciones colectivas, que unos tienen demás y otros carecen de lo indispensable, pero me he sentido algo aliviada de mi egoísmo; sobre todo, el estado de malquerencias que me quemaba viva. No sé si durará esta nueva fase de mi condición de ser humano, a la altura de mis años. Por lo menos voluntariamente me he sometido a la prueba y ahora percibo un concepto más claro de seres y cosas al descubrir que tengo un compromiso con mis semejantes."

Apenas me acuerdo de los tiempos menudos que viví en el pueblo mientras hacía la secundaria y luego tomaba un cursillo de maestro, este último en la ciudad. Allí tuve las raíces al aire, sin agarraderas, y ya el jueves el corazón bajaba a la planta de los pies, según de ansioso estaba por que llegase el sábado para andar los muchos kilómetros que me separaban del hogar.

Soltaba los libros y me perdía entre los árboles. Ni aun entonces dejé de ser hombre de seboruco. Luego, ya en los veinte años, acepté plaza de maestro en una escuela tan distante y de tan difíciles trillos que ningún otro compañero se aventuraba a caminar más de dos veces.

Ya para mis últimos años de estudio mi padre había establecido casa aparte y más que cualquiera otra cosa le importaban los cultivos, los gallos, los caballos y las mujeres que no fuesen la suya propia. Entre sus amistades repetía un chiste resabido y vulgar, que para él había dejado de ser chiste y habíase convertido casi en axioma: "La mujer propia es como el tayote: desabrida". Lo que implicaba que las demás eran dulces como las mejores frutas. Casi siempre andaba de mal humor cuando el lunes de madrugada iba yo a despertarle. Me impacientaban sus maneras de hombre a quien se le estafa y sus reticencias alusivas a mi madre, y eso sucedía semana tras semana. Una vez le dije (exponiéndome a un bofetón) que si tanta carga era yo, y no podía con mis gastos, que me sacara de la escuela. Se puso furioso y me tildó de malagradecido, que más bien parecía yo un Montesinos que un Vargas. El próximo sábado no me dio la gana de ocuparle y salí sin dinero. Al pueblo fue a parar con el dinero y un responsorio de recriminaciones, pero se cuidó de no repetir aquello de que no me parecía a los Vargas, como si los Vargas fuesen una casta aparte. Después de todo, José de Dios y yo somos gemelos y no debería haber duda de que tenemos el mismo padre. Sin embargo, resentí la viciosa, velada alusión a mi madre, personificación rediviva de las virtudes y la mejor tradición de nuestras mujeres-madres.

La mayor parte de las veces conmigo iban tres o

cuatro muleros con víveres y café para la venta, y luego habrían de regresar con vituallas que mi padre vendía a sus peones. Esto era frecuentemente así durante la cosecha. Mi madre se sentía orgullosa de mí porque me veía leyendo historias y para ella eran signos de misteriosa sabiduría que ella jamás pudo disfrutar. Para este tiempo con el disgusto y la desilusión de mi padre, mi hermano Chedós, voluntarioso como siempre, había abandonado los estudios.

Cuando menos se esperaba, sobrevino la muerte de mi padre. Con este suceso desventurado, mi matrimonio, la fuga de Chedós, el rápido fracaso de mi enlace, la nutrida emigración de los lugareños, la vida parecía ser otra en Río Prieto Arriba. Entonces mi madre procuró -esta vez sin remilgos- mayor acercamiento con los Montesinos y aun reconoció el lejano parentesco, que para mí no fue nunca lejano, situación que tanto mortificaba a don Fulgencio. Pese al anterior distanciamiento de doña Cristina, los Montesinos -precisa recordar- procuraron servirle lealmente y de admirarla como a una parienta con prerrogativas de que ellos carecían. Aceptaban ahora el acercamiento de la viuda con gratitud y extremaron su afecto por su hijo, por mí. Sin embargo, resultaba difícil que no consideraran a José de Dios "puritito a don Fulgencio", por algunos de sus actos, sobre todo, por su figura.

No acierto a explicarme por qué después del regreso de Chedós, en estos días navideños, he accedido a la proposición que se me ha hecho para que vaya de delegado a la asamblea de los maestros. Nunca antes había querido aceptar la encomienda, precisamente porque creí no poder tolerar tres o cuatro días en la

Capital. Mis compañeros me llamaban el "Montuno", y con razón.

Llegué a la ciudad manifiestamente encogido, metido en traje de paño oscuro, en el que hacía tiempo no me metía porque acostumbro usar ropa de dril, encubridora, para realizar las faenas del campo y asistir a la escuela. La de paño que llevaba olía a bolas de cucaracha y era casi pieza de museo por su diseño y sus muchos años. De todos modos, era lo mejor de que disponía para arriesgar un viaje a la Capital. Durante los días de la asamblea de los maestros nos hospedamos en hotel de lujo, en donde acuden numerosos turistas. Francamente, me encuentro perdido en el ambiente urbano. Me ha impresionado tener el mar tan cerca, invadidas sus playas por gente extranjera, como si nos hubiésemos comprometido a pagar un empréstito oneroso para asegurarnos de que el mar no se nos escape dejando a los hoteles huérfanos de este medio de atracción infalible.

Todo ha ido más o menos bien hasta el día del banquete. Extraviado en tantos vericuetos, entre tanta gente extraña –ahí comienza la pesadilla–, se me ha hecho intrincado dar con el comedor. La cena es de gallinitas rellenas. Nunca antes había visto tantas gallinitas en las mesas de un comedor. Quinientas, seiscientas gallinitas. Apenas he podido comer.

Esta noche, como la anterior, he tardado en conciliar el sueño... *a un tiempo mismo, las centenares de codornices servidas en las mesas, comienzan a cobrar vida y a nacerles alas para salirse de los platos y echar a volar sobre las cabezas de los comensales. Estos intentan cazarlas con sus tenedores y cuchillos, y ante la imposibilidad de lograrlo, echan a gritar destemplada-*

*mente. El vuelo de las codornices deja caer una lluvia de grasa sobre todos. Echan a volar hacia afuera, hacia el mar, en bandadas, para asombro y burla de los turistas tendidos en la playa. El tumulto de comensales busca salida inútilmente. Me escapo por una escalera estrecha que de repente se me transforma en la vereda que conduce a casa. Siento sed. Entro a mitigarla en el manantial de los Rivera y en el agua verbenean repugnantes culebrillas, menuditas y rosadas; mi sed persiste. Ahora tengo hambre. Me aproximo a arrancar unas verdolagas -mi madre se desvivía por las ensaladas de verdolaga- y sus hojas comienzan a crecer hasta convertirse en grandes hojas espinosas de tuna joven. De los árboles salen largas lianas que se contorsionan como serpientes vivas y amenazan estrangularme. Bajo nubes orladas de luz lunar, pasa una larga fila de codornices desnudas que se deja tragar lentamente por una luna que se torna ensangrentada. Múcaros monstruosos, con ojos fosforescentes, ríen a carcajadas...* Son grupos de borrachos que pasan riendo por los corredores... De ahí en adelante, no pegué los ojos.

Cuando José María regresó de la Capital, cerca ya de la anochecida, encontró a Chedós pescando en la quebrada: Nubes amapoladas iluminaban tenuamente las copas de los árboles y en el bosque entraba un cucubaneo de misterio.

Ricardín se unió a los gemelos. Mostraba un polluelo abandonado por la madre. Dulce ternura habitaba en el hueco de las callosas y recias manos. Protegido por el calor de la sangre, ya no piaba el polluelo. "Dora lo abrigará como a un nene recién nacido". Esta vez no le fue dificultoso sonreír. Invitó:

—¿Saben lo que Toya ha cocinado para hoy? Hallacas de apio y casabe, ¿quieren venir? La verdad, fue Dora quien hizo las hallacas. Pero saca sabores, como la madre.

Eso no se dice dos veces. Vamos, pues. Chemaro piensa insistentemente en Dora, con sus requintos de indígenas y cimarrones, su pelo lacio sobre la espalda, extrañamente claro como si en él se hubiesen extraviado los pelos de una mazorca tierna. Ahora se le presenta a José María su decisión como una encrucijada: casarse, tener mujer por acuerdo mutuo, tener hijos, tentar el futuro cambiando de vida. ¿Casarse sólo por tener compañía? ¿para acallar su sexo "recogido"? ¿para tener herederos y sembrar en el surco de la vida? En verdad, la muchacha había esperado mucho y ya le mira con ojos de cabritilla sacrificada. ¿Ansias de amor no correspondido? Pero la mujer campesina sabe esperar cuando ama, y ya es tiempo de que el amor encuentre su cauce, como el venero hacia el arroyo, como el arroyo hacia el río, como el río hacia el mar.

Entre las dos casas, la de los Vargas y la de los Montesinos, la cueva bosteza bocanadas de trasayeres. Ya comienzan las estrellas a titilar en la yema de los dedos. El viento se entretiene soplando en nuestros rostros los miliún aromas de otras tantas flores

silvestres, desde donde, apenas apunta el amanecer, nos llegan los zumbidos que anuncian el panal prometido. Desde más allá del poniente se ensancha el gran misterio y la escolta de los manes casi se hace visible. El olor a hojas podridas que llega del cafetal reconforta. ¡Vida inmortal prometida por la pudrición de la materia natural, para cumplir su ciclo fertilizante! ¡Se cansa uno de no tener fuerza para viajar y profundizar la existencia antes del Cambio final! Pero los ahoras no se detienen, salen disparados hacia la eternidad. Mientras tanto, precisa atizonar esperanzas.

Da gusto percibir barruntos de lluvia en los enardecidos olores de la basa que pide semillas... "No llega el día de mañana sin llover", augura Ricardín. Lo dijo Ricardín y la lluvia será. Desde las raíces cuájanse los regocijos de árboles y plantas. La historia vivida, profundamente nuestra, se nos prende del ánimo. Pero Chedós no puede callar una infausta sospecha:

—Hoy he visto la presencia desgraciada de un hombre dando vueltas por ahí -revela-. Era un ingeniero de minas. Me he pasado todo el día yendo y viniendo de un manantial a otro. Te aseguro, Chemaro, que todavía sirvo para algo y que tendrán que pasar por encima de mí. Debo ir al frente porque ya terminaron mis funciones de escotera.

—Nadie se atreverá -afirmó Chemaro con sencilla convicción-. Vamos, nos espera Toya.

Al llegar a la casa fue directamente donde Dora.

—Dile a tu padre que señale el día de la boda. Ya es tiempo de que nos casemos.

Ella lo miró sonreída. Lo vio por el cristal empañado de sus ojos con lágrimas. Se fue a la cocina y apenas podía andar, entorpecida por la emoción. Bajo

el burén de los casabes ardía el guatú hogareño. Los casabes y el guatú que los gemelos rescataron de la Ranabruja.

# VOCABULARIO

***abanderado*** De abanderar = Acción de mostrar la mata de plátano o guineo la hoja que anuncia el racimo.

***almacigado*** Describe el color cobrizo o trigueño.

***andullo*** Pasta de fruta, envuelta en una hoja seca de plátano o guineo.

***arocoel*** (Lengua indígena). Abuelo, anciano o antepasado.

***arrumaco*** Nubes que aparecen durante la cuaresma, pero no causan lluvia. Hay "cuaresma hembra" (cuando llueve suficientemente) y "macho" (no llueve o llueve poco).

***asopao*** Plato de origen campesino; es un sopón generalmente compuesto de arroz y carne.

***azules*** Policía

***bacalao*** (Hecho un ______) Muy delgado.

***baigua*** Bejuco que usaban los indios para pescar. Con su zumo se adormecían los peces.

***bajonao*** Pez de mar, en agua de poca profundidad, que se alimenta de erizos. Es comestible.

***basa*** Fertilizante producto de la descomposición de materia orgánica, como hojas, madera, etc.

***bicicleta*** Mujer a quien se le puede seducir con facilidad.

***bijirita*** Pajarillo, al que también se conoce con el nombre de reinita.

***bombón*** Mujer bonita.

***buba*** Enfermedad de hongos que hace daño a la mazorca de maíz.

***bucha*** Mujer lesbiana que viste como hombre.

***bugarrón*** Quien hace las funciones de macho entre los homosexuales.

***"bum"*** (Palabra inglesa) Holgazán, gorrón.

***burén*** Especie de plato llano, de barro, que utilizaban los indios para cocer la yuca.

***buruquena*** Cangrejo de agua dulce, comestible.

***cabrear las mujeres*** Perseguir las mujeres fáciles.

***cambiar el agua a las aceitunas*** Orinar.

***carimbo*** Hierro con que se marcó al esclavo.

***caro*** Bejuco trepador, cuya frutilla comen los pájaros.

***carranzana*** Persona carranzana = persona de piel muy blanca.

***cibanco*** Paraje alto y peligroso.

***clérigo*** Pájaro parecido al pitirre; nombre es onomatopeya de su canto.

***coyor*** Fruto de la palma del mismo nombre.

***cucarachear*** Vagar por los arrabales.

***cupey*** Arbol que crece como parásito en las resquebrajaduras de las rocas y luego se desarrolla por sí mismo, con largas raíces.

***chaucha*** Alimento.

***chilla*** Mujer que convive con un hombre sin casarse.

***chis*** Poquito.

***chispito*** Poquito.

***chorote*** Maíz tostado, molido, hervido y colado que sustituye al café.

***dunguey*** Enredadera que produce un ñame comestible.

***escotera*** Persona que llega con las manos vacías, a pesar de que se espera que traiga algo. || En una recua de mulas, la que llevan detrás sin carga, como suplente, para caso de algún accidente.

***espuntar*** Llegar la niña a la pubertad.

***gavilán*** Hombre donjuanesco, bien parecido.

***glugluteo*** De la onomatopeya glu-glu. Forjada por el autor.

***grincha*** Harina de maíz salcochada, con guábaras, habichuelas o alguna otra combinación.

***guábara*** Pequeño crustáceo de quebradas y arroyos.

***guagaica*** Nombre indio para el pájaro-bobo.

***guanara*** Palabra india que significa lugar apartado.

***guar*** Hermano gemelo.

***guaraguao*** Arbol alto del interior del país. || Ave falcónida que se conoce con el nombre de lechuza.

***guatiao*** Indio amigo de los españoles (es un tainismo).

***guatibirí*** Nombre indígena del pitirre, ave común en la isla.

***guatú*** Fuego, entre nuestros indios.

***guáyaro*** Enredadera que produce un ñame comestible. Parecido al *dunguey* y a la *gunda.*

***bícamo*** Gunda. Parecido a la papa, crece afuera, en la enredadera, y no en las raíces.

***homos*** Apócope de homosexual.

***hupía*** Espíritu de un difunto, el cual los indios temían que se les apareciera de noche.

***impostura*** Costumbre.

***injiyío*** De constitución muy delgada, con poca salud.

***inrirí*** Nombre aborigen del pájaro carpintero.

***janguear*** (Anglicismo) Andar por las calles, sin orientación, aunque atento al vicio.

***jáquima*** Cabezal de soga que sirve de cabestro.

***jabillo*** Hermoso árbol con espinas en el tronco, cuyo fruto, al madurar, se abre explosivamente y con ruido.

***josear*** Moverse activamente en busca del sexo.

***juanchiví*** Pájaro parecido al bienteveo, cuyo nombre es onomatopeya de su canto.

***limpiar el pecho*** Practicar el sexo por vez primera o luego de un período de abstinencia.

***mabuya*** Fantasma nocturno que buscaba a las mujeres para cohabitar con ellas, según creencias de los indígenas.

***manilo*** Gallo grande que no sirve para la lidia. || Fig. Persona acobardada.

***majá*** Culebrón o boa.

***merengo*** Caballo viejo y pequeño.

***meter los mochos*** Amedrentar. Engañar.

***mono trepao en la espalda*** Vicio de las drogas.

***monstruo blanco*** Heroína.

***ñanguerías*** Estupideces.

***pajarita*** Mujer joven y bonita que se inicia en la prostitución.

***pana*** Un amigo de quien se confía.

***panapén*** Arbol de pan; su fruto.

***pitabaya*** Planta trepadora que produce frutilla comestible del mismo nombre.

***pon*** (Dar ___) Ofrecerle viaje gratis a alguien en el automóvil que uno guía.

***puertorro*** Gentilicio para el puertorriqueño, entre algunos grupos de neorricanos.

***rendir*** (Variante americana). Durar, o hacer que dure una cosa más de lo regular.

***rururar*** Verbo forjado por el autor basado en la onomatopeya del canto de palomas silvestres.

***salagua*** Substantivo forjado por el autor con sentido de "agua salada" (del mar).

***seboruco*** Terreno pedregoso del monte.

***sínsora*** Lugar muy lejano, a mucha distancia de las zonas urbanas.

***sondaleza*** A la gallina que ponía en el monte, al dársele maíz por la mañana, la enjaulaban, y luego, a las diez, se le soltaba con un cordón fino y largo, a cuyo extremo le ponían un pedazo de tela o papel, y así localizar la nidada. Ese hilo con tela o papel era la sondaleza.

***tablazo*** Poza de agua tranquila en un riachuelo.

***tabonuco*** Arbol de madera resinosa. La resina tiene

aroma fuerte: se usa en iglesias.

*"token"* Ficha de metal que se usa en vez de la moneda en los medios de transportación. || Muestra.

*yerba* Marihuana.

Esta edición de
LOS GEMELOS
se terminó de imprimir
en los talleres gráficos de
Book Crafters, Chelsea, MI
en febrero de 1992.

La edición consta de
3,000 ejemplares
a la rústica.

